



UNIVERSIDAD NACIONAL
de MAR DEL PLATA
.....

Facultad de Humanidades
Licenciatura en Sociología

Tesis de Grado

**Homosocialidad y performance de género en un sector laboral
masculinizado**

Un estudio de caso en un mayorista de Mar del Plata

Estudiante: Gastón Díaz
Directora: Dra. Cecilia Rustoyburu
Co-directora: Dra. Estefanía Martynowskyj

Mar del Plata, junio de 2025

Índice

Agradecimientos.....	5
Resumen.....	6
Introducción.....	7
Capítulo 1: Consideraciones metodológicas.....	12
1.1. La estrategia cualitativa y el enfoque etnográfico.....	12
1.2. Caracterización del espacio de trabajo.....	14
1.3. El acceso al campo: siendo uno más.....	15
1.4. La observación participante y entrevistas semiestructuradas.....	17
1.5. Presentación de los entrevistados: familia, trabajo, género y vínculos.....	19
Capítulo 2: Homosocialidad, familia y los usos de la violencia.....	28
2.1. “Ser padre, ser hijo”: tensiones y mandatos en las paternidades masculinas.....	29
2.2. La autoridad y los conflictos de la familia.....	33
2.3. Del barrio al depósito: masculinidades, homosocialidad y violencia.....	39
Capítulo 3: Masculinidades en conflicto: Homosocialidad, jerarquías y transformaciones laborales.....	48
3.1. Hombres entre hombres: Homosocialidad y emociones.....	49
3.2. Homosocialidad y performatividad: los casos de Agustín y Benjamín.....	59
Capítulo 4: Varones ante el cambio. Tensiones, resistencias y resignificaciones en torno a los feminismos.....	69
4.1. El patriarcado ¿cosa de antes?.....	69
4.2. Los varones y las tareas del hogar.....	74
4.3. Las reacciones ante el feminismo.....	79

4.4. Las violencias de género.....	83
Conclusiones.....	91
Bibliografía.....	94

Agradecimientos

A lo largo de estos años, muchas personas fueron fundamentales para que hoy me encuentre escribiendo estas líneas y cerrando una etapa muy significativa en mi vida. Quisiera dedicar este espacio, especialmente, a quienes, de un modo u otro, fueron indispensables en ese recorrido.

En primer lugar, a mi familia. A mi mamá, Blanca, por enseñarme, con su ejemplo cotidiano, el valor de la solidaridad, la empatía y la importancia de no bajar los brazos, aun en los momentos más difíciles. A mi papá, Emilio, que a pesar de la distancia, siempre estuvo presente con su aliento, su apoyo incondicional y su confianza en cada una de mis decisiones y proyectos. A mi hermana Rochi, que con su mirada crítica, su humor, su sensibilidad y su amor incondicional, supo hacer que todo sea más liviano y llevadero. Y a mi sobrino Alejo, que con su ternura, alegría y espontaneidad me enseña todos los días que ser varón no es un destino fijo ni una identidad rígida, sino una posibilidad abierta, amorosa y empática.

A Ro, mi compañera de vida desde los quince años, por acompañarme en este proceso –el de la carrera, el de la tesis, y tantos otros que compartimos– con un amor generoso, lúcido y firme. Gracias también por haberme impulsado, incluso sin proponértelo, a revisar y pensar críticamente mis propias formas de habitar la masculinidad.

A mis amigos y amigas: Wally, Jordi, Coti, Pai y Yaco. Gracias por estar siempre, con ideas, debates, charlas existenciales, y también con paciencia, humor y contención cuando me sentía estancado o sin rumbo. A los amigos que me dio la militancia, que son muchos, pero especialmente a Lucho y a Jesús, por estar cerca, por su ejemplo de bondad, resiliencia, compromiso y rebeldía.

Esta tesis no habría sido posible sin el acompañamiento generoso de Cecilia y Estefanía, quienes desde el primer momento recibieron mis ideas con entusiasmo y me guiaron con paciencia, calidez y una claridad enorme en cada etapa del trabajo. Les agradezco profundamente su disposición, sus devoluciones y la confianza que depositaron en mí.

Finalmente, quiero agradecer a todas las personas que sostienen, día a día, la Universidad Pública y la hacen posible. Haber transitado este camino en la Universidad Nacional de Mar del Plata es para mí un orgullo y un honor.

Resumen

Esta tesis se propone analizar la relación entre homosocialidad y performance de género en un espacio laboral masculinizado, a partir de un estudio sociológico de caso en un supermercado mayorista de la ciudad de Mar del Plata. Desde una perspectiva cualitativa y etnográfica, basada en observación participante y entrevistas semiestructuradas, se indaga cómo un grupo de trabajadores varones encarna, reproduce, negocia o desafía los mandatos de masculinidad en su vida cotidiana laboral. La noción de performance de género, entendida como una práctica reiterativa y situada a través de la cual se construye el género (Butler, 2007), constituye el eje central de esta investigación, en tanto permite observar cómo lo masculino se hace y se regula en interacción con otros varones.

En este marco, la homosocialidad es abordada como un entramado relacional clave, en el que se ponen en juego afectos, normas, jerarquías y tecnologías emocionales que ordenan el grupo de pares. Lejos de tratarse de vínculos neutros o meramente colaborativos, estos lazos funcionan como espacios de vigilancia y validación, donde determinadas formas de masculinidad son promovidas, mientras que otras son marginadas, ridiculizadas o sancionadas. Las performances de género en el mayorista se expresan a través del humor, la distancia afectiva, los códigos compartidos, pero también mediante tensiones, silencios y resistencias.

La investigación se organiza en tres ejes principales. En primer lugar, se reconstruyen las trayectorias personales, familiares y educativas de los trabajadores entrevistados, situando las formas en que fueron socializados en modelos masculinos tradicionales o en disputa. En segundo lugar, se analizan las dinámicas homosociales del espacio laboral, observando cómo se producen y jerarquizan las masculinidades a través de interacciones cotidianas, roles asignados y narrativas compartidas. Por último, se examinan las reacciones y posicionamientos frente a los feminismos, como campo de tensión donde emergen contradicciones entre los discursos de igualdad y las prácticas arraigadas.

A lo largo del trabajo, se sostiene que las masculinidades no pueden pensarse como identidades estables, sino como procesos performativos atravesados por relaciones de poder, contextos sociales específicos y marcadores de diferencia como la clase, la edad o la sexualidad. En este sentido, la etnografía permite captar las dimensiones sutiles y afectivas de esas performances, así como las fisuras que las recorren. Esta tesis busca aportar al campo de los estudios sobre masculinidades desde una perspectiva crítica, situada e interseccional, visibilizando cómo se produce el género entre varones en contextos laborales populares y qué tensiones, ambivalencias o desplazamientos emergen en dicho proceso.

Palabras claves: Masculinidades, performances de género, homosocialidad, trabajo.

Introducción

En la Argentina contemporánea, las discusiones en torno a las masculinidades, los feminismos y los modos de ser varón, han adquirido una visibilidad creciente. Lejos de tratarse de un fenómeno reciente o meramente académico, estas discusiones se inscriben dentro de un escenario de transformaciones sociales más amplias, donde los mandatos tradicionales de género son interpelados por movimientos feministas, políticas públicas y nuevas sensibilidades colectivas. En este marco, prestar atención a los modos en que los varones experimentan, reproducen o resisten las normas de género, resulta clave para comprender cómo se reconfiguran las relaciones sociales en distintos ámbitos de la vida cotidiana. Particularmente en los espacios laborales masculinizados -como pueden ser las fábricas, las obras de construcción, o los mercados mayoristas- estas dinámicas se vuelven especialmente densas: allí, la homosocialidad, los afectos, el humor y las violencias moldean las formas en que se construye la masculinidad y se ordenan las jerarquías entre pares.

Esta tesis se propone aportar al campo de los estudios sociológicos de las masculinidades mediante el análisis de la relación entre homosocialidad y performance de género en un sector laboral masculinizado. El trabajo se basa en una investigación cualitativa realizada en un supermercado mayorista de la ciudad de Mar del Plata, donde se desempeñan 56 trabajadores, la mayoría de ellos varones. A partir de una etnografía, con trabajo de campo y entrevistas semiestructuradas se busca comprender cómo estos varones significan el género, la sexualidad y la masculinidad; cómo se configuran sus vínculos en el espacio de trabajo; qué lugar ocupan las emociones en sus relaciones; cómo se producen las jerarquías entre ellos; y de qué manera responden frente a los debates, reclamos y transformaciones impulsados desde los feminismos.

El mayorista constituye un ámbito de circulación constante, donde los roles de reposidores, armadores, cajeros y controles organizan la actividad diaria en torno a pasillos extensos, góndolas altas y depósitos internos. Además de ser un espacio productivo, es también un escenario social: en los rincones, entre descansos, en el comedor o durante el “vagueo” se construyen relaciones, se reafirman o disputan lugares y se reproduce un tipo de masculinidad que combina humor, distancia emocional y control simbólico. Este universo homosocial ofrece una ventana privilegiada para analizar cómo se hacen, se vigilan y se desafían los modos de ser varón en la vida cotidiana.

En los últimos años, el campo de estudios sobre masculinidades ha tenido un crecimiento significativo en América Latina, consolidando un enfoque que no solo cuestiona la aparente neutralidad del sujeto varón en las ciencias sociales, sino que además lo sitúa en el centro del análisis como objeto de problematización. Lejos de constituir una categoría esencial o biológicamente determinada, la masculinidad es entendida como una construcción histórica, relacional, situada e inestable, que se configura a partir de diversos procesos sociales, culturales y simbólicos (Connell y Messerschmidt, 2005).

Este enfoque ha sido ampliamente desarrollado por los estudios de masculinidades, o *men's studies*, que desde una perspectiva crítica han analizado la diversidad de formas de ser varón, reconociendo que no existe una única masculinidad sino múltiples masculinidades que se articulan en relaciones jerárquicas, determinadas por la clase, la etnia, la sexualidad, la edad, entre otros marcadores sociales (Crenshaw, 1989; Connell, 2003). En esta línea, el concepto de masculinidad hegemónica resulta central para comprender cómo se establece un modelo dominante de masculinidad que subordina a otras formas posibles de ser varón (gay, femenino, pasivo, etc.), y al mismo tiempo, sostiene su poder sobre las mujeres. Esta hegemonía no implica un dominio absoluto, sino un proceso dinámico de legitimación que establece una jerarquía interna entre varones y que puede ser desafiado, resistido o resignificado (Connell y Messerschmidt, 2005).

En la región, autoras como Mara Viveros Vigoya (1997) han aportado al análisis interseccional de las masculinidades, demostrando cómo se articulan con otras estructuras de desigualdad como el racismo o el clasismo. En Argentina, trabajos como el de Chiodi *et al.* (2019) ha examinado las formas en que se construyen y transmiten los mandatos de masculinidad desde la infancia, moldeando trayectorias marcadas por el disciplinamiento, el deber de fortaleza y el silenciamiento emocional. Estas investigaciones ponen en tensión la figura del “varón proveedor, fuerte, protector”, como mandato central, y analizan los costos subjetivos que implica sostener estas imágenes.

En este sentido, las performances de género (Butler, 2007) se presentan como una herramienta analítica para pensar las formas reiterativas en que los sujetos encarnan –o resisten– los mandatos de masculinidad. Estas performances no se dan en el vacío, sino que se articulan en espacios sociales específicos, como el trabajo, la familia, la escuela o los grupos de pares, en los cuales se vigilan y sancionan las formas de “ser varón” (Kimmel, 1997). La homosocialidad (Bird, 1996; Hammarén y Johansson, 2014), entendida como los vínculos afectivos y sociales entre varones, ha sido trabajada como un espacio clave de socialización y validación masculina, donde se reproducen normas de género, sexualidad y jerarquía.

Diversos estudios han mostrado que estos espacios homosociales funcionan como escenarios donde se pone a prueba constantemente la virilidad, reforzando la heterosexualidad obligatoria (Flood, 2008) y desplazando hacia los márgenes a quienes se perciben como “diferentes” o “menos varoniles”. En estos contextos, el humor, las bromas, las agresiones simbólicas o físicas, actúan como mecanismos disciplinadores, legitimando ciertas formas de masculinidad y castigando otras (Ahmed, 2004; Morcillo, 2023). A su vez, estas dinámicas están atravesadas por lo que Insausti (2017) denomina “costos afectivos de la masculinidad”: la negación del miedo, la tristeza o la ternura, como condiciones para el reconocimiento dentro del grupo de pares.

En relación con las emociones, autoras como Sara Ahmed (2004) han propuesto una lectura de las mismas como tecnologías de poder que circulan, organizan los vínculos y producen efectos materiales. La emoción no es individual ni espontánea, sino socialmente situada y performativa. Desde esta perspectiva, sentimientos como la bronca, la incomodidad, la vergüenza o el cariño permiten analizar cómo los varones negocian su pertenencia a determinados grupos, así como las tensiones que emergen cuando se desvían de las normas afectivas dominantes.

Asimismo, la familia aparece como una institución clave en la socialización de género. Las investigaciones de Kaufman (1995), Cosse (2009) y Rustoyburu (2019) han mostrado cómo las expectativas de la masculinidad se moldean desde la infancia a partir de modelos parentales que premian la independencia, la dureza y la autosuficiencia emocional. La figura del padre proveedor, el mandato de no llorar o la exigencia de protección se internalizan como formas esperables de ser varón. Sin embargo, estas mismas investigaciones señalan las fisuras y contradicciones que atraviesan estas imágenes, especialmente en contextos de transformación de las relaciones de género.

En lo que respecta a la violencia, se reconoce que esta ha sido una dimensión constitutiva de los estudios de masculinidades. Lejos de comprenderse como una expresión individual o excepcional, se ha analizado como una práctica socialmente legitimada en muchos espacios de socialización masculina. Autores como Goffman (2006), Segato (2003), Kimmel (1997) y Kaufman (1995) han abordado sus múltiples formas: física, simbólica, emocional, estructural, y sus funciones disciplinadoras dentro del orden de género. Más recientemente, de Stéfano Barbero (2019) ha propuesto una mirada crítica de la violencia como fenómeno escurridizo, polisémico y situado, que no puede explicarse de manera unívoca. Siguiendo a Wieviorka (2006), destaca la necesidad de comprender la subjetividad del actor violento, y plantea que el patriarcado no es una estructura uniforme, sino un entramado de desigualdades donde los varones pueden encontrarse en posiciones de poder o de vulnerabilidad según el contexto. Esta mirada relacional permite analizar la violencia masculina no sólo como un ejercicio de dominio, sino también como un mecanismo de afirmación identitaria frente a otros varones.

Desde una mirada interseccional, la categoría de masculinidad también ha sido puesta en relación con otras estructuras de desigualdad. Los aportes de Crenshaw (1989) y Holter (2005) han sido fundamentales para pensar cómo las masculinidades se constituyen en la intersección de clase, etnia, orientación sexual, edad, corporalidad, etc., lo que implica una diversidad de trayectorias y experiencias de poder. Autoras como Rubin (2015) y Hooks (2004) han insistido en la necesidad de desnaturalizar las jerarquías sexuales que organizan las relaciones sociales, en las que las prácticas homosexuales, feminizadas o no reproductivas son relegadas a posiciones de menor valor.

Finalmente, los aportes de Skeggs (1997), McRobbie (2009) y Azpiazu (2017) permiten pensar críticamente cómo operan los discursos sobre el género en el neoliberalismo tardío, en los que se exaltan las elecciones individuales y la autoexpresión, a la vez que se invisibilizan las estructuras que reproducen la desigualdad. Estos discursos postfeministas han sido abordados por Jones y Blanco (2021) para dar cuenta de cómo algunos varones se perciben a sí mismos como víctimas de un feminismo “excesivo” o de una corrección política “injusta”, mientras continúan beneficiándose de privilegios estructurales. En esta línea, autores como Blanco-Zucal y Gilson (en de Stéfano Barbero, 2022) han indagado en las formas de “invulnerabilidad performativa” que sostienen los varones frente a los cambios sociales, manteniendo una fachada de fortaleza emocional y negación del conflicto.

Este recorrido permite afirmar que las masculinidades no pueden ser pensadas al margen de las relaciones sociales, los discursos culturales y las estructuras de poder que las producen. Lejos de ser homogéneas, las masculinidades se configuran en contextos específicos, se enfrentan a tensiones y resistencias, y se transforman en interacción con otros actores y discursos. En este marco, cabe preguntarse: ¿Cómo se viven y negocian las masculinidades en espacios laborales masculinizados? ¿Qué lugar ocupan las emociones, el humor o la violencia en la producción de jerarquías entre varones? ¿Cómo se construye la diferencia sexual y la normatividad de género en las relaciones entre pares? Estas preguntas abren el camino hacia una exploración situada de las masculinidades populares en el ámbito laboral, permitiendo indagar no solo en las continuidades, sino también en las grietas y contradicciones que configuran el género en el presente.

La tesis se encuentra organizada en seis capítulos. En el primero, se introduce la investigación presentando el problema de estudio, los objetivos, el enfoque teórico y las preguntas que guían el trabajo. El segundo capítulo desarrolla la estrategia metodológica, enmarcada en una perspectiva cualitativa y etnográfica, y detalla el proceso de trabajo de campo, incluyendo una caracterización del supermercado mayorista donde se realizó la investigación. Asimismo, se presentan los perfiles de los trabajadores entrevistados, recuperando aspectos de sus trayectorias familiares, educativas y laborales, con el propósito de comprender cómo esas experiencias inciden en sus formas de

habitar el espacio laboral y de construir vínculos con sus compañeros.. En el tercer capítulo se abordan las experiencias adolescentes de los trabajadores, especialmente aquellas relacionadas con la violencia, los vínculos familiares y las formas de autoridad. El cuarto capítulo profundiza en las relaciones entre varones dentro del mayorista, explorando la dimensión emocional, los vínculos afectivos, las jerarquías entre compañeros y la forma en que se construye y regula la masculinidad. En particular, se analizan con mayor detalle los casos de Agustín y Benjamín. Por último, el quinto capítulo examina cómo los trabajadores reaccionan frente a los feminismos y los debates actuales sobre las relaciones de género, poniendo en diálogo sus discursos con sus trayectorias y prácticas cotidianas.

Capítulo 1

Metodología

1.1. La estrategia cualitativa y el enfoque etnográfico

Para abordar los objetivos propuestos en esta investigación, emplearé una metodología cualitativa, que es adecuada debido a su interés por explorar las subjetividades, comportamientos, experiencias y significados que las personas construyen en relación con sus contextos sociales particulares, sus acciones, vinculaciones e identificaciones (Vasilachis, 2006). Este enfoque permitirá conocer de forma situada las vidas de los varones que trabajan en el mayorista, además de sus performances de género, incluyendo sus prácticas, emociones, percepciones sobre el género y la sexualidad, así como sus reacciones ante discursos como el feminismo.

La investigación cualitativa se caracteriza por un enfoque flexible y en profundidad, orientada a comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de los propios actores involucrados (Taylor y Bogdan, 1992). Esto implica cuestionar las miradas etnocéntricas y objetivistas, y adoptar una perspectiva interpretativa y crítica que valora la interacción y la interpretación de los sujetos como dimensiones centrales en la construcción de la vida social. A su vez, este posicionamiento supone un compromiso con una forma específica de producir conocimiento: una que reconoce que los investigadores no son observadores neutrales, sino que conocen y construyen el mundo desde una perspectiva particular y situada.

Siguiendo a Haraway (1995), este *conocimiento situado* implica que toda investigación está enmarcada en un contexto epistemológico que condiciona tanto la percepción de los problemas como las interpretaciones que emergen a lo largo del proceso investigativo. En el caso de las investigaciones cualitativas, este posicionamiento se intensifica debido a la proximidad entre el investigador y el medio social estudiado, lo cual transforma tanto a quien investiga como al objeto de estudio. Este proceso exige una actitud reflexiva constante, que permita identificar cómo las experiencias y perspectivas del investigador influyen en la construcción del conocimiento, y viceversa.

A su vez, las dimensiones éticas y políticas son fundamentales en la investigación cualitativa, dado que atraviesan todo el proceso como un compromiso continuo y no meramente técnico. La interacción cercana con los participantes exige garantizar el consentimiento informado como un proceso dinámico, así como explicar de manera clara los objetivos y posibles usos de los resultados obtenidos. Asimismo, se debe proteger la confidencialidad y el anonimato de los

participantes. Estas decisiones éticas no son procedimientos mecánicos, sino que se resuelven desde un posicionamiento epistemológico reflexivo, teniendo en cuenta las tensiones entre las dinámicas de poder, la representación de las voces estudiadas y el impacto social de los hallazgos.

Además, la presente investigación se enmarca en un enfoque etnográfico, que resultó adecuado para explorar las dinámicas de homosocialidad y las performances de género en el espacio laboral del mayorista. La etnografía, como metodología cualitativa, brinda herramientas para comprender las prácticas sociales, los significados y las relaciones de poder desde una perspectiva situada, es decir desde la cotidianeidad en la cual se producen, reproducen y resignifican (Hammersley y Atkinson, 1994). En este caso, el lugar de trabajo se presentó como un espacio privilegiado para analizar cómo se (re)producen las masculinidades en interacción con otros varones. Es decir, me permitió conocer el modo en que se relacionan los varones, así como las tensiones, contradicciones y jerarquías que los atraviesan. Asimismo, este enfoque me permitió situar las masculinidades en relación con otros marcadores de desigualdad, como la edad, la trayectoria educativa y el contexto socioeconómico de la familia de origen.

La etnografía es “una concepción y práctica del conocimiento que busca comprender los fenómenos a partir de las perspectivas de sus miembros” (Guber, 2001, p.11). La importancia que tiene el punto de vista nativo y el conocimiento local en este enfoque implica que el proceso de investigación sea abierto y flexible. La observación participante es una de las técnicas principales de la etnografía, y es relevante para captar las formas en que las masculinidades son vivenciadas, practicadas y significadas en el espacio de trabajo. El contacto constante y directo con los trabajadores me permitió observar las dinámicas vinculares que regulan y controlan el género. En ese sentido, la etnografía es una herramienta adecuada para conocer sobre el entramado simbólico que sostiene las relaciones intragénero.

Otro fundamento para utilizar la etnografía para esta investigación fue su capacidad para producir conocimiento situado, permitiendo incorporar las voces y perspectivas de los actores, en este caso los trabajadores, reconociendo su agencia y su capacidad de dar significado a sus experiencias. Esto aporta una dimensión reflexiva a la investigación, donde el investigador tiene que estar dispuesto a cuestionarse, sorprender y reformular constantemente su sentido común como miembro de la sociedad, pero también sus sistemas teóricos, explicativos y de clasificación, a partir de lo observado, retomando las perspectivas y experiencias de los propios actores (Guber, 2004).

1.2. Caracterización del espacio de trabajo

El campo de estudio es un supermercado mayorista situado a pocas cuadras de la Ruta 88, en la zona sudoeste de la ciudad de Mar del Plata. Se trata de un espacio amplio y dinámico, en el que confluyen múltiples sectores laborales que organizan la actividad cotidiana: el salón de ventas, el depósito, el área de atención al cliente, las cajas, y los espacios administrativos y de descanso. En total trabajan allí 56 personas, de las cuales solo siete son mujeres. Estas últimas se concentran principalmente en sectores históricamente feminizados como cajas y atención al cliente, mientras que el resto de los espacios -particularmente el salón- se encuentran fuertemente masculinizados. Antes del ingreso de los trabajadores contratados a tiempo parcial, el grupo estaba compuesto en su mayoría por varones de entre 30 y 40 años, muchos de los cuales contaban con una antigüedad de cuatro o cinco años en el lugar. La incorporación de estos nuevos empleados, más jóvenes y con trayectorias laborales más recientes, modificó en parte esa composición inicial, generando una distribución algo más heterogénea en términos de edad y antigüedad.

La estructura organizacional del mayorista responde a una lógica jerárquica piramidal. En la cúspide se encuentra el gerente general, seguido por los encargados de sector (salón, cajas, ventas y jaula), el personal de control, y finalmente los trabajadores operativos: repositores, armadores de pedidos, cajeros/as y personal de atención. Dentro del salón de ventas, las góndolas metálicas de gran altura estructuran el espacio, marcando pasillos amplios por donde circulan los trabajadores y los clientes. Allí se desempeñan principalmente dos roles: los repositores (19 en total, 6 de ellos con contrato de medio tiempo), encargados de mantener el orden y reponer mercadería en góndolas; y los armadores de pedidos (12 en total, 2 medio tiempo), que recorren el salón buscando productos específicos solicitados por los clientes mayoristas.

Una vez armado, cada pedido es llevado a la “jaula”, una zona delimitada donde los pallets son revisados por el personal de control (7 trabajadores), encargado de verificar que no haya errores u omisiones. En el mismo salón se encuentran también el sector de atención al cliente (con 4 personas, 2 de ellas mujeres), las cajas (atendidas por 9 trabajadores/as, 4 mujeres y 3 part-time), y las oficinas de los jefes. En el entrepiso se ubican los vestuarios -diferenciados por género- y el comedor, espacio clave para el descanso y la socialización.

La organización del trabajo presenta turnos rotativos semanales, lo que genera dinámicas variables entre los equipos. Aunque existen momentos de gran intensidad laboral -particularmente los miércoles y viernes, días de mayor carga de pedidos-, también hay períodos más tranquilos que habilitan intercambios informales entre compañeros. La circulación constante, especialmente entre armadores, facilita los encuentros espontáneos. A su vez, los “vagueos” -momentos breves

de descanso no formalizado- suelen tener lugar en rincones estratégicos del salón, el depósito o el comedor, permitiendo conversaciones, bromas y otros modos de vinculación entre varones.

La rotación del personal es poco frecuente, aunque en ocasiones se producen cambios temporales por licencias, sobrecarga laboral o necesidades específicas. Los ascensos existen, pero son excepcionales. En este entramado cotidiano, los vínculos entre compañeros tienden a organizarse en pequeños grupos de afinidad que comparten horarios de descanso, complicidades y formas particulares de sociabilidad. En esos intercambios se despliegan códigos compartidos, tensiones, negociaciones y performances de género que constituyen un objeto privilegiado de análisis para esta investigación.

Este contexto resulta particularmente fértil para indagar en los modos en que se construyen, reproducen y disputan las masculinidades dentro del mundo laboral. La mayoría de quienes trabajan en el salón son varones con trayectorias personales y laborales muy diversas, pero que comparten un espacio donde la homosocialidad se desarrolla cotidianamente a través del humor, la competencia, la cooperación y formas sutiles de disciplinamiento simbólico. En este marco, el mayorista no solo estructura una lógica de producción, sino también una trama de relaciones que moldea sentidos acerca de lo que implica “ser varón”. Las prácticas cotidianas -desde chistes que sancionan lo considerado femenino, hasta gestos de compañerismo que consolidan lealtades masculinas- permiten observar cómo se refuerzan, tensionan o reconfiguran ciertos mandatos de género. En este sentido, el mayorista ofrece una entrada privilegiada para analizar etnográficamente la performatividad de las masculinidades en espacios laborales populares.

1.3. El acceso al campo: siendo uno más

El acceso al campo en esta investigación presenta particularidades significativas, ya que el espacio de estudio fue también mi ámbito laboral durante casi ocho años, entre septiembre de 2016 y mayo de 2024. Esta doble pertenencia -como trabajador e investigador- me permitió un conocimiento profundo del entorno, así como de las personas que lo integran. En ese contexto, la planta cuenta con 56 trabajadores/as, de los cuales solo 7 son mujeres. Estas últimas se desempeñan en sectores históricamente feminizados, como cajas, atención al cliente y ventas. En este estudio decidí no incluirlas, ya que no suelen formar parte de las dinámicas vinculares cotidianas que se desarrollan en los pasillos y sectores operativos, foco principal de mi análisis.

Esta condición me posicionó como un *insider* (Merriam et al., 2001), lo que supuso tanto ventajas, como desafíos metodológicos. Como señala Anguera Argilaga (1995), cuando el investigador pertenece al grupo que estudia, se facilita la interacción y la recolección de información, ya que no es percibido como un “extraño”. La familiaridad con el contexto, me permitió acceder a códigos de

comunicación, significados compartidos y dinámicas internas que podrían ser inaccesibles para un observador externo. Sin embargo, esta misma proximidad puede generar sesgos, en tanto existe el riesgo de naturalizar ciertos comportamientos o asumir interpretaciones sin la distancia analítica necesaria (Hammersley & Atkinson, 2019).

Uno de los primeros desafíos en la entrada al campo fue la necesidad de negociar el acceso formal con mis superiores. Conversar de un proyecto de investigación sobre masculinidades en el espacio de trabajo requirió una reformulación estratégica del tema para que resulte aceptable en un contexto laboral. La forma en que se comunicó el estudio fue clave para evitar resistencias y garantizar que se comprendiera la relevancia del análisis propuesto.

Más allá del acceso formal, el ingreso efectivo al campo se consolidó en la interacción cotidiana con los compañeros de trabajo. El anuncio de la investigación generó diversas reacciones, desde el interés y la curiosidad hasta las bromas y la interpelación directa: *"Ah... nos vas a estar observando"*, *"¿Qué vas a decir de nosotros?"*, *"Uhh, acá tenes de todo para hablar (risas)"*. Estos comentarios no solo marcaron el inicio del trabajo de campo, sino que fueron elementos clave en la construcción del acceso, ya que funcionaron como estrategias de negociación y posicionamiento dentro del grupo (Guber, 2019).

La participación del investigador en la cotidianeidad del grupo nunca es completamente neutral. Como señala Anguera Argilaga (1995), si bien ser parte del contexto de estudio reduce la reactividad de los sujetos observados, la transformación de un miembro en investigador introduce cambios en la dinámica del grupo. Es decir que, la investigación se convirtió en un proceso de negociación constante, donde en ocasiones el solo hecho de saber que podía registrar conversaciones, chistes o situaciones generaban nuevas reflexiones en los propios participantes.

Asimismo investigar la masculinidad desde una posición de varón conlleva una tensión particular, por un lado, facilita el acceso a ciertas interacciones y códigos culturales (Connell, 2005), pero, por otro lado, introduce un cuestionamiento constante sobre el posicionamiento del investigador, dentro de esas mismas estructuras de género (Messerschmidt, 2018). En ese sentido no se trató solo de observar a los demás, sino en reconocer cómo mi presencia, mis reacciones y mis silencios fueron también interpretados dentro del grupo. Ante ciertas circunstancias, comentarios o bromas, surgieron momentos de interpelación en los que mi masculinidad fue puesta a prueba ¿Qué significaba reírse o no reírse? ¿Qué posición se esperaba que asumiera? Cuándo no compartía lo que pasaba en alguna situación, ¿debía decir algo, o solo dejar que las cosas sigan su curso para registrar? ¿Hay actitudes que registro y noto de otros varones y también tengo yo? En ese sentido, la investigación etnográfica no solo constó de una observación de las performances y dinámicas masculinas, sino que también de una participación activa en ellas, con

la necesidad constante de reflexionar cómo las relaciones de género me atravesaban a mí como investigador, pero sobre todo como varón.

En ese sentido, la construcción del campo fue un proceso que no solo se basó en la entrada formal, sino también en la capacidad de generar confianza, establecer acuerdos implícitos y analizar las expectativas que mis compañeros de trabajo tenían sobre mí como investigador y como compañero. Reflexionar sobre los vínculos preexistentes, las percepciones mutuas y la manera en que estas relaciones influyeron en la observación fue una estrategia metodológica central.

En síntesis, el acceso al campo en esta investigación no se limitó a una entrada inicial, sino que supuso un proceso dinámico de posicionamiento, negociación y reflexividad. Desde la primera interacción con los superiores hasta las conversaciones informales con los compañeros, cada etapa del ingreso al campo aportó información valiosa para comprender las dinámicas masculinas en el espacio de trabajo y para problematizar mi propia performance masculina.

1.4. La observación participante y las entrevistas semiestructuradas

La investigación se basó en dos estrategias metodológicas principales: la observación participante y las entrevistas semiestructuradas. Ambas técnicas resultaron fundamentales para el análisis de las masculinidades en el contexto laboral, permitiendo captar tanto las prácticas cotidianas como las tensiones en los discursos de los participantes.

Observación participante: entre lo dicho y lo hecho

La observación participante no solo permite registrar lo que los actores dicen sobre sí mismos, sino también contrastarlo con sus acciones y comportamientos en el día a día (Hammersley & Atkinson, 2019). Esta metodología fue crucial para identificar diferencias entre lo que los trabajadores declaraban sobre su masculinidad y la manera en que esta se desplegaba en la práctica. Como señala Flood (2008), en la homosocialidad masculina existe una brecha entre las cosas que efectivamente se hacen y las cosas que se dicen que se hacen, lo que introduce una dimensión de tensión en los discursos de los sujetos. Asimismo, Seidler (2006) sostiene que los varones aprenden a actuar de acuerdo con lo que se espera de ellos y tienden a definirse externamente, especialmente frente a sus pares masculinos.

En el trabajo de campo, los momentos informales fueron claves para registrar estas tensiones y contradicciones. Espacios como los descansos en el comedor, los encuentros en los pasillos y las conversaciones espontáneas durante la jornada laboral se convirtieron en escenarios de observación privilegiados, donde los intercambios sobre temas cotidianos permitieron acceder a

discursos sobre lo que significa "ser varón" en ese contexto. Estas interacciones espontáneas abrieron la posibilidad de realizar repreguntas, profundizar ciertos temas y flexibilizar las estrategias de recolección de datos.

Para sistematizar la información obtenida a través de la observación, se llevaron registros detallados en notas de campo. Estos registros no solo reconstruyeron diálogos, situaciones y chistes, sino que también incluyeron notas reflexivas sobre la propia experiencia como investigador en el campo, siguiendo la premisa de no ser un mero observador neutral, sino entendiendo mi incidencia en las dinámicas grupo (Emerson, Fretz & Shaw, 2011). En aquellos casos en que ciertos comentarios o situaciones se reiteraron de manera habitual a lo largo del trabajo de campo, y no correspondían a un único registro fechado, se optó por consignarlos como "registro variado" en las notas de campo, para dar cuenta de su carácter persistente y cotidiano.

Entrevistas semiestructuradas y muestreo teórico

La observación en el trabajo de campo permitió delinear una guía de entrevistas que sirvió para profundizar en aspectos de la masculinidad que no siempre emergían en las interacciones cotidianas. Las entrevistas fueron semiestructuradas, lo que permitió adaptar las preguntas a cada entrevistado y al flujo de la conversación, garantizando un mayor grado de flexibilidad en la exploración de significados y experiencias.

Para la selección de entrevistados se utilizó un muestreo teórico, concepto desarrollado en el marco de la teoría fundamentada (Glaser & Strauss, 1967). Este enfoque implica que la muestra no está predeterminada de antemano, sino que se va definiendo gradualmente a medida que avanza la investigación y emergen nuevas categorías de análisis. En este sentido, el proceso de selección de entrevistados estuvo orientado por el trabajo de campo, permitiendo ajustar la muestra en función de los aspectos emergentes del estudio. El muestreo se dio por finalizado cuando se alcanzó la saturación teórica, es decir, cuando la incorporación de nuevos casos no aportaba información novedosa ni generaba variaciones significativas en las categorías analíticas.

Durante las entrevistas, se utilizaron memos analíticos para registrar información contextual relevante, como pausas prolongadas, tonos de voz, gestos y emociones percibidas en el momento (Charmaz, 2006). Estos registros no solo complementaron el análisis de las narrativas verbales, sino que también permitieron comprender los matices y contradicciones en los discursos de los entrevistados.

Siguiendo los principios éticos de la investigación cualitativa, todos los nombres utilizados en la tesis fueron modificados para garantizar el anonimato de los participantes. Asimismo, se

eliminaron o ajustaron características personales que pudieran hacer identificables a los sujetos, respetando así el carácter confidencial de la información proporcionada.

La combinación de observación participante y entrevistas semiestructuradas permitió un abordaje integral del objeto de estudio, capturando tanto las prácticas como los discursos sobre la masculinidad en el ámbito laboral. Esta triangulación metodológica posibilitó no sólo describir los modos de ser varón en este contexto, sino también analizar las tensiones, contradicciones y estrategias de legitimación de la masculinidad en el día a día de los trabajadores.

Nota sobre el uso de registros y transcripciones: A lo largo de la tesis se incluyen fragmentos extraídos tanto de entrevistas semiestructuradas, como de notas de campo elaboradas durante el trabajo de campo facilitando su identificación en las transcripciones de las entrevistas se utiliza la letra “E” para señalar mis intervenciones como entrevistador. En cambio en los fragmentos provenientes de las notas de campo utilizo la primera persona del singular “yo”, dado que corresponden a observaciones personales y reflexiones propias registradas en el contexto de la observación participante.

1.5. Presentación de los entrevistados: familia, trabajo, género y vínculos

Este apartado reúne las trayectorias laborales, familiares y personales de los trabajadores entrevistados, recuperando sus relatos en torno a los inicios en el mundo del trabajo, sus vínculos afectivos y los recorridos que los llevaron a su empleo actual en el supermercado mayorista. Lejos de tratarse de biografías individuales aisladas, estas presentaciones permiten situar sus experiencias dentro de contextos sociales y económicos específicos, así como comprender cómo se construyen sentidos en torno al trabajo, la masculinidad y la vida cotidiana. La reconstrucción de estas historias no solo permite dar cuenta de sus recorridos personales, sino también visibilizar las condiciones materiales, los vínculos familiares y las decisiones que, en distintos momentos de sus vidas, fueron moldeando sus trayectorias.

Las entrevistas fueron realizadas en simultaneidad con el trabajo de campo, a partir de un vínculo previo construido por mi experiencia como compañero de trabajo en el mayorista. Este contexto habilitó una cercanía que facilitó la confianza suficiente para abordar temas sensibles o personales, pero también implicó desafíos, como la necesidad de mantener una escucha activa sin dejar de ser parte de las dinámicas cotidianas del lugar.

A su vez, los relatos reconstruidos dialogan permanentemente con mi registro etnográfico. Las situaciones observadas, las conversaciones en los pasillos, los gestos, los silencios y las bromas,

aportan a la comprensión de los relatos de los entrevistados, y permiten leer lo enunciado no solo como discurso, sino como una práctica situada. En ese sentido, el análisis de las entrevistas, no solo se limita a lo que se dice, sino que se expande hacia lo que se hace, se omite o se performa en el marco de la homosocialidad del mayorista.

A continuación, presento los retratos de algunos de los trabajadores entrevistados, cuyas voces recorren los distintos capítulos de esta tesis.

Osvaldo

Entrevisté a Osvaldo el 13 de abril de 2022, en el café de una estación de servicio que queda por la ruta, a dos cuadras del mayorista. El lugar estaba bastante tranquilo, lo que permitió que la entrevista fuera distendida.

Osvaldo tiene 38 años y está casado desde hace 19. Vive en su propia casa, ubicada en un barrio de clase trabajadora de Mar del Plata, junto a su esposa, sus hijas de 9 y 16 años, y el hijo de su pareja, de 18. Además, es padre de un varón de 22 años que reside en otra provincia.

Osvaldo creció en una villa, en el seno de una familia numerosa compuesta por ocho hermanos: cuatro mayores y cuatro menores. Según relata, su hermana menor fue la única que asistió al jardín de infantes, ya que las dificultades económicas de la familia lo impidieron para el resto de los/as hijos/as. Al papá *“le costaba criarlos, porque no había trabajo”*, dice. Su padre trabajaba como albañil, aunque cuando no *“agarraba nada”* salía a cirujear, mientras que su madre y algunos de sus hermanos *“salían a pedir”*. Frente a esta situación, los hermanos mayores abandonaron la escuela desde muy jóvenes para trabajar y colaborar con la crianza y el sustento del hogar.

Su trayectoria laboral comenzó en la adolescencia, en un contexto de crisis económica y social en Argentina. En el año 2000, con apenas 14 años, se vio obligado a cirujear y cortar el pasto para generar ingresos. En un período marcado por el desempleo masivo y el incremento de la pobreza tras la implementación de políticas neoliberales en los años '90, su experiencia laboral continuó en empleos precarizados: trabajó en un matadero de gallinas, como filetero en el puerto, en la construcción y, finalmente, en el mayorista donde se desempeña actualmente.

Osvaldo trabaja como armador de pedidos en el salón, lo que le permite circular activamente por todo el local e interactuar con gran parte del personal, entre charlas y bromas. Es un varón que suele asumir un rol de liderazgo dentro de los grupos de trabajo en los que participa. Se autodefine como *“bruto”* y su presencia resulta difícil de pasar por alto: su tono de voz elevado, su contextura corporal y sus movimientos lo hacen destacar en el espacio. Cuando se enoja, puede

volverse avasallante y muestra una actitud desafiante, como si no le tuviera miedo a nada. Al mismo tiempo, es una persona carismática, con un estilo muy propio para contar anécdotas y hacer chistes, con un lenguaje cargado de insultos y expresiones que suelen generar risas entre los compañeros.

En la entrevista, cuando le pregunté cómo se definiría a él mismo respondió: *“Yo soy un hombre sencillo, humilde principalmente y bueno. Soy un hombre de familia (...) Tenemos nuestra casa, que empezamos con mi esposa de cero, luchándola... en un barrio que creo que, como en todo Mar del Plata, hay peligro, por la gente... hay gente laburadora, hay gente que no, gente buena, gente que no... pero bueno ya ahí estamos hace diez años viviendo ahí.”* (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

También le pregunté sobre qué significaba para él, ser hombre. Se quedó en silencio unos segundos y luego respondió: *“Hoy como estamos viviendo todo, ser hombre es normal es... no sé... es lo mismo que ser mujer. Antes ser hombre, capaz, era decir “el hombre es el que manda”, ponele... te estoy hablando de la época de mi viejo, pero hoy ser hombre es como ser mujer [E: ¿No hay diferencias?] El pito boludo, pero después, hoy en día es lo mismo. [E: ¿Entonces si tenes pito sos varón?] Y hay algunos que eligieron para otro lado... son hombres... pero le gusta estar con hombres, pero no cambia nada, igual son hombres.”* (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

Darío

Entrevisté a Darío el 15 de abril de 2022, en un café amplio a unas diez cuadras del mayorista. La entrevista se desarrolló bien, aunque hacia el final lo llamó su esposa y, después de eso, se lo notó un poco apurado.

Darío tiene 38 años, está casado desde hace 15 y es padre de dos hijos de 14 y 8 años. Vive en su propia casa, que fue construyendo con esfuerzo a lo largo de los años, en un barrio periférico de la ciudad de Mar del Plata. Creció en una localidad de la zona sur del conurbano bonaerense. Es el segundo de cinco hermanos -tiene dos hermanas y dos hermanos- y a los 13 años dejó la escuela para comenzar a trabajar en la panadería de su padre. Su incorporación temprana al mundo laboral estuvo atravesada por la necesidad de aportar a la economía familiar en un período en el que la inestabilidad económica y el desempleo afectaban particularmente a los sectores populares. Con el tiempo, consiguió empleo como personal de seguridad en un supermercado de Temperley. En 2012, decidió mudarse a Mar del Plata en busca de nuevas oportunidades. Allí trabajó en carga y descarga de mercadería hasta que ingresó al mayorista en el que trabaja actualmente.

Darío trabaja como repositor y es uno de los mejores amigos de Osvaldo. Juntos suelen hacer chistes o bromas a otros compañeros, aunque generalmente es Darío quien *“le sigue la joda a Osvaldo”* o se ríe de sus ocurrencias. A su vez, es reconocido por ser un buen compañero: siempre está dispuesto a ayudar a quien lo necesite o a ofrecer algún consejo cuando nota que alguien se encuentra desorientado en una tarea.

Cuando le pregunté cómo se describiría, dijo: *“No sé... soy un muchacho normal, trabajador. Vivo de la familia... Me levanto todos los días temprano para ir a trabajar, vuelvo del trabajo y hago las cosas de la casa, ayudo a mi esposa. Ayudo con las cosas de la casa (...).”* Con respecto a la pregunta qué significa ser varón para él, me respondió: *“¿Ser varón? no sé cómo explicarte (se ríe y piensa) Ser el hombre de la casa, que se yo... [E: ¿el ser varón es algo que se aprende? ¿Es algo natural?]. El hombre es un hombre, no hay mucha ciencia, no sé cómo explicarte. El hombre es hombre y la mujer es la mujer (...). El hombre de la casa, es el que maneja el hogar. El que trae el alimento, que lleva a su familia por buen camino [E: Che... ¿Y qué cosas te gustan de ser hombre?] ¿Qué cosas me gustan? (silencio)... No sé, todo, que se yo. Todo. Jugar al fútbol, comer asado con amigos, tener relaciones con mi esposa.”* (Entrevista realizada a Darío, 15 de abril 2022)

Claudio

Entrevisté a Claudio en mi casa el 25 de abril de 2022, aprovechando que estaba de licencia y vivíamos cerca. La entrevista fue muy tranquila, y entre mate y mate me contó su historia y sus experiencias en el mayorista.

Claudio tiene 39 años, está casado desde hace 16 y es padre de dos hijos, de 16 y 10 años. Nació en Buenos Aires y, durante la década de 1990, se mudó a Mar del Plata junto a sus padres y su hermana mayor, motivados por cuestiones laborales. Su padre trabajó como encargado de edificio hasta su jubilación, mientras que su madre se dedicó a las tareas del hogar.

Su trayectoria laboral comenzó a los 18 años, cuando dejó la escuela en el último año del secundario, en un contexto en el que el mercado de trabajo ya evidenciaba un proceso creciente de precarización. Su primer empleo fue limpiando vidrios, luego trabajó como repartidor y más tarde en distintos mercados, desempeñándose en tareas de carga, reposición y atención al cliente. A lo largo del tiempo, su recorrido laboral estuvo atravesado por la búsqueda de estabilidad, hasta ingresar al supermercado mayorista, donde actualmente se desempeña en el área de armado de pedidos.

Claudio es una persona que mantiene una relación cordial con todos, aunque no forma parte de un grupo definido de compañeros dentro del trabajo. En ocasiones trabaja con auriculares,

concentrado en sus tareas y en la música. No suele participar de las juntadas, aunque a veces se suma a chistes o conversaciones grupales que se dan en los pasillos del espacio laboral. Cuando se describe dice “(...) soy una persona normal, familiar... Vivo con mi esposa y mis dos hijos en un departamento que alquilamos en el centro. Me gusta estar en mi casa con mi familia. Me gusta estar con amigos, me relaciono bastante. Soy una persona tranquila que se divierte... salgo a lugares, toco en varias bandas.” (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

Cuando le pregunté sobre qué significa ser varón para él, me respondió: “El ser varón no es un tema que hable todos los días con alguien... Por ahí me puede llegar a costar darte una respuesta porque no estoy acostumbrado a hablar de estos temas... pero qué se yo... el ser hombre ... para mí el ser hombre, o el ser una mujer... vuelvo a lo de antes... mientras seas una persona de bien... que porque sos hombre o sos mujer tenés que ser más o menos que alguien... las dos personas pueden tener los mismos derechos en todos los ámbitos y rubros, y... bueno nada eso.” (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

Guillermo

Entrevisté a Guillermo el 28 de abril de 2022, en su casa. Cuando le comenté sobre la entrevista, no dudó en invitarme a compartir una merienda y conversar un rato. El ambiente fue distendido, ya que para esa ocasión le pidió a su hermana que cuidara a sus hijos. Al principio charlamos un buen rato sobre la vida, y después arrancamos con la entrevista.

Guillermo tiene 39 años, está divorciado y es padre soltero, con el cuidado compartido de sus cuatro hijos e hijas: una de 17 años, otra de 15, uno de 8 y el más pequeño de 5. Vive desde hace 12 años en su casa, ubicada en un barrio popular de la ciudad. Tiene un hermano y una hermana menores que él. Cuenta que su madre es jubilada y toda su vida se dedicó a ser “mucama” en hoteles y su padre, también jubilado, ha trabajado en la construcción. Guillermo afirma que el entorno familiar en el que creció no fue muy unido, debido a la frecuente ausencia de su padre y los conflictos que esto generaba con su madre.

A los 14 años, y durante tres temporadas consecutivas, trabajó en el campo, utilizando el dinero que ganaba para sus gastos durante el año. A los 18, mientras cursaba su último año escolar, comenzó a trabajar en una mensajería, y más tarde se desempeñó en distintos supermercados y en empresas de transporte, conduciendo camiones. En la actualidad, trabaja en el supermercado mayorista, donde opera maquinaria.

A Guillermo le gusta el fútbol, disfruta reunirse con amigos, cocinar, tomar algo y escuchar rock y cumbia. En el trabajo se lleva bien con la mayoría y participa de las bromas, en algunas cargando pero en muchas también, siendo cargado por otros. Aunque se lleva bien con todos, sostiene que

sus verdaderos amigos están fuera del ámbito laboral y que 'se cuentan con los dedos de una mano'.

Cuando le pregunté sobre cómo se presentaría, respondió: *"Yo soy empleado de un mayorista, padre de familia, trato de hacer lo mejor que puedo, lo mejor que me sale. Me creo bastante buen tipo, a veces demasiado (ríe). Pero sí, que sé yo... buen amigo, de pocos amigos pero bueno. No sé qué más (...) nací acá en Mar del Plata, estuve 14 años casado y hace 4 que me separé."* Cuando le pregunté sobre qué significa ser varón para él respondió: *"para mi ser varón es una condición genética, nada más."* (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

Santiago

Entrevisté a Santiago el 5 de abril de 2022, en el mismo café donde había entrevistado a Darío, antes de entrar a trabajar. El tiempo fue limitado, pero alcanzó para que pudiera contarme muchas de sus experiencias. En ningún momento se mostró incómodo; al contrario, siempre estuvo muy abierto a charlar sobre todo lo que le proponía.

Santiago tiene 44 años, es soltero y no tiene hijos. Vive con sus padres en un barrio macrocéntrico de Mar del Plata, y cuenta con un terreno propio en el que aún no ha podido avanzar con la construcción de su vivienda. Tiene un hermano y una hermana, ambos con casa propia. Su padre, ya jubilado, trabajó toda su vida como mecánico, y su madre, también jubilada, fue ama de casa. Su trayectoria laboral comenzó a principios de la década de 1990, cuando, con solo 9 años, trabajaba en una verdulería durante las temporadas de verano para *"tener plata para el colegio"* y porque *"su madre prefería que no pasara tiempo en la calle"*. A los 15 años, a mediados de los '90, ingresó como empleado en McDonald's, y en los años siguientes trabajó en una casa de deportes y en una pizzería. Desde hace más de diez años trabaja en el supermercado mayorista, donde desempeña tareas en distintos sectores, alternando entre atención al cliente, reposición y armado de pedidos.

En el ámbito laboral, suele ser objeto de bromas por parte de sus compañeros, quienes lo califican como un 'chupamedias de los jefes'. Aunque mantiene una buena relación con todos, no se integra activamente en ningún grupo específico. Él mismo se diferencia del resto afirmando que, *"el trabajo es una selva y está lleno de monos"* posicionándose como alguien distinto y más 'educado'. Además, es reconocido entre sus pares por su fuerte rechazo al peronismo y por sostener firmemente una visión meritocrática del mundo.

Afirma que *"ser varón es una condición natural"* y cuando le pedí que se describiera dijo: *"Mira yo soy un tipo común que labura... un varón tradicional te diría (ríe) con costumbres ya marcadas viste. Eh... nada bastante simple, con respecto a mi persona bastante simple. Si te referís a un varón como marca la sociedad ¡sí! Estoy dentro de esos cánones: con la forma de vestir, con la*

forma de hablar, con la forma de relacionarme con las mujeres, soy estereotipo común de un varón de mi edad.” (Entrevista realizada a Santiago, 5 de abril 2022)

Matías

Entrevisté a Matías el 27 de abril de 2022, en mi casa. Aunque no era la primera vez que venía, se lo notaba algo nervioso. Al principio, me dio la impresión de que intentaba decir lo que creía que yo quería escuchar, pero con el correr de la charla la entrevista se tornó más “sincera”. Tuvimos que interrumpir porque entrábamos a trabajar. La segunda parte fue el mismo día a la noche, por teléfono, y sentí que en ese momento él estaba más cómodo.

Matías tiene 25 años, es soltero y vive con sus padres y sus hermanos en un barrio ubicado en la zona periférica de Mar del Plata, cercano al macrocentro. Tiene un hermano de 26 y una hermana de 27 años. Su padre trabaja como preventista en una empresa de bebidas y su madre es docente. Trabajar como armador de pedidos en el mayorista es su primera y única experiencia laboral. Se lo percibe como un varón introvertido, y muchas de las bromas del grupo de compañeros suelen estar dirigidas hacia él, siendo además algunas de las más pesadas. Desde su ingreso ha tenido varios conflictos con distintos compañeros debido a estas situaciones de hostigamiento. No obstante, él opta por tolerar estas bromas con el objetivo de integrarse al grupo, en el cual, con el paso del tiempo, ha logrado adaptarse y soltarse. Según declaraciones de otros compañeros, actualmente se lo percibe como 'más maldito', expresión que indica cierta asimilación de los códigos del grupo.

Cuando se describió, dijo *“soy un hombre sencillo, sin muchas aspiraciones en la vida (se ríe)... la verdad que hace un tiempo estoy pensando en hacer algo... en estudiar alguna carrera, dejé pausada la carrera de historia”*. Por otro lado, cuando le pregunté sobre qué significaba para él ser un varón, pensó unos segundos y respondió: *“¿ser varón? para que no encuentre la palabra, no sé... ciertos aspectos que normalmente están en la vida de un varón; los gustos por las chicas, la sexualidad, o sea la forma de tu cuerpo... no te sé decir mucho más que eso.”* (Entrevista realizada a Matías, 27 de abril 2022)

Benjamín

Entrevisté a Benjamín el 5 de mayo de 2022, en su casa. No era la primera vez que iba, y él estaba entusiasmado con la idea de la entrevista. Por momentos, cuando habló de su adolescencia, lo noté emocionado. El hecho de que fuera en su casa influyó para que se sintiera cómodo y pudiera hablar con tranquilidad sobre su vida y sobre cómo vivía el día a día del trabajo.

Benjamín tiene 25 años y nació en un pueblo del interior de la provincia de Buenos Aires. En 2016 se mudó a Mar del Plata junto a su ex pareja, con el deseo de dejar atrás un entorno que describe como *“lleno de conservadores”*. Actualmente vive solo, en un departamento alquilado ubicado en el centro de la ciudad. Sus padres están separados; mantiene una buena relación con su madre, aunque el vínculo con su padre es más distante. Su padre tuvo una trayectoria laboral inestable, desempeñándose en distintos oficios hasta que, en el último año, ingresó como empleado municipal. Su madre, en cambio, trabajó durante un tiempo como profesora y, posteriormente, accedió a un puesto como preceptora, donde continúa trabajando. Tiene un hermano mayor, con quien siempre mantuvo una buena relación. Antes de ingresar al mayorista, trabajó en un call center y como cobrador de una rifa. Dentro del ámbito laboral, muchas veces es percibido como *“raro”* por sus compañeros, debido a que presenta un estilo distinto al que predomina entre los varones del espacio. Su falta de interés por el fútbol, por las conversaciones centradas en mujeres o por otros temas comunes dentro de la homosociabilidad masculina del lugar, lo posiciona en los márgenes de ciertas dinámicas grupales, y en ocasiones es objeto de bromas por estas diferencias. Aun así, mantiene una buena relación con sus compañeros y tiene a Agustín, su mejor amigo, al lado, trabajando de armador como él.

Cuando se describe dice: *“Soy una persona bastante callada, tímida, este...Tardo un poco en entrar en confianza con la gente (...) Aunque voy mejorando conmigo mismo... me cuesta porque nací en un pueblo que es bastante conservador, muy discriminativo por todo. Así que venir acá, a esta ciudad (Mar del Plata) fue como sentirme un poco más libre de todo... me cuesta pero me voy adaptando (...) Me considero un varón por mi sexualidad y esas cosas, o sea, me considero como hombre en sí, como varón, pero no sé... No comparto por ahí actitudes que suelen tener otro tipo de varones... por ejemplo las cosas físicas, ponele, un poco agresivas (...). Eso, o el hecho de tener que andar diciendo sobre las mujeres, que tenes que cogerlas a todas para ser un hombre de verdad, es como... tampoco lo comparto. Es como que hay muchísimas cosas... lo del fútbol por ejemplo, si no te gusta el futbol no sos hombre.”* (Entrevista realizada a Benjamín, 5 de mayo 2022)

Agustín

Entrevisté a Agustín el 9 de mayo de 2022, en mi casa, y se lo notó muy cómodo. Si bien respondió todas las preguntas y se explayó bastante, fue la entrevista más corta. Antes de prender la grabadora, habló un buen rato sobre lo mal que le parecía el ambiente de trabajo.

Agustín tiene 26 años, es soltero y nació en una ciudad del interior de la provincia de Buenos Aires, donde actualmente viven su madre y su hermana menor. Relata que sus padres están separados y que no mantiene vínculo con su padre desde la adolescencia, a quien describe como

“una persona violenta en muchos aspectos”. En contraste, define a su madre como *“una leona”* que siempre lo apoyó a él y a su hermana. Recuerda, por ejemplo, que cuando decidió mudarse a Mar del Plata, a ella le dolía la distancia, pero igualmente lo impulsó a seguir ese proyecto porque confiaba en que iba a estar bien. En 2015, se trasladó a Mar del Plata con el deseo de *“cambiar de aires”* y comenzar una nueva etapa en su vida. Poco después, consiguió empleo como armador de pedidos en el supermercado mayorista, donde continúa trabajando hasta la actualidad. En los últimos años, según relata, fue *“tomando conciencia”* de su homosexualidad y, aunque actualmente puede vivirla con mayor libertad, durante mucho tiempo se sintió reprimido. Desde su ingreso al trabajo, fue rápidamente identificado por sus compañeros como *“el gay”*, aun sin haber hecho comentarios explícitos al respecto, debido a ciertas expresiones de género que no se ajustan a los mandatos tradicionales de masculinidad vigentes en el espacio laboral. Es un varón que suele mantenerse al margen de las bromas grupales, ya que muchas veces recaen sobre él. Se caracteriza por su frontalidad y por manifestar su incomodidad cuando algo lo afecta. Aunque mantiene una relación cordial con la mayoría de sus compañeros, su vínculo más cercano en el ámbito laboral es con Benjamín, a quien considera su mejor amigo.

Cuando le pedí que se describiera, me dijo: *“A ver... en si soy una persona común y corriente igual que todos, lo único que diferencia por ahí es... este pensamiento que tienen muchas personas todavía... es el tema de mi condición sexual o de mi orientación sexual. Después soy una persona común y corriente que tiene trabajo, una vida estable... normal... amigos, familia, nada más que eso. Pero que a veces te juega un poco en contra el tema de la condición sexual en ciertos aspectos (...) Me considero varón pero qué sé yo... Nunca me pregunté bien cuál es mi parte machista, que es lo que me diferencia de una mujer. Por ahí solo la fuerza, pero después me parece que todos somos iguales, no sé.”* (Entrevista realizada a Agustín, 9 de mayo 2022)

Las trayectorias de vida de estos trabajadores, que comenzamos a conocer a partir de sus propias palabras, permiten situar sus posiciones actuales en el espacio laboral desde una perspectiva biográfica y contextual.

Las historias presentadas muestran la diversidad de experiencias que coexisten en un mismo espacio laboral. Cada recorrido está atravesado por distintas marcas generacionales, familiares y de clase, que dan forma a modos particulares de estar, actuar y vincularse en el trabajo. Al mismo tiempo, estos relatos dejan entrever tensiones, estrategias y aprendizajes que cada uno de los entrevistados fue desarrollando en el marco de contextos complejos y cambiantes. En este sentido, conocer sus trayectorias permite no solo entender quiénes son estos trabajadores, sino también abrir preguntas sobre cómo se configuran, en el presente, ciertas formas de ser varón, de trabajar y de habitar la cotidianeidad en el mayorista.

Capítulo 2

Homosocialidad, familia y los usos de la violencia

Hablar de masculinidades implica necesariamente hablar de violencia. No porque todos los varones ejerzan violencia, ni porque la violencia sea esencialmente masculina, sino porque las formas históricas y sociales en las que se construye la masculinidad en nuestras sociedades están atravesadas, en distintos grados y formas, por vínculos con la coerción, el control, la fuerza o la amenaza. Siguiendo a de Stéfano Barbero (2017), la violencia no puede pensarse únicamente como un acto físico o explícito, sino como una práctica relacional que implica una asimetría de poder, y que muchas veces se vuelve estructurante de los vínculos sociales. En el caso de los varones, esta violencia se ejerce -y se padece- en escenarios que van desde lo íntimo hasta lo colectivo, y en donde se articulan mandatos de género, jerarquías internas y formas de reconocimiento o exclusión. En este capítulo se explora cómo se expresa la violencia en las trayectorias de algunos trabajadores del supermercado mayorista, tanto en sus experiencias adolescentes como en sus dinámicas vinculares actuales en el ámbito laboral. Lejos de asumir una lectura determinista, se busca dar cuenta de las distintas modalidades que adopta la violencia en relación con los procesos de socialización masculina, así como de los márgenes de agencia y resignificación que algunos actores despliegan frente a esos mandatos.

Se propone un recorrido desde una perspectiva interseccional sobre las trayectorias de socialización masculina de los varones del mayorista, indagando cómo aprenden y hacen género a lo largo de su vida. Se hace hincapié en momentos clave como la infancia, la adolescencia y la adultez, para analizar las formas en que estos varones ejercen la masculinidad, la reproducen o la tensionan en distintos ámbitos. En una primera parte se exploran las paternidades, atendiendo tanto a los modos en que fueron criados a cómo hoy se posicionan como padres y hombres de familia. En el segundo apartado se profundiza en el ejercicio de la autoridad y en los vínculos familiares de la niñez, prestando especial atención a los retos y castigos que vivieron, y cómo esas experiencias se continúan -o se transforman- en sus prácticas actuales. Finalmente, en el tercer apartado se abordan las experiencias de violencia física durante la adolescencia, prestando especial atención al recorrido homosocial, las dinámicas de grupo entre pares y las formas en que esas vivencias resurgen o mutan en las interacciones cotidianas dentro del espacio de trabajo. Esta articulación permite pensar cómo las violencias no solo son una constante que atraviesa sus biografías, sino también un recurso -a veces validado, a veces cuestionado- para sostener posiciones de masculinidad en distintos escenarios.

2.1. “Ser padre, ser hijo”: tensiones y mandatos en las paternidades masculinas

Como se ha expuesto anteriormente en esta tesina, la masculinidad no es un hecho biológico, sino que es una construcción social y cultural, producto de las prácticas sociales y discursivas que se repiten y se refuerzan en la sociedad (Butler, 2007). En otras palabras, se trata de una serie de acciones y comportamientos que asociamos con lo masculino, representando diversas performances que reproducimos en función de las expectativas sociales de género. En este apartado se busca conocer los modos en que algunos varones del mayorista ejercen sus paternidades. En esa dirección, se analiza cómo influyen los mandatos de hombre proveedor y protector, en el marco de las tensiones existentes entre diferentes modelos de paternidad (Cosse, 2009). Estas tensiones se expresan, por un lado, en la coexistencia de discursos y prácticas heredadas de generaciones anteriores -basadas en la autoridad, la distancia afectiva y la centralidad del rol económico-, y por otro, en la emergencia de nuevas formas de ejercer la paternidad que promueven el involucramiento afectivo, la escucha y la presencia cotidiana en la vida de los hijos e hijas. Estas formas no necesariamente se sustituyen, sino que muchas veces conviven de manera ambivalente, generando contradicciones internas en los varones, que se ven interpelados por demandas sociales cambiantes, tanto desde el entorno familiar como desde el propio ámbito laboral. Así, el análisis busca indagar en qué medida estos modelos en pugna configuran modos diversos y a veces conflictivos de asumir la función paterna en el presente.

El recorrido homosocial juega un papel fundamental en estos modos de *hacer género*, ya que es un proceso esencial en la formación de la identidad masculina, en la cual los hombres internalizan y aprenden las normas de género a través de la socialización con otros hombres (Kimmel, 1997). En estas interacciones entre pares, la figura masculina de autoridad, como el padre o algún abuelo, desempeña un papel fundamental como marco de referencia de los roles de género. En ese sentido, *Guillermo* comentaba:

G: Ah sí, para mí es lo más importante de todo, la familia, siempre. Será porque yo en mi infancia no tuve una familia muy unida dentro de mi casa, mi papá es una persona muy especial que le importaba muy poco la familia en la casa. Mi viejo por ahí se iba un jueves y aparecía el domingo, eh... pero sí lo viví con mi abuelo. Yo creo que saqué el ejemplo de él, mi abuelo materno era muy de casa y muy de familia y muy de juntar a la familia y siempre tratar de hacer reuniones para que se junten y todas esas cosas. Y yo creo que lo tomé de ahí, yo de ahí, de mi abuelo mucho (...) Mi vínculo con mi papá es como, es...no es un vínculo de padre e hijo, no está ni cerca (...)

E: ¿Por qué decís que no es como debería ser entre padre e hijo?

G: Y yo creo que, no sé, el vínculo que yo tengo, trato de tener con mis hijos. De comprensión, de hablar, de no sé...compartir cosas. Yo con mi viejo jamás compartí nada,

nada. (...). Jamás me vio jugar al fútbol, jamás, en ningún lado. Yo juego a la pelota en club desde los 11 años, y jugué en 3 clubes en Mar del Plata, jamás me vio un partido. Mi abuelo iba todos los domingos y me filmaba. (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

A partir de este relato, puede observarse cómo ciertas experiencias subjetivas de los varones habilitan un acercamiento o un distanciamiento respecto de distintos modelos de masculinidad transmitidos por sus padres o abuelos. Estas vivencias inciden directamente en sus concepciones y prácticas vinculadas a la vida familiar y al ejercicio de la paternidad. Por ejemplo, en el testimonio de Guillermo se aprecia cómo su experiencia como padre está atravesada por el deseo de diferenciarse de los patrones vividos con su propio padre, orientándose hacia un modelo de mayor presencia y compromiso afectivo con su familia.

Asimismo, en este relato se hace evidente la tensión entre distintos modelos de paternidad, que emergen en el marco de los cambios culturales experimentados por las familias en la sociedad argentina desde las décadas de 1960 y 1970 (Cosse, 2009; Rustoyburu, 2019). A partir de estos procesos, comenzó a promoverse un ideal de paternidad centrado en el compromiso afectivo y la cercanía emocional en los vínculos entre padres e hijos, valor que Guillermo destaca en su manera de ejercer la paternidad. En este contexto de transformación, también se han puesto en cuestión las divisiones tradicionales de género, que asignaban a las mujeres el rol naturalizado de madres y amas de casa, y a los varones el de proveedores. Sin embargo, aún persiste la influencia de los mandatos de la masculinidad hegemónica en la vida de muchos hombres: la exigencia de ser un padre proveedor sigue operando como mandato, aunque en algunos casos se reelabora, incorporando elementos que lo distancian del modelo tradicional sin llegar a desvincularse completamente de él. Como ejemplo, Darío comentaba:

D: La familia es hermosa, y más cuando nace tu primer hijo... viste. Te cambia todo, viste. No sé, es algo lindo viste, llegas de trabajar y lo primero que hay que hacer es ver a tu familia, a tus hijos, a tu esposa. Y bueno una vez que nacen tus hijos, viste, cambias la forma de vida, viste, se te vienen otras responsabilidades. De buscar un trabajo, de llevar, bueno, el alimento al hogar ¿no? y ya te cambia la vida ¿viste? pero es hermoso (...) ella trabaja, es una mujer muy responsable y también una excelente madre

E: claro, ¿por qué decís que es una excelente madre?

D: Porque ella vive por sus hijos viste, muy laboradora, muy responsable y siempre está con los detalles de los chicos, viste. Los entiende a los chicos, sabe cuándo le duele algo, sabe si se sienten mal, ayuda al más chiquito con la tarea, su rol de madre lo hace excelente, es para sacarse el sombrero con mi señora (...) yo también, yo me considero un buen padre, si necesitan algo de mí yo voy a estar. Me piden un consejo, yo se los doy,

trato de enseñarles el camino del bien, para que ellos estén bien. (Entrevista realizada a Darío, 15 de abril 2022)

El relato de Darío pone en evidencia un involucramiento afectivo y emocional con sus hijos, que puede leerse en sintonía con ciertos aspectos del modelo de las nuevas paternidades (Cosse, 2009). No obstante, también se manifiesta una concepción tradicional de los roles de género dentro del ámbito familiar. Por un lado, valora que su esposa cumple adecuadamente con el rol de madre, destacando su dedicación y preocupación en la crianza. Por otro lado, él se posiciona como proveedor económico, y asume el papel de guía y transmisor de valores, reafirmando así componentes centrales de la masculinidad hegemónica, aunque con algunas aperturas hacia el plano emocional.

En la actualidad, a diferencia de décadas anteriores, se observa una mayor presencia de varones en las tareas vinculadas a la crianza de sus hijos. Es cada vez más común verlos en las puertas de las escuelas o acompañando a sus hijos a distintas actividades. No obstante, su implicación en las tareas de cuidado continúa siendo, en muchos casos, parcial y selectiva, concentrándose principalmente en aquellas actividades que resultan más gratificantes, como el tiempo de ocio, el juego o las propuestas recreativas (Instituto de Masculinidades y Cambio Social, Fabbri, Chiodi, & de Stéfano Barbero, 2022) En esta línea, Claudio relataba:

E: Me dijiste que tenes dos hijos ¿no? ¿Cómo van al colegio?

C: Al más grande lo llevo yo antes del trabajo y después vuelve con la madre.

E: ¿Qué momentos compartís con tus hijos?

C: Y a la tarde cuando llego del trabajo. Llego del trabajo, estoy con ellos. Les pregunto a ver cómo les fue en el colegio. Después de eso, antes de que esté la comida, nos ponemos a jugar con la play un rato. Hacemos competencia a ver quién llega con más niveles, a los juegos de guerra o las carreras. Después si es un fin de semana, un sábado, un domingo que esté en casa todo el día nos vamos a andar en bici. Al más chico lo llevo a fútbol durante la semana (...). De las tareas se ocupa más la madre de lo que me ocupo, yo no estoy en todo el día. Y cuando llegan ya comen, se despabilan un poco después de comer y ya ahí se ponen a hacer las tareas, todo para después tener toda la tarde libre. (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

Retomando el caso de Claudio, en el que tanto él como su pareja desarrollan trabajos remunerados fuera del hogar, se hace más evidente cómo algunos padres comienzan a implicarse más activamente en las tareas de cuidado y crianza, aunque de forma selectiva. Esta participación evidencia la persistencia de los roles de género tradicionales, en los que las mujeres continúan siendo las principales responsables del cuidado cotidiano y de tareas como la preparación de

alimentos, mientras que los varones tienden a involucrarse en aspectos más lúdicos o “descontracturados” de la paternidad. Este tipo de implicación selectiva se da en un contexto atravesado por transformaciones culturales y cuestionamientos a los mandatos de género; sin embargo, persisten representaciones que asocian naturalmente a las mujeres con la función de cuidadoras (Instituto de Masculinidades y Cambio Social et al., 2022).

Este contexto de transformaciones en las relaciones de género *“opera en la trama intersubjetiva y social más amplia, sacudiendo la hegemonía masculina e interpelando a los varones a modificar sus posiciones y prácticas”* (Fabbri, 2021, p. 31). En esta línea, se advierte cómo algunas de estas interpelaciones impactan en los modos de ejercer la paternidad y de habitar la masculinidad, poniendo en cuestión los mandatos del padre proveedor y protector que aún inciden en las formas de ser y estar en la vida familiar de muchos varones. En ese sentido, Osvaldo comentaba:

E: Y ¿hoy en día crees que debes cambiar algo?

O: Sí (Yo: ¿qué?) Yo soy... *Cambiar es un sentido, así para bien, que podría ser...charlar un poco más con mis hijas, charlar un poco más con mis hijas. Para que ellas me puedan comprender y yo comprenderlas más a ellas. Por ahí yo soy chapado a la antigua y hoy cambió todo*

E: ¿Cómo sería ser a la antigua?

O: Y yo que sé... *por ahí a mí me molesta hoy, por ahí mi hija tiene 16 años, que hable de chicos. A mí me molesta.*

E: ¿Por qué?

O: Y porque hoy lo veo como padre, en su momento, yo tengo seis hermanas, y yo viví las seis hermanas con novio y todo, y hoy lo veo en mi hija y sé que está creciendo y sé que eso lo va a vivir, pero eso tengo que asumirlo yo y cambiar. Porque mi esposa por ahí habla esas cosas con ella, pero yo no y me insiste y me dice *“Tenés que estar preparado”*. Yo por ahí la corto, y sé que me va a venir un día: mira pa, este es mi novio. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

En este caso Osvaldo afirma que *hoy cambió todo* y muestra cierta voluntad de transformación en su rol de padre, buscando distanciarse de modelos *chapados a la antigua*. En ese sentido reflexiona sobre sus prácticas y encuentra como posible solución el hecho de *charlar más para comprender* mejor a las hijas. En este proceso, resulta clave el rol de su pareja, quien aparece como una figura central que impulsa e incentiva su revisión personal. Así, se subraya la relevancia de las mediaciones afectivas para favorecer la receptividad ante cuestionamientos sobre los modos de ser varón (Jones, 2022).

No obstante, si bien Osvaldo reconoce ciertas prácticas que le gustaría modificar, en su relato se vislumbra que la raíz de su incomodidad está fuertemente atravesada por el mandato de protección, que lejos de asociarse con el cuidado tradicionalmente feminizado, se articula con una lógica de control sobre su hija, entendida en términos de posesión paterna. En otras palabras, Osvaldo no llega a identificar que el eje del conflicto no reside únicamente en la falta de diálogo, sino en una comprensión de la paternidad aún anclada en la necesidad de controlar la sexualidad de su hija. Aunque el diálogo sea una buena posibilidad para transitar a una nueva sensibilidad y reflexionar sobre las lógicas que subyacen en su comprensión y vivencia de la paternidad.

2.2. La autoridad y los conflictos de la familia

Las experiencias familiares tienen un lugar central en la configuración de la subjetividad, especialmente durante la infancia, cuando se internalizan normas, valores y formas de vinculación que incidirán en las prácticas y representaciones futuras. La familia, en tanto institución clave en los procesos de socialización, cumple un rol determinante en la transmisión de modelos de género, en los aprendizajes sobre la autoridad y en la legitimación -o no- del uso de la violencia como recurso de disciplinamiento (Connell, 2015; de Stéfano Barbero, 2019). Desde este enfoque, es posible advertir que los modos en que los varones aprenden a ejercer la autoridad en sus vínculos -especialmente en el rol paterno- están profundamente influidos por sus propias trayectorias familiares, las relaciones con sus figuras parentales, así como también por las condiciones sociales, económicas y culturales que atraviesan sus biografías.

Este apartado explora cómo las vivencias de infancia, los estilos de crianza recibidos y las memorias afectivas en torno al castigo y la obediencia modelan los modos actuales de vincularse con la autoridad, de algunos varones del mayorista. A partir de los relatos de Claudio, Guillermo y Osvaldo, se indagan diferentes formas de continuidad, distancia o reelaboración respecto de los mandatos de género internalizados, prestando atención a los modos en que estas experiencias se entrelazan con otras dimensiones biográficas -como el acceso a la educación, el contexto económico, el consumo de sustancias o el rol de las mujeres en sus vidas- que permiten comprender las particularidades de cada trayectoria.

Desde una perspectiva interseccional, se busca así evitar una lectura homogénea o lineal de las masculinidades, atendiendo a las tensiones, contradicciones y aperturas que surgen en el entramado entre la historia personal y los modelos culturales de género. En ese marco, los testimonios analizados permiten observar cómo las formas de ejercer la autoridad en el ámbito familiar no sólo responden a patrones tradicionales, sino que también se transforman, resisten o

reeditan, dando lugar a nuevas formas de vinculación que combinan persistencias, rupturas y reconfiguraciones subjetivas.

Uno de los relatos que permite observar cómo estos aprendizajes se actualizan en las experiencias actuales, es el de Claudio. En la entrevista, él describe cómo vivió los castigos durante su infancia y de qué manera esas formas de autoridad reaparecen, con matices, en la crianza de su propio hijo:

C: Y me retaban sí... no había forma de que salga a la calle a jugar, a andar en bici, no podía venir nadie a mi casa... o sea la típica enseñanza de la vieja escuela (...) no vas a salir, y adentro te saco todo... a tu pieza no podes tocar los juguetes, no podes tocar los jueguitos... no podes salir, y la he pasado bastante esa... yo era medio plaga en el colegio. (...) un castigo es si a tu hijo o hija lo llevas a algún deporte... se junta mucho con sus amigos o va a la casa de alguien, yo se lo corto... yo a mi hijo, el mayor porque no hizo las tareas, porque tres días no copio en el colegio y no hizo las tareas, le saque la play por tres meses... entonces le doy donde más le duele... como me lo han hecho a mí. (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

En el caso de Claudio se puede observar como existe cierta continuidad con los modos de vivir los retos y/o castigos en su infancia y las formas en las que los entiende en la actualidad desde su rol de padre. En otras ocasiones los roles parentales a través de los que otros varones se socializaron en sus infancias, implicaban un orden de género más autoritario y tradicional donde los castigos estaban asociados a situaciones de violencia física. En la actualidad esos modos de ejercer la autoridad parental han ido perdido legitimidad pero aún persisten en una minoría de personas de una manera más aggiornada.

El ejercicio de la violencia física o psicológica contra los hijos e hijas, se convierte muchas veces en una forma de pedagogía que se normaliza desde la infancia y adquiere legitimidad como recurso de mediación en las relaciones sociales a lo largo del desarrollo del niño o de la niña, condicionando así la percepción y el manejo de los conflictos en la vida adulta (de Stéfano Barbero, 2019). En el caso de Guillermo, él contaba:

E: Y suponete, cuando te mandabas alguna macana y eso ¿te llamaban la atención?

G: (interrumpe) Cobraba como caballo alquilado. Mi vieja se convertía en Bruce Lee. Mi vieja se descargaba toda la furia que tenía con mi viejo, si yo hacía una cagada (...) Yo a mi viejo le tenía terror psicológico, terror que me inculcaba mi mamá. Pero nunca me hizo nada porque no estaba. Pero mi vieja sí, mi vieja me pegaba con cualquier cosa que se le cruzaba

G: (...) cambió muchísimo la crianza. Yo a mi hijo, mi vieja me pegaba con una varilla de sauce, tenía un sauce en el patio de mi casa cortaba la varilla y nos cagaba a varillazos con eso. Yo a mi hijo por ahí le tiro la oreja de vez en cuando, le arranco, le tiro el pelo pero más de eso no pasa, me tienen que sacar mucho como para que pase. (...) La rama de sauce, el cinto, la ojota. Eran otras épocas, eran otras crianzas, vos calcula que mi vieja no había terminado ni el primario, no tenían esa, tanta educación como si teníamos nosotros. (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

G: Por momentos es necesario darles a tus hijos un buen sopapo, una buena patada en el culo, un llamadito de atención

Yo: ¿Vos decís?

G: ¿Vos te traumaste porque tu viejo te haya pegado? Yo la verdad me traumé por otras cosas y mi vieja me daba con una rama de sauce... creo que todos los que nacimos en los 70, 80 y 90, los padres nos cagaban bien a palos, seríamos todas generaciones traumadas. (Nota de campo, Julio 2022)

Los relatos de Guillermo expresan cómo la potestad sobre la violencia física no era exclusiva del padre, sino que, por el contrario, era su madre quien lo castigaba. Además, ella también reforzaba el sentimiento de terror hacia su padre a través de amenazas, construyendo una figura paterna temida a pesar de la ausencia. Este tipo de intervención materna puede pensarse en línea con lo que Jeff Hearn (en de Stéfano Barbero, 2019) plantea respecto del rol de las mujeres en la reproducción de la autoridad masculina: la madre no solo ejerce la violencia directamente, sino que también funciona como garante del miedo a la figura del padre, colaborando con el sostenimiento del orden patriarcal desde una posición subordinada.

En este sentido, resulta útil incorporar el concepto de *feminidad enfatizada* (Connell, 2005) que refiere a aquellas formas de feminidad que se subordinan activamente a las exigencias y estructuras de la hegemonía masculina, sosteniendo y reproduciendo sus valores. En el caso de la madre de Guillermo, su rol no se limita a la reproducción de la vida doméstica, sino que también actúa como disciplinadora, articulando prácticas de control y castigo que, aunque ejercidas por una mujer, refuerzan los modelos autoritarios tradicionales ligados a la masculinidad hegemónica.

Así, la violencia materna no representa una ruptura con el orden de género, sino que puede ser entendida como parte de una estrategia adaptativa dentro del mismo: la madre castiga y amenaza en nombre de una autoridad masculina que está ausente, pero cuya figura se mantiene activa mediante el miedo y la representación. Esto evidencia cómo los mandatos de género también estructuran las prácticas de crianza de las mujeres donde en muchas ocasiones el control sobre los hijos puede percibirse como una responsabilidad central y urgente.

Por su parte, Guillermo reconoce que las formas de crianza han cambiado y que él no reproduce de forma directa los niveles de violencia que sufrió. Sin embargo, sostiene que en ciertos momentos “es necesario” recurrir al castigo físico, aunque moderado. Esta afirmación deja ver la persistencia de una lógica de disciplinamiento que, aunque atenuada, conserva una legitimidad heredada del pasado. Al relativizar los efectos traumáticos de la violencia, y al ubicarla como una característica generacional común, Guillermo legitima ciertos grados de agresión como parte del ejercicio de la autoridad paterna, lo que refleja las tensiones actuales entre modelos de paternidad más afectivos y otros más autoritarios, que aún conservan fuerza normativa.

En relación a experiencias similares a la de Guillermo, algunas investigaciones han señalado que haber atravesado situaciones de maltrato durante la infancia puede constituir un factor de riesgo que incrementa la probabilidad de reproducir patrones de violencia en relaciones posteriores, como en la crianza de los propios hijos o en vínculos de pareja (Browne & Hamilton-Giachritsis, 2005; Widom, 1989). Asimismo, algunos estudios sugieren una asociación entre el maltrato en la niñez y un mayor riesgo de desarrollar conductas problemáticas en la adultez, como el abuso de alcohol o drogas (Ibíd.).

Si se desea avanzar en la comprensión de las relaciones entre masculinidad y violencia, es esencial reconocer que la asunción de los mandatos tiene su costo: la experiencia con el poder es contradictoria, ya que el poder social que privilegia a los hombres también puede oprimirlos en determinadas circunstancias, a partir del sufrimiento individual que es necesario atravesar para poder ejercerlo (Kaufman, en de Stéfano Barbero, 2019).

En ese sentido, Osvaldo relata sus experiencias con su padre:

O: Hasta los 16 años mi relación con mi viejo era muy mala. Porque mi viejo tomaba mucho. Mi viejo tomaba mucho y era muy boca sucia y la agredía a mi vieja verbalmente, nunca le pego, pero capaz que las palabras que decía dolían más que una piña. Y le tiraba la comida, venía le tiraba la comida, rompía el plato todo, y yo me metía en el medio y siempre terminábamos peleando y la bronca mía era que al otro día yo no me hablaba con mi viejo por 15 días y mi vieja al otro día como si nada tomando mate con mi viejo.

(...)

O: (Cuando era chico) Mi viejo me levantaba la mano, me cagaba a palos, mi vieja no. Pero mi viejo sí, me levantaba la mano. Era muy agresivo mi viejo. Te iba y te daba. No te decía nada, eh hace esto bien, no, pum te daba un voleo en el oje, un cachetazo, y sino te agarraba con el cinto. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

Si bien investigaciones como las citadas anteriormente han señalado que las experiencias de maltrato durante la infancia pueden constituir factores de riesgo en la reproducción de vínculos violentos en etapas posteriores de la vida, resulta necesario problematizar una lectura lineal o determinista de estos procesos. Las trayectorias de vida no están cerradas de antemano, y la subjetividad se configura de modo dinámico, en tensión constante entre el pasado y el presente. Tal como sugiere Fassin (2013), en la articulación entre habitus, conciencia y deseo, se pone en juego una dimensión fundamental de la vida social, donde el peso de lo aprendido no anula la posibilidad de reflexionar, ni la capacidad de los sujetos de revisar y reformular sus prácticas y aspiraciones. Así, la intimidad no puede pensarse como un espacio meramente íntimo/privado, sino como un territorio atravesado por las condiciones sociales, discursos públicos y experiencias colectivas que inciden en la forma en que los vínculos afectivos y los cuerpos se organizan. Desde esta perspectiva, es posible anunciar que ciertas experiencias relacionales significativas -como el acompañamiento de una pareja, la maternidad/paternidad o incluso una conversación movilizadora- pueden abrir espacios para la reflexión, la revisión crítica del modelo aprendido y la posibilidad de desnaturalizar formas de violencia incorporadas, habilitando la construcción de vínculos más cuidadosos y conscientes. El caso de Osvaldo, que se analizará a continuación, ofrece un ejemplo explícito de estas tensiones y procesos de transformación:

O: Tuvimos buenas y malas, siempre fue culpa mía. (...) Porque yo siempre, eeeh... la descarrilaba, la descarrilaba, el alcohol, el alcohol, la junta, y eso me llevaba por mal camino. Eso sí, gastaba mucha plata... igual ella tuvo una paciencia, es una mujer de fierro. Es una mujer de fierro ella, me aguanto un montón de cosas, y bueno gracias a esas cosas yo también pude acomodarme y agarrar lo bueno que ella me estaba dando. Hoy estamos peleándola, seguimos juntos. (...) Cuando yo estaba mucho en el alcohol... yo tomaba mucho, yo venía mal de la calle, venía, insultaba, le gritaba, veían las chicas como yo venía y no era bueno eso. Y eso me llevó mucho, mucha crisis la verdad en la pareja.

(...) ella me llevó con mi vieja, y mi vieja me charló, me dijo mira Osvaldo, tu papá fue lo mismo ¿vos querés seguir el mismo camino que tu viejo? vos sufrías mucho cuando tu papá me gritaba, me insultaba, tu papá tomaba y esas cosas y vos discutías con tu viejo. Y hoy estás haciendo lo mismo, eso también como que me hizo un click en la vida y bueno empecé a cambiar un poco también en ese sentido. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

O:(Se compara con su padre) Lo mío era distinto, era la joda, la joda y el alcohol (...) Ahora vivo una armonía distinta también en casa, siento que hago las cosas bien como hombre. Hasta la nena siente eso (...) capaz que ellas notaban algo, que cuando yo tomaba, que

me ponía un poco agresivo algo, hasta las nenas lo sentían, porque hoy en día dicen, que lindo que papi ni toma, que esto que el otro. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

Osvaldo relata haber sido testigo de episodios de maltrato hacia su madre -que incluían agresiones verbales y descalificaciones constantes-, al mismo tiempo que recuerda haber sido víctima directa de diversas formas de violencia por parte de su padre. Estas experiencias dejaron huellas significativas en su vida y en su manera de vincularse. La agresividad con la que su padre resolvía los conflictos pudo haber sido incorporada durante su infancia como una modalidad legítima de ejercer autoridad, vinculada a ciertos ideales tradicionales de masculinidad y del rol paterno. Cuando comenta que en algunas ocasiones intentó intervenir frente a las agresiones de su padre hacia su madre, menciona que esas situaciones derivaban en peleas físicas, lo cual deja entrever que tanto la violencia verbal como la física formaban parte del repertorio cotidiano para afrontar situaciones conflictivas. En este sentido, se puede interpretar que el entorno de convivencia en el que creció Osvaldo fue clave en la internalización de ciertas formas de violencia, configurando lo que de Stéfano Barbero (2019) denomina aprendizaje social de la violencia.

Algunas de las dinámicas violentas que Osvaldo experimentó durante su infancia resurgieron en los patrones que adoptó en su vida de pareja, donde también reconoce haber ejercido comportamientos agresivos, especialmente mediados por el consumo de alcohol. Si bien en su relación no describe expresiones físicas de esa violencia, sí deja entrever manifestaciones verbales, tensiones y modos de vincularse que reflejan ese trasfondo conflictivo. Destaca el papel fundamental de su esposa, a quien define como *“una mujer de fierro”*, por haberlo acompañado y sostenido en un proceso de transformación personal. Dicha transformación se inició a partir de una crisis que lo confrontó con su propia conducta, pero también gracias a las interpelaciones de figuras significativas, como su esposa y su madre, que cumplieron un papel clave en cuestionar y modificar esos modos de ejercer su masculinidad y su lugar dentro del vínculo de pareja.

A partir de charlas con ambas, Osvaldo logró reconocer la similitud entre las dinámicas agresivas que ejercía con su pareja y aquellas que vivieron durante su infancia, cuando observaba a su padre violentar a su madre. Fue entonces que tomó la decisión de dejar el alcohol, al identificarlo como un detonante de sus conductas violentas. Con el tiempo, Osvaldo reconoce con satisfacción los cambios positivos que ha experimentado en su modo de ejercer la paternidad y de la manera en que asume los roles dentro de su familia. Comprende que estos cambios lo convierten en un buen padre y un buen esposo, y que eso forma parte de *“hacer las cosas bien como hombre”*.

Las experiencias relatadas por los trabajadores permiten observar cómo las formas de autoridad vividas en la infancia siguen operando como un molde, aun cuando se intenta tomar distancia de

ellas. Si bien muchos expresan el deseo de “hacerlo diferente” con sus propios hijos, ese intento se produce dentro de un campo de tensiones: entre el castigo físico y el control verbal, entre la distancia emocional y el involucramiento afectivo. En algunos relatos, la persistencia de prácticas disciplinarias tradicionales -como el “chirlo”- convive con una creciente valorización del modelo y nuevos mandatos de “padre moderno”, asociado al diálogo y la contención. Esta ambivalencia no sólo habla de transformaciones en las formas de ejercer la paternidad, sino también de los costos que implica habitar mandatos de masculinidad que exigen autoridad, control y autosuficiencia. En ese movimiento entre la reproducción y la revisión de los modelos heredados se juegan, en definitiva, nuevas formas de ser varón.

2.3. Del barrio al depósito: masculinidades, homosocialidad y violencia.

En continuidad con los modos en que se conforman y disputan las figuras de autoridad en el ámbito familiar, este apartado se enfoca en otro terreno donde la masculinidad se pone a prueba y se moldea: los grupos de pares durante la adolescencia, y los modos en que las violencias allí experimentadas o ejercidas impactan en las trayectorias posteriores.

Partiendo de la idea de que las formas históricas de la masculinidad están atravesadas por mandatos de dureza, fortaleza y disposición al enfrentamiento, se indaga aquí cómo esas normas se encarnan en las biografías de algunos trabajadores del mayorista. Particularmente, interesa observar cómo los varones relatan sus experiencias de violencia -vividas, ejercidas o sufridas- y qué lugar ocupa en ellas el grupo de pares, tanto en la adolescencia como en el presente laboral.

La violencia, entendida no como rasgo esencial sino como dispositivo relacional e históricamente situado, aparece en estos relatos como una vía de reconocimiento, una forma de validación viril, pero también como un modo de supervivencia frente a contextos adversos. Desde una pelea en la calle hasta una puñalada en un boliche, desde el acoso escolar hasta los códigos humorísticos en el trabajo, las prácticas violentas y las respuestas ante ellas revelan tensiones entre distintos modos de construir masculinidad. En este recorrido, el grupo homosocial emerge como un espacio ambivalente: puede operar como refugio, como sostén, pero también como escenario de exigencia, presión y riesgo.

A partir del análisis de las trayectorias de Osvaldo, Darío y Matías -entre otros trabajadores- se buscará mostrar cómo la homosocialidad masculina no solo reproduce mandatos hegemónicos, sino que también puede expresar formas de resistencia, redefinición o tensión frente a esos modelos. Así, lejos de ofrecer un retrato homogéneo, este apartado propone un abordaje situado y

complejo de las violencias y las masculinidades en diálogo con las experiencias concretas de los entrevistados.

Para reflexionar sobre los modos en que cada uno encarna su masculinidad, es necesario considerar el papel condicionante de diversos marcadores de desigualdad, como la situación socioeconómica, los niveles educativos alcanzados, entre otros. En el caso de Osvaldo, por ejemplo, relata que en su familia nuclear son ocho hermanos/as, y que *“la única que fue al jardín, fue la más chica”*. Además, comenta que abandonó sus estudios a los 16 años para comenzar a trabajar. También señala que:

Mis viejos antes no tenían laburo, les costaba mucho criarnos, mandarnos a la escuela... económicamente andábamos muy mal. Los cuatro mayores tuvieron que dejar la escuela para ayudarlo a mi viejo a criarnos a nosotros. Salieron a laburar. Mi viejo cirujeaba, mi viejo era albañil y cuando había poco laburo cirujeaba, mi vieja iba con mis hermanos a pedir, y ellos pedían. Mis viejos vivían en una villa, y de a poco fueron creciendo. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

Profundizando sobre sus experiencias cuenta que en su adolescencia *“iba a cirujear para ir a bailar, y mi hermano iba a cirujear para darle de comer a mis sobrinos”*. También se exploya sobre sus vivencias en cuanto a la violencia con su grupo de amigos:

E: ¿Crees que la violencia ha sido parte de tu vida?

O: Sí, por lo que te conté de mi viejo y después por la junta. A mí me pegaron una puñalada, casi me muero (...) fue en una pelea en un baile, defendiendo a un amigo. Que mi amigo agitaba un fierro, mostraba el cargador de la 9 y cuando salimos afuera, el vago se quedó adentro y yo salí con todos los otros, vinieron a encaramos y nos agarramos a pelear. Nos agarramos a pelear y me pegaron una puñalada. Estuve internado una semana, me operaron, me perforaron el hígado.

(...) Íbamos a Tobago o a las peñas y era palo, era piña, era pelea, siempre. Íbamos a la cancha, era pelea. En general así con el grupo del barrio era mucha pelea. Contra otros, no entre nosotros. Contra barra y barra, eso sí. Antes había muchas barras, distintas, vivías a dos cuadras de diferencia, tres cuadras, otro barrio. Y nos juntábamos en los boliches y era pelea. (...) Íbamos a un boliche y dejábamos todos los cuchillos afuera, y algunos que andaban con fierros los dejaban ahí escondidos. (...) el 25 de diciembre, nosotros estábamos en pedo, amanecidos ahí en la esquina, escuchando música. Y con los que nosotros teníamos bronca, vivían a dos cuadras de nosotros. Ellos estaban empastillados,

drogados, empezaron a venir al barrio (Jorge Newbery) a tirar tiros. Y nosotros mucho no podíamos correr porque estábamos en pedo y se la dieron a mi amigo. Le dieron dos tiros, uno en el pulmón y otro le pasó la bala de lado a lado (...) ellos lo hicieron porque estaban empastillados y drogados. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

Los relatos de Osvaldo permiten trazar una línea de continuidad en la presencia de la violencia a lo largo de su vida, que se articula con una dimensión colectiva y performativa de la masculinidad. En este sentido, puede leerse su experiencia en clave de la *cultura del aguante*, entendida como un entramado de valores, prácticas y discursos que exalta la resistencia física y emocional, la lealtad grupal, la capacidad de soportar el dolor y la disposición al enfrentamiento como prueba de coraje (Garriga Zucal, 2004). Esta cultura, fuertemente vinculada a los espacios de socialización masculina, como las hinchadas de fútbol, no sólo legitima la violencia como mecanismo de afirmación viril, sino que además la estetiza y la convierte en marca de prestigio dentro del grupo. En los relatos de Osvaldo se evidencia cómo la pelea y la confrontación eran prácticas valoradas y compartidas por *su banda*, funcionando como gestos de pertenencia y validación homosocial. Al mismo tiempo, esa violencia tiende a ser desplazada hacia factores externos -el alcohol, la droga, la *“mala junta”*- lo que invisibiliza su anclaje en un modelo de masculinidad que exige dureza, aguante y capacidad de reacción ante cualquier amenaza. Así, lo que aparece no sólo es un repertorio de prácticas violentas, sino también un universo simbólico que las naturaliza y las inscribe como parte del deber ser masculino.

Estos contextos forman parte significativa del *recorrido homosocial* de Osvaldo, donde el *reconocimiento de los pares* se configura como un eje central en la *conformación de su subjetividad masculina*. Más que una identidad fija, lo que se expresa es una forma particular de situarse como varón en esos espacios, donde demostrar coraje, lealtad y capacidad de respuesta violenta opera como un lenguaje de validación grupal. Es importante remarcar cómo estos procesos de legitimación homosocial conllevan no solo un fuerte peso simbólico, sino también un riesgo real en la vida de los varones. El hecho de haber recibido una puñalada que le perforó el hígado da cuenta de los costos que implica participar de una masculinidad que exige *aguante* y disposición al enfrentamiento físico como prueba constante de virilidad. En esa misma clave pueden interpretarse otras trayectorias marcadas por la exposición reiterada a contextos violentos, como en el caso de Darío, quien recuerda en su entrevista (15 de Abril 2022): *“Buenos Aires era jodido, había mucha piña, mucho peligro... allá el problema te busca a vos”*. Por otro lado, cuenta:

D: (...) pasé un momento muy difícil en mi vida yo en una época. Yo, a mí me pegaron una puñalada, estuve internado y casi más me muero. (...) Nos fuimos a una fiesta con unos amigos a otro barrio y cuando... bueno fuimos y la mitad de los que estábamos ahí no pudieron ingresar, ingresaron un par de mis amigos, y no sé qué pasó adentro ahí con

otros pibes y se empezaron a pelear, que esto, que lo otro, los sacaron afuera y afuera se seguían peleando, y fuimos a proteger a esos amigos que teníamos. Cuando los fuimos a defender salieron un montón de la joda, eran cualquier cantidad. Bueno, nos empezaron a correr y me llegaron a agarrar a mí y a otro pibe más y me empezaron a pegar patadas en la cabeza, en todo el cuerpo, y cuando me levanto, me levanté con una puñalada en el costado de la panza, me pincharon un intestino y me tuvieron que operar. Y bueno, la estoy contando de milagro y gracias al de arriba, a Dios, que la estoy contando.

(...)

En Bs As también, me pegaron un garrotazo en el brazo izquierdo. Me tuvieron que operar porque me fisuró todo el brazo, el hueso (...) se estaba peleando mi hermano, y mi hermano estaba como ganando la pelea y se metió otro, y al meterse otro, me tuve que meter yo. Cuando me meto yo, viene uno de costado con una barreta, me quiso pegar en la cabeza y cuando veo que me iba a pegar con la barreta en la cabeza puse el brazo. Me fisuró todo el hueso (...) Fue un momento muy feo de mi vida viste, por eso te digo, no me gustaría que le pase algo así a mis hijos. (Entrevista realizada a Darío, 15 de abril 2022)

En las experiencias de *Darío* se pueden observar, nuevamente, los costos a los que los varones se exponen, *poniéndole el cuerpo* a situaciones en las que tienen que mostrar/dar pruebas de su masculinidad (Kimmel, 1997). En este caso él expresa y reconoce que fue un *momento muy difícil en su vida*. En las dos circunstancias narradas se puede ver cómo el mundo masculino, en la adolescencia de estos varones, se definió a partir de la violencia física, de ir de frente y poner el cuerpo, pero además de *proteger y defender* a sus pares, es decir a sus amigos o a su familia, como así también demostrar o defender su propia hombría ante el escrutinio de otros varones.

Como en el relato de Osvaldo, aquí también surge el escenario de la *joda* o de la *fiesta* como contexto de enfrentamiento entre grupos de un barrio con otro. Del mismo modo existe una similitud en la concepción de la pelea no sólo como algo válido, sino como un valor positivo para la mirada masculina. Como se puede ver en el segundo episodio, *Darío* narra una situación en la cual su hermano se estaba peleando *mano a mano*, ante la mirada de otros pares que estaban no solo observando, sino que tratando de garantizar que la victoria quede del lado de su *banda*.

Si se continúa indagando sobre los recorridos homosociales durante la adolescencia de los trabajadores del mayorista, se advierte que estos no son homogéneos ni responden todos a los mismos patrones. Tal como se ha mencionado, la homosocialidad está atravesada por normas y valores de la masculinidad hegemónica, donde la fuerza y la capacidad de respuesta ante la violencia funcionan como criterios de validación entre pares (de Stéfano Barbero, 2017). Sin

embargo, hay casos que muestran otras formas de experimentarla, en contextos donde la violencia no aparece como algo deseable ni constitutivo de la identidad masculina.

En este sentido, el relato de Matías permite pensar en una experiencia distinta, donde la homosocialidad no se construye en torno al aguante o a la joda, sino más bien en la resistencia frente a situaciones de acoso escolar:

M: En los últimos años del colegio había mucho bullying, ya desde el primer año viste, ya era medio difícil, porque entrabas en otra escuela nueva que eran todos chicos de diferentes... y ya enseguida se armaban los grupos, los que molestaban, los que estudiaban, los que no estudiaban pero que no se metían en la misma manija que los otros que molestaban.

E: ¿Y vos en cual estabas?

M: En los que estaban tranquilos, que recibían, a los que molestaban, empujaban, te pegaban (...) Te empujaban viste, te intimidaban. (...) tenía 2 o 3 compañeros que eran compañeros míos de la primaria, y nos defendíamos entre los tres. Cuando nos venían a joder o eso, nos íbamos para otro lado. Si venían de a grupo, empezábamos a contestar, y nos íbamos. Le avisábamos a la profe, porque a veces, éramos muchos menos, éramos 3 contra 8 o contra 10 y nos cagaban a palos. (Entrevista realizada a Matías, 27 de abril 2022)

En su caso, la violencia aparece como una amenaza exterior, algo que se sufre más que se ejerce, y que no forma parte de la lógica de afirmación masculina que predominaba en los relatos anteriores. Matías se distancia también de los escenarios de sociabilidad juvenil centrados en la calle, la joda o la barra. La respuesta ante las agresiones, en este contexto, no se construye desde el contraataque, sino desde el intento de eludir el conflicto o de buscar la intervención de figuras adultas. Esto da cuenta de una configuración distinta de la masculinidad, que también involucra mecanismos de resistencia y alianzas entre pares, pero desde un lugar más defensivo que afirmativo.

Estas diferencias que marcan las trayectorias de algunos de los varones del mayorista se expresan también en el espacio laboral, generando tensiones vinculadas a modos diversos de vincularse y habitar el mayorista. Si bien el principal modo de socialización entre compañeros suele darse a través del humor, este no siempre se percibe del mismo modo por todos. Los chistes, las chicanas o las cargadas funcionan muchas veces como forma de sostener los lazos, pero también pueden convertirse en mecanismos de humillación, acoso o disciplinamiento. En ese sentido, el humor aparece como un escenario ambiguo: para muchos, resulta inofensivo o “parte

del ambiente”, pero en la práctica puede reproducir violencias que pasan desapercibidas, y en algunos casos, desembocan en enfrentamientos físicos entre compañeros.

Las formas en que se interpreta esta dinámica varían, en parte, por las distancias generacionales, pero también por las experiencias previas y los posicionamientos subjetivos frente a la violencia. Mientras algunos trabajadores la naturalizan o minimizan, otros logran ponerla en cuestión. Este carácter ambiguo e invisible de la violencia en el humor se expresa en la percepción que muchos varones del mayorista tienen sobre el clima laboral, al que suelen describir como “bueno” o “tranquilo”. Sin embargo, en el caso de Guillermo, aparece una mirada que introduce matices:

En general el ambiente es bastante bueno, nos cagamos de risa, pero porque nos conocemos hace mucho también, ese es el tema. Yo no sé si entra uno nuevo ahora ponele, yo no sé si Matías, más allá que Matías es medio particular (riéndose), te diría que el ambiente laboral es bueno, pero yo creo que es por la generación también. (...) Igual se lo busca, es muy bocón y es incitador a que le hagan chistes. (...) Se presta para que, o le tenes que pegar como hizo David o le tenes que hacer un chiste y dejarlo mal parado, porque es muy incitador, es muy bocón (...) Igual admito que a veces se pasan. Pero Matías es el típico mosquita muerta. Que se hace el buenito delante de los jefes para pasarla mejor de lo que la pasa. (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

Si bien Guillermo insiste en que el ambiente laboral es “muy bueno”, introduce una distinción generacional y pone en cuestión que todos lo vivan del mismo modo. En su relato, la violencia simbólica (a través de la burla o la humillación) y la física (como el golpe que menciona) aparecen justificadas como formas válidas de respuesta frente a las actitudes de Matías, a quien describe como “bocón”, “incitador” y “mosquita muerta”. De este modo, el maltrato no solo se legitima, sino que se presenta como parte del código compartido entre varones, donde los límites se negocian en función de supuestas provocaciones individuales. La naturalización del humor violento y del castigo físico como formas de vinculación refuerza las dinámicas de control dentro del grupo, y evidencia cómo los varones que no encajan del todo con ciertos mandatos de masculinidad pueden convertirse en blanco de acoso.

En la misma línea, Darío sostiene:

Hay un compañero que se llama Matías, que es al que más se jode. Yo también lo he cargado muchas veces cuando estábamos con los chicos y me he sentido mal porque creo que me sobrepasé. Bueno, después en el pasillo le pedí disculpas, obvio, pero creo que no le gustó que lo haya cargado. Yo sé que algunas jodas molestan, a lo mejor no nos damos cuenta, viste... (Entrevista realizada a Darío, 15 de abril 2022)

A partir de las afirmaciones de Darío se puede observar que existe cierto reconocimiento de las jerarquías y de las posiciones que ocupan diferentes compañeros en ellas, y que son reproducidas y reforzadas a partir de *jodas*. También cuando piensa la situación por fuera de las dinámicas vinculares del trabajo dice “yo sé que algunas jodas molestan”, entendiendo algunas de las tensiones que se producen a partir de esas prácticas. En ese sentido es que se puede reflexionar sobre la importancia del grupo de varones en el momento de *joder* a un compañero; hay una distinción entre cargarlo delante del grupo de varones, y así generar cierta gracia o reconocimiento, y el pedido de disculpas por *sobrepasarse* en un pasillo estando solos. En esa misma dirección, se pueden identificar otras situaciones que Matías relata:

Muchas veces se pasan de un chiste a algo molesto. A veces dieron ganas de irme, por un hecho que pasó y que sentía que nadie me ayudaba en ese momento. Un hecho así de violencia, como decirlo, así por alto, lo vamos a decir así, como un hecho de violencia (...) habíamos estado jodiendo en la planta baja, en la parte del salón, no recuerdo bien como respondí, y revolee un papel a David y justo le vine a pegar a él en la cabeza. Compañeros que hablaron de más, con él... viste como que llenan la cabeza “como vas a dejar que te haga eso Matías”, “está pasado” (...) empezaron a cargarlo, y yo subí a almorzar, y en ese momento subió él atrás y nada, pasó lo que pasó... que me ahorcó. Me hizo una llave y quede ahí, noqueado, me desmayé (se ríe) (...) después de un tiempo me pidió disculpas, que se sentía mal por haberlo hecho, y que ese día no estaba en sus cabales, lo que me dijo. (...) y le dije que está bien, él me pidió disculpas, yo le pedí disculpas y quedó... (Entrevista realizada a Matías, 27 de abril 2022)

El caso que relata Matías ilustra con claridad cómo el humor, una práctica cotidiana en el ámbito laboral, puede convertirse en un terreno ambiguo donde se construyen jerarquías, se ejerce violencia y se pone en juego la masculinidad. Lo que comienza como un intercambio de chistes, en el que se revolean papeles y se burlan unos de otros, se transforma en un acto de agresión física validado por el grupo. La intervención de los compañeros que “le llenan la cabeza” a David no es un elemento menor: al interpellarlo con frases como “¿cómo vas a dejar que te haga eso Matías?”, activan una lógica de defensa del honor y de la hombría que ha sido ampliamente trabajada en la antropología (Goffman, 2006; Gilmore, 1994; Segato, 2003).

En contextos masculinos donde la identidad se afirma constantemente frente a otros varones, no responder a una provocación -aunque sea mínima o involuntaria- puede implicar una pérdida simbólica de estatus. Así, la violencia no aparece como una reacción desmedida o irracional, sino como una respuesta esperada, incluso exigida, por el grupo. En este sentido, se trata de una “puesta a prueba” de la masculinidad, donde la pasividad o el perdón inmediato pueden ser interpretados como señales de debilidad o sumisión.

La escena de David ahorcando a Matías puede ser leída como una forma ritualizada -aunque violenta- de restaurar el orden simbólico alterado, reafirmando su lugar dentro de la jerarquía masculina. Sin embargo, es notable cómo la dimensión emocional del conflicto queda relegada a un ámbito privado: las disculpas y el reconocimiento del exceso se dan en un espacio íntimo, donde ya no hay espectadores que evalúen o sancionen la conducta. De este modo, la expresión de vulnerabilidad queda acotada a los márgenes del espacio colectivo, en el que rigen otros códigos de relación y validación.

Si se profundiza aún más sobre las relaciones y/o continuidades entre las trayectorias en la adolescencia de algunos varones y las dinámicas vinculares actuales en el espacio de trabajo, se vuelve visible cómo ciertas disposiciones adquiridas en etapas tempranas de la vida continúan modelando las formas de vinculación entre pares. En este sentido, puede observarse que el lugar que ocupa Matías dentro de las jerarquías del grupo reproduce, en parte, experiencias anteriores de acoso o exclusión, como él mismo relató en relación al bullying escolar. Su modo de percibir las bromas como algo molesto, y en ocasiones incluso peligroso, señala que su relación con el humor -y con las formas masculinas de vinculación que lo rodean- se distancia del código dominante dentro del grupo de trabajadores del mayorista.

Este contraste se vuelve más claro al compararlo con el caso de Osvaldo, quien afirma:

(En el mayorista) Hay maldad sí, como en todos lados, pero creo que maldad sana, a lo que puede ser la maldad en otro lado que yo estuve laburando... es distinta la maldad del puerto a la maldad de acá. Acá la maldad es un chusmerío, la maldad es mandarte al frente, joderte un poco, allá la maldad era pegarte una puñalada, o cagarte a palos, esa es la otra maldad, es distinta. En la construcción pasaba lo mismo, en la construcción te hacían maldades, te empujaban de un balcón, te lastimaban, te tiraban un ladrillazo a propósito, eso es maldad. Acá, ¿qué maldad hay? Acá no hay maldad, para mí, yo lo veo así. ¿Maldad es mandar al frente? Eso no es maldad, es picardía, maldad es lastimarte como en otros lados. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

En este caso Osvaldo brinda su punto de vista sobre lo que considera ocasiones en las que se demuestran actos de maldad. En su relato compara experiencias que tuvo en otros rubros de trabajo, donde la violencia se manifestaba de forma más cruda y explícita que en el mayorista. Más allá de eso, si retomamos un poco su historia, se puede observar cómo la violencia física y sus costos fueron parte de su recorrido homosocial, ya sea por su infancia o por su grupo de pares en la adolescencia. Es decir que su concepción de lo que es violento o *maldito*, está vinculada a toda su trayectoria y condiciona el hecho de que él considere que en el mayorista no exista la

maldad de lastimar, sino la picardía, como el chusmerío, el mandarse al frente, o el joderse un poco.

Al cerrar este recorrido, puede observarse cómo ciertas experiencias de la adolescencia masculina de los trabajadores del mayorista -atravesadas por la violencia física, el disciplinamiento de las emociones y las dinámicas de afirmación viril- no sólo dejan marcas en sus trayectorias personales, sino que configuran modos de vincularse que se actualizan y resignifican en el presente laboral. Estas trayectorias no son homogéneas, y es precisamente en sus matices donde se expresan las tensiones entre distintas formas de habitar la masculinidad. En algunos casos, el humor violento o la burla homofóbica se reproducen como formas de complicidad; en otros, generan incomodidad, silencios o incluso rechazo. En todos los casos, sin embargo, actúan como mecanismos que sostienen jerarquías dentro del grupo de varones.

Estas observaciones permiten establecer un puente con el próximo capítulo, donde se profundiza en las formas en que las emociones y los vínculos entre varones son regulados por mandatos de género que, lejos de desaparecer, se transforman y se reafirman en los gestos cotidianos. Allí, el análisis se centrará en las jerarquías homosociales y afectivas que se despliegan en el trabajo, y en cómo ciertos cuerpos, expresiones y deseos son objeto de control, exclusión o violencia cuando desafían las normas establecidas.

CAPÍTULO 3

Masculinidades en conflicto: homosocialidad, jerarquías y transformaciones laborales

Este capítulo se propone analizar las formas en que la masculinidad se configura, se reproduce y se desafía dentro del espacio laboral del mayorista. Para ello, se abordan dos dimensiones estrechamente vinculadas: por un lado, el modo en que los varones gestionan y expresan sus emociones dentro de un entorno masculinizado, y por otro, las dinámicas de subordinación y violencia que recaen sobre aquellos que transgreden las normas de género y sexualidad esperadas.

En contextos homosociales como el del mayorista, los vínculos entre varones se construyen bajo una lógica de horizontalidad aparente, que encubre relaciones jerárquicas sostenidas en la vigilancia de la heterosexualidad, la reafirmación de la virilidad y el castigo a la desviación. Las emociones, lejos de ser elementos individuales o íntimos, operan como dispositivos sociales que movilizan acciones, definen posiciones y producen subjetividades (Ahmed, 2004). Sentimientos como la bronca, la incomodidad, el temor o la vergüenza, son indicios del peso que tiene la normativa de género en la vida cotidiana de los trabajadores, y al mismo tiempo, expresan las tensiones que pueden surgir cuando esta normativa es interpelada.

A partir de esta perspectiva, el primer apartado del capítulo se centra en la relación entre homosocialidad y emocionalidad masculina, explorando cómo los varones organizan sus afectos en función de mandatos de género que privilegian la contención, el distanciamiento y la reafirmación de una identidad masculina fuerte. Luego, el segundo apartado analiza las experiencias de Agustín y Benjamín, dos trabajadores cuyas trayectorias ponen en evidencia las jerarquías sexuales que estructuran los vínculos laborales. Sus relatos permiten visibilizar cómo la homosexualidad y ciertos modos de habitar la masculinidad -ya sea a través de lo estético, lo afectivo o lo corporal- son objeto de control, ridiculización y violencia dentro del mayorista.

Ambas secciones, permiten reflexionar sobre los costos subjetivos de la masculinidad normativa y sobre las formas en que las emociones, los cuerpos y los vínculos son regulados en pos de sostener un modelo hegemónico que no solo ordena, sino que también excluye, subordina y violenta.

3.1. Hombres entre hombres: homosocialidad y emociones

Este apartado se centra en las formas que adoptan los vínculos entre varones en el espacio laboral del mayorista, explorando cómo se construyen, sostienen y regulan relaciones homosociales atravesadas por emociones, jerarquías y códigos de género. A partir de episodios narrados por los propios trabajadores, se analizan las expresiones de afecto, las dinámicas de corrección simbólica y los mecanismos que moldean la vida emocional en un entorno fuertemente masculinizado.

Lejos de tratarse de vínculos neutrales o espontáneos, las relaciones entre varones están modeladas por estructuras homosociales que operan como marcos normativos de reconocimiento, vigilancia y control. En ese sentido, el humor, la ridiculización, la complicidad o el distanciamiento afectivo no son solo prácticas relacionales: funcionan como tecnologías de género que refuerzan determinados mandatos de masculinidad y organizan la vida en común. Estas formas de vinculación, a menudo naturalizadas, pueden incluir gestos de solidaridad o cuidado, pero también dinámicas de competencia y sanción simbólica que delimitan los márgenes de lo “permitido” para ser reconocido como varón dentro del grupo.

Estas lógicas se expresan con claridad en los tiempos muertos del trabajo, donde emergen interacciones informales que permiten observar cómo se negocian las formas de ser varón entre compañeros. Es común observar reuniones espontáneas de dos o más trabajadores en lugares “estratégicos”, donde los jefes que recorren los pasillos principales del salón no llegan a ver. Al respecto, Darío comentaba en la entrevista (15 abril 2022): *cuando (el jefe) no nos ve, nos ponemos a charlar con los chicos, a pasar el rato, a matar el tiempo... boludeamos un rato. Me cargan, los cargo... nos cagamos de risa*. Para muchos trabajadores del mayorista, estos encuentros funcionan como momentos para distenderse, donde se conversa sobre diversos temas como fútbol, política o situaciones relacionadas con el trabajo. También son espacios en los que se hacen chistes, se molesta a alguien del grupo o simplemente se socializa de manera informal. Suele tratarse de situaciones abiertas, a las que cualquier compañero que pase por ahí puede sumarse sin mayores condicionamientos.

Los chistes o bromas, en su mayoría, surgen de lo que ocurre en el momento y pueden estar dirigidos a aspectos del trabajo, del cuerpo o de alguna actitud que se considera fuera de la norma masculina esperada. En este sentido, es común que se califique a alguien de “vago” o “inútil” ante un error o equivocación, y que circulen sobrenombres generalmente vinculados a características físicas. Este tipo de humor reproduce frecuentemente una visión androcentrista del mundo, reforzando lógicas heteronormadas en los vínculos entre varones. Darío ilustra esta dinámica al señalar *“por cualquier cosa te dicen que sos una nena (...) te cargan como si fuera el hecho de no*

sé... qué sé yo... no podes hacer un trabajo pesado y te comparan con una nena. No llegaste a terminar un pedido y sos una nena, le pones agua fría al café y sos una nena, decís que no vas a una juntada y sos una nena (...) para mí es un chiste, viste... no me lo tomo a mal, pero si me lo dice alguien con quien tengo confianza, ¿qué? No me gustaría que me falten el respeto, así como yo no se lo faltó a nadie". (Entrevista realizada a Darío, 15 de abril 2022)

A partir del testimonio de Darío, se puede pensar que los vínculos de los varones del mayorista adquieren por momentos formas de *homosocialidad vertical* (Hammarén y Johansson, 2014), es decir, relaciones entre varones que, lejos de ser horizontales o igualitarias, se estructuran jerárquicamente. Estas relaciones perpetúan lógicas de segregación genérica y desvalorizan todo lo que está asociado a la feminidad (Morcillo, 2023). En otras palabras, se reproducen dinámicas que condicionan las performances de género y resultan centrales en la producción y mantenimiento de masculinidades heteronormadas.

Avanzando en esta línea, puede observarse que, dentro del grupo masculino, se genera un clima en el cual ningún varón puede "regalarse" ni "patinar", ya que automáticamente queda expuesto a convertirse en blanco de bromas. En este sentido, las bromas operan como mecanismos disciplinadores que moldean y sancionan las conductas, reforzando los límites de lo que es aceptable dentro del grupo. Osvaldo, entre risas, contaba un ejemplo: *"No sabes, ayer el flaco se regaló (se ríe antes de seguir con la historia)... viene de lejos protestando y dice que pidió un cortado y no le pusieron leche (se ríe a carcajadas), así que andaba enojado porque no le dan la leche... no te imaginas, lo volvimos loco". (Nota de campo, Marzo 2022)*

Estas prácticas, que podrían parecer inofensivas o graciosas, revelan lógicas de control entre pares, donde desviarse de ciertas normas -aunque sea mínimamente- puede implicar quedar expuesto a una sanción simbólica, usualmente en forma de burla colectiva.

Profundizando en este tipo de dinámicas propias de la homosocialidad vertical, se hace evidente la existencia de un amplio repertorio de discursos sexistas y homodiantes, que suelen ser entendidos por los varones como simples bromas. Por ejemplo, son frecuentes los saludos entre compañeros del tipo: *"Hola chupapijas", "¿Qué hacen, putos?", "Buenos días para todos, menos para los que se comen un trabajo"* (Notas de campo, registro variado). También, frente a cualquier vínculo cercano con un jefe o encargado, no falta quien acuse a otro de estar *"mamándosela"* o de estar *"bajo su miembro"* (Notas de campo, registro variado). Estas expresiones están profundamente naturalizadas y son percibidas como parte del humor cotidiano, aunque refuerzan simbólicamente un orden jerárquico basado en la masculinidad hegemónica, en el cual el poder se representa a través del falo y la heterosexualidad.

En esa misma línea, David aporta un ejemplo aún más explícito, sugiriendo la penetración como forma de dominio y control. Durante una conversación entre compañeros afirmaba: *“A los (repositores) externos, para que laburen, hay que meterles la pija en el orto, hay que tenerlos cortitos, porque si no se la rascan todo el día.”* (Notas de campo, Mayo 2022)

Este tipo de comentarios evidencian no solo la vigencia de la norma heterosexual, sino también la necesidad de performarla y reafirmarla continuamente en estos espacios masculinizados. Sin embargo, también circulan bromas que parecen transgredir esa misma norma, mediante parodias de prácticas homosexuales. En estos casos, la transgresión se enuncia bajo el tono del chiste, lo que permite poner en escena lo prohibido sin romper con el orden heteronormativo que lo sustenta. Por ejemplo, cuando algunos compañeros se van a merendar, dicen frases como *“me voy a tomar la chechona”* o *“me voy a tomar la lechita”*, en alusión irónica a prácticas homosexuales (Notas de campo, registro variado)

Estas expresiones no niegan la norma heterosexual sino que, por el contrario, la refuerzan a través de la burla: es precisamente lo risible de lo parodiado lo que pone en evidencia lo que debe evitarse. Así, la risa no habilita una verdadera disidencia, sino que funciona como frontera simbólica que reafirma los límites del comportamiento masculino aceptable dentro del grupo.

Como se ha visto hasta aquí, la heterosexualidad ocupa un rol central en el vínculo de los varones del mayorista. El grupo masculino organiza y produce significados sobre la masculinidad, la sexualidad y la vida de los varones, actuando como *policías de género*, y por ende, vigilando las influencias feminizantes y homosexuales (Flood, 2008). Al respecto de la grupalidad masculina y los chistes, Guillermo contaba en la entrevista *“Siempre te dicen algún comentario con doble sentido, en el sentido homosexual... es así... Siempre el chiste homosexual es el primero que se le viene a la mente a uno. Siempre... pero bueno, yo soy un convencido de que se puede hacer humor con cualquier cosa siempre y cuando no se falte el respeto ”* (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022). Siguiendo esta idea, se puede observar cómo, en distintas situaciones, los chistes influyen directamente en las performances masculinas. En contextos donde se da la presencia y mirada atenta de otros varones, estas actuaciones tienden a orientarse hacia la reafirmación de una posición privilegiada de varón heterosexual. Un episodio registrado en una nota de campo lo ilustra claramente:

(Yo) Recién entraba al trabajo (8 am) cuando caminando por uno de los pasillos me encuentro un grupo de 5 compañeros riéndose muy fuerte y entonces me acerco.

Alberto me mira y me dice: No, esto es terrible... no sabes (los demás seguían tentados). Quiero una opinión seria, ¿vos qué harías si un compañero de trabajo viene y te dice que

hay pitos lindos y pitos feos? [Yo: ¿cómo?] Lo que escuchaste boludo (riéndose)... tenemos un compañero que dice que hay pitos lindos, no sé vos, pero yo no me voy a acercar mucho...

Guillermo interrumpe: ¡Yo no dije eso! (muchos se ríen, abuchean o dicen “aah buenoo”) Yo digo que estéticamente hay conchas lindas y conchas feas, y que debe pasar lo mismo con el hombre.

Claudio riéndose y ante la escucha de todos se dirige a Guillermo: ¡Anda gordo! Cuando dijiste que la guasca era salada le echaste la culpa a tu prima diciendo que te lo dijo ella, ahora te querés atajar con que no dijiste lo de los pitos, ¡tómatela gordo gay!

Guillermo responde: Suponete una vieja, dudo que tenga una concha linda... ahora en general me encantan las mujeres, me gusta todo, pero estéticamente algunas están hechas mierda.

Entre las risas de todos que estaban exaltados por la situación, David comenta: Para mí no hay conchas feas, todas son hermosas, no hay nada más lindo que eso... por más que esté todo caído o esté nuevo, es lo mismo (...) (Nota de campo, Octubre 2022).

En esta escena, se observa cómo Guillermo está momentáneamente puesto en cuestión como varón heterosexual, al convertirse en blanco de los chistes del grupo. Sin embargo, no parece incómodo; forma parte activa de la dinámica, en la que también participa habitualmente. En esta ocasión le toca ocupar la posición de quien es interpelado, y se defiende de manera distendida, ofreciendo explicaciones “razonables” y reafirmando su heterosexualidad con frases como “*me encantan las mujeres*”. De modo similar, el comentario de David puede leerse como un intento por reforzar su lugar dentro del grupo, a través de una declaración de deseo heterosexual (“*todas son hermosas*”).

La advertencia de Alberto -“*yo que vos no me acercaría mucho*”- puede interpretarse como un gesto de afirmación de la masculinidad heteronormativa frente a la mirada de otros varones. A su vez, expresa una concepción de la homosexualidad como amenaza potencial para la cohesión del grupo, una amenaza que es desactivada mediante la burla. Así, la homosexualidad queda situada en un lugar de subordinación dentro del orden jerárquico masculino, reforzado mediante el uso del humor.

Este tipo de chistes pueden funcionar como mecanismos “correctores”, operando como recordatorios simbólicos de los límites que definen el guion de género dominante. En este sentido, los varones del mayorista deben cuidar su manera de hablar, de actuar, y de expresarse, para no desviarse de la norma masculina hegemónica. De lo contrario, corren el riesgo de ser señalados como “*putos*” o “*gays*” y, por ende, convertirse en objeto de burla.

Además, la intensidad y frecuencia de las bromas no se distribuyen de manera equitativa, sino que muchas veces actúan como mecanismos jerarquizantes dentro del grupo masculino. En general, quienes ocupan un lugar percibido como inferior en la jerarquía homosocial son quienes reciben las cargadas más frecuentes o más agresivas. En relación con esto, Matías comentó en la entrevista:

(...) (Frunciendo el ceño) me re enoje cuando me hizo eso Osvaldo, y después todos me cargaban [E: ¿Cómo fue eso? ¿Qué sentiste?] Enojo... ehh... impotencia no sé... me dijo que había aprendido una técnica de judo, y que seguro no me salía, y me convenció de hacerla. Me dice que me tira una piña lento y yo tengo que agacharme para esquivar, y cuando lo hago me agarró la cabeza y me hizo así (seña de llevarla hacia los genitales) y empezó a gritar que le había dado un beso ahí, pero es mentira porque no estuve ni cerca, aparte iba con la cabeza así (mostrando que la cara apuntaba a otro lado). Después estaban todos re cargosos “ah le diste un beso en el pingo” pero es mentira. (Nota de campo, Noviembre 2022)

En este caso, Matías relata una situación de burla grupal en la que se sintió enojado e impotente, tras haber sido víctima de una broma que sobrepasó los límites físicos y simbólicos. Este episodio permite analizar distintos aspectos del funcionamiento de las dinámicas masculinas en el mayorista. En primer lugar, se destaca cómo el grupo de varones participantes interpreta la acción de Osvaldo como una simple joda, como algo gracioso, lo que habilita la posterior cargada hacia Matías, sin que se reconozca ningún componente problemático en la escena.

Desde esta perspectiva, puede pensarse el acontecimiento a la luz del *principio de jerarquía*, característico de las masculinidades hegemónicas (de Stéfano Barbero, 2021), que organiza tanto las relaciones entre varones como con otros géneros. Osvaldo, en este caso, realiza una demostración de poder simbólico y físico, que refuerza su posición dominante dentro de la jerarquía masculina del mayorista, legitimado por el reconocimiento y la risa del grupo de pares. Primero, engaña a Matías, poniéndose en posición de superioridad intelectual (“más vivo”); luego, ejerce dominio físico sobre su cuerpo, pasivizándolo y exponiéndolo como un varón vulnerable (de Stéfano Barbero, 2022).

Matías comentó en la entrevista (abril 2022) que lo que sintió fue enojo e impotencia, y en los pasillos del mayorista, ante mis preguntas reiteradas sobre el hecho, agregó: *“Yo lo que hice fue defenderme, fue decir la verdad... Me enojé, pero no le di más cabida, porque si no, no la cortan más”*. El enojo puede ser interpretado como una reacción ante el engaño y la exposición pública, en tanto su masculinidad fue puesta en cuestión por otro varón y por el grupo. Por su parte, la impotencia parece asociada tanto a la imposibilidad de revertir la situación como a su decisión de no responder con violencia, una vía que probablemente se espera en este tipo de escenarios.

Cuando Matías dice que no le dio más cabida al tema “*porque si no, no la cortan más*”, queda en evidencia que también se juega aquí la lógica de no “*regalarse*” para evitar que la cargada continúe. Esta respuesta es coherente con una forma de actuación habitual entre muchos varones: optar por reprimir o minimizar el conflicto antes de exponerse como vulnerables ante sus pares. En este sentido, la vulnerabilidad puede entenderse como una posición contextual que, bajo los mandatos de la masculinidad, es percibida como algo feminizante (de Stéfano Barbero, 2022).

Desde esta línea de análisis, se pueden identificar otras situaciones en las que varones, como Osvaldo, también ocultan sus emociones o sentimientos con el fin de no mostrarse débiles ante el grupo. Frente a la pregunta sobre si alguna vez recibió comentarios que lo hayan hecho sentir mal o triste en el trabajo, respondió:

Si, una vez me sentí mal. Una vez cuando me hicieron todo para que yo no sea el DT del equipo para el torneo de Empleados de comercio... que al final fue Guillermo... que a lo primero dijeron que fuera así, que hacían una votación entre todos y se pusieron todos de acuerdo y fueron en contra mía. Ese día sí me sentí triste, pero por algunos compañeros, no de todos... me lo hicieron a propósito [¿Se los dijiste?] ¿El qué? Naa, ¿Qué querés? ¿Qué voy a andar diciendo? Me la banco y fue. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

Osvaldo, en situación de entrevista, recuerda una experiencia en la que se sintió triste al percibir que sus compañeros se pusieron de acuerdo para excluirlo como director técnico del equipo de fútbol del mayorista. Esta situación resulta significativa porque interrumpe, aunque momentáneamente, su posición de liderazgo dentro del grupo de trabajo, algo a lo que parece estar habituado. Esa ruptura en su lugar habitual dentro de la jerarquía del grupo podría explicar en parte su reacción posterior: ocultar lo que le pasa y “*bancársela*”.

En un primer nivel, el hecho de silenciar su tristeza responde al mandato de no mostrarse débil frente a los demás varones. Pero, además, esta actitud de “*bancársela*” también forma parte de la performance que considera adecuada para restituir su posición masculina, mostrándose como alguien a quien “no le afecta” lo que pasa, alguien que tiene control de la situación. En términos de Gilson (en de Stéfano Barbero, 2022), esta es una estrategia típica de la *invulnerabilidad performativa*, que permite sostener el lugar de autoridad dentro de una estructura homosocial.

Como se ha visto anteriormente, la vulnerabilidad en estos espacios se reprime o se oculta, y tiene un carácter situado, ya que depende tanto del contexto como de las posiciones que los sujetos ocupan en la jerarquía. En este punto, la interseccionalidad se vuelve un eje clave para el análisis.

Osvaldo profundiza sobre otra experiencia laboral en la que emergieron sentimientos intensos que también se vio forzado a reprimir:

Una vez me incomodé, no sabía que hacer... me molestó cuando una vieja me dijo negro de mierda. Esa sí, esas cosas me molestan mucho pero no por decirme negro, porque como que me pasan por encima y yo no puedo reaccionar y decirle "vieja de mierda". Esa es la bronca, [E: ¿Por qué te dijo así?] porque la vieja me dio vuelta una caja que yo tenía con basura, en el piso (para llevársela). Yo fui, le saque la caja del carro diciéndole que era de la basura y me dijo sos un negro de mierda... yo ahí, me di media vuelta y me fui, me tuve que quedar en el molde porque estaba trabajando, sino le mando cualquiera a la vieja esa... (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

En este relato, aparece con fuerza el enojo de Osvaldo frente a una clienta que no sólo despreció su tarea, sino que además lo agredió verbalmente con una expresión racista y clasista. La secuencia muestra cómo Osvaldo intentó ejercer una forma de autoridad frente a la clienta -recuperando la caja-, pero que esta acción desencadenó un insulto que lo dejó sin margen de reacción. Como él mismo indica, la bronca no se origina tanto en el insulto, sino en no poder responder de la misma manera, ya que su rol de trabajador lo obliga a “*quedarse en el molde*”.

La incomodidad que Osvaldo menciona parece expresar la tensión entre su deseo de reafirmar su autoridad (como varón y como trabajador) y la necesidad de inhibir esa respuesta debido al lugar subordinado que ocupa en la relación con la clienta. En este sentido, el conflicto expone los límites de la masculinidad hegemónica cuando se intersecta con otros ejes de desigualdad, como la racialización o la condición de clase.

Hasta aquí, se ha observado cómo en el contexto del mayorista se (re)producen dinámicas propias de un espacio masculinizado en el que se evidencia una homosocialidad de carácter jerárquico. A través del análisis de distintas situaciones, emergen emociones como la tristeza, la bronca, la incomodidad o la impotencia, que en su mayoría son reprimidas o canalizadas bajo los códigos normativos de la masculinidad. Asimismo, se destacaron los discursos y prácticas heteronormativas, el papel central de las bromas y cargadas, y la importancia de no “*regalarse*” para no quedar expuesto.

Sin embargo, también es posible identificar otros modos de vinculación entre los compañeros que implican formas de afecto y cuidado. Al respecto, Guillermo comentaba:

Por ahí la generación nuestra no demuestra el cariño así como uno cree que se tiene que demostrar, lo demuestra de otra forma. [E: ¿Cómo?] No sé, qué se yo,

ponele, te voy a dar un ejemplo--; Julio tenía que hacer un día la losa de la casa, y nosotros fuimos y le hicimos, le dimos una mano y yo le hice de comer, y los chicos fueron y lo ayudaron y ninguno se le iba a ocurrir en ningún momento cobrarle un mango. Pero en ningún momento tampoco le dijimos, che te lo vamos a hacer porque vos sos bueno, qué sé yo. No, nosotros demostramos el cariño de esa manera, fuimos y lo ayudamos a hacer la losa en la casa, ¿entendés? Le hicimos un asado y todo, pero en ningún momento le dijimos, no, vos sos buen pibe por eso te vamos a ayudar, demostramos el cariño, yo creo que la generación nuestra demuestra el cariño de esa manera. (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

Guillermo reflexiona sobre los modos en que su generación expresa el cariño entre compañeros, recuperando una experiencia concreta: colaborar con la construcción de la casa de un amigo. Allí, las acciones como aportar trabajo físico o hacer un asado, reemplazan el lenguaje afectivo explícito. En lugar de verbalizar sentimientos o valoraciones personales, los vínculos se refuerzan mediante gestos prácticos, trabajo compartido y hospitalidad.

Este ejemplo permite pensar formas de *homosocialidad horizontal* (Hammarén y Johansen, 2014), donde el afecto circula en términos de cooperación entre pares, al margen de la lógica del intercambio monetario (Morcillo, 2023). Se trata de una amistad que se construye desde la reciprocidad, el hacer conjunto y la disponibilidad, sin que medie la necesidad de justificar o explicitar las motivaciones.

Ahora bien, la escena también puede leerse como una práctica tradicionalmente masculina, donde se reactualizan ciertos mandatos de género: ir a “*hacer la losa*” implica poner el cuerpo y los saberes técnicos al servicio del ideal de varón proveedor, y en esa tarea, los amigos “*acompañan*”. La construcción de la casa se inscribe en un imaginario de progreso y responsabilidad masculina, que los compañeros acompañan sin cuestionar. Desde este punto de vista, la ayuda solidaria puede funcionar también como una forma de reafirmar el camino esperado hacia una masculinidad adulta: tener casa, ser proveedor, formar familia.

Así, el acto de “ayudar” también reproduce cierto modelo tradicional de varón, aunque lo haga a través de lazos horizontales. En otras palabras, hay una tensión entre los gestos que habilitan formas más igualitarias de homosocialidad y los sentidos más clásicos que esos mismos gestos pueden estar reproduciendo. Ayudar a un amigo a hacer su casa puede ser un acto de cuidado entre varones, pero también una forma de sostener los ideales normativos de adultez y masculinidad.

En contraste con este tipo de expresiones más espontáneas y cargadas de sentido afectivo, el contexto laboral aparece como un espacio mucho más restringido para mostrar sentimientos. Allí, el afecto suele ser disimulado bajo formas socialmente aceptadas de interacción masculina, como el juego físico, la rudeza o los chistes. Darío lo expresa claramente en su entrevista:

“con los que tengo confianza a veces me doy una piña jodiendo, no para lastimarse, lo hacemos jodiendo... es divertido, pero (solo) si es un amigo... es como jugar de mano, si jugas de mano con alguien es porque te querés y está todo bien, sino te agarras a las piñas” (Entrevista realizada a Darío, 15 de abril 2022)

En el mayorista, los modos de mostrar afecto entre compañeros se dan a través de performances físicas codificadas: un golpe amistoso, un juego de manos, un saludo que incluye contacto firme, un gesto de fuerza. Estas expresiones, aunque esconden el contenido emocional, funcionan como vehículos del cariño entre pares. Así, se expresa afecto sin *“regalarse”*, es decir, sin exponerse a la cargada o la burla. Se trata de formas heteronormadas de afectividad, donde el cuerpo y la fuerza reemplazan las palabras, y la emoción se disfraza de juego o de competencia simbólica.

En los saludos, por ejemplo, se repite una gestualidad que incluye el apretón de manos y un abrazo firme en el cuello del otro, a veces acompañado de un beso en la cabeza. También puede observarse el cruce de cuerpos con contacto físico breve -como un choque hombro con hombro- seguido de risas o chistes. Estas formas permiten una expresión emocional en clave masculina, en la que el afecto se filtra bajo la cobertura de la fortaleza, la rudeza o el humor.

Siguiendo esta lógica, se puede analizar la siguiente situación, en la cual trabajaba en la góndola que tengo asignada en el mayorista, cuando David y Fabio se acercan para pasar el rato:

D: Uhh este no sabe trabajar, mira cómo está la góndola (con intenciones de molestar)

Yo: Hoy no tengo un buen día, y encima estoy laburando una banda

D: Que vas a estar laburando si te estas rascando desde hoy (Fabio se ríe)

Yo: Está bien, ¿necesitas algo de la góndola?

Fabio: (riendo) che me parece que no le gusta el chiste

D: ¿Qué chiste? (mirándome) ¿En todos estos años no aprendiste a trabajar?

Yo: (enojado) ¿Qué buscas? estoy intentando trabajar, y te dije que no estoy de humor para que me jodas ¿qué querés? ¿Qué estás buscando?

D: (ríen los dos) No, no te enojés... eso estoy buscando, que te enojés. Una vez que te enojas ya te puedo decir la gran persona que sos y que es un gusto tenerte de compañero. (Nota de campo, septiembre 2022)

Esta escena permite profundizar en la centralidad del juego, la burla y el conflicto simulado en la homosocialidad masculina. Decir *“no estoy teniendo un buen día”* se vuelve aquí un punto débil que activa una intervención grupal: no para acompañar o contener, sino para provocar una reacción emocional que exponga al compañero, desestabilice su posición y habilite un juego de corrección colectiva. La respuesta agresiva no solo es anticipada, sino deseada: una vez que aparece el enojo, se habilita una afirmación afectiva que sería difícil de expresar de forma directa, sin contrarrestar antes con una performance masculina.

En este marco, se puede pensar que las emociones funcionan como dispositivos de regulación y ordenamiento dentro del grupo. Las demostraciones verbales de cariño en las situaciones grupales del mayorista son concebidas como una exposición de vulnerabilidad que ningún varón está dispuesto a hacer sin antes neutralizar con algún gesto que lo reintegre a su lugar dentro del colectivo masculino. En otras palabras, el afecto no desaparece, pero requiere ser mediatizado por juegos de agresión simbólica que funcionan como correctivos o pruebas de pertenencia.

Mantener una posición masculina en la homosocialidad del mayorista implica, entonces, regular cuidadosamente la expresión de emociones como el miedo, la tristeza, la incomodidad, la vergüenza o el cariño, evitando mostrarse como un varón emocionalmente vulnerable ante los demás. Sin embargo, esta regulación no impide que existan momentos de apertura emocional, especialmente en contextos de confianza y privacidad. En el capítulo anterior se analizó cómo, en el ámbito doméstico, los varones pueden expresar afecto por sus familias bajo el mandato del cuidado y la provisión. De forma similar, también pueden aparecer formas de intimidad afectiva en el trabajo, como relata Darío:

Yo estaba mal, había tenido un problema personal mío, de mi vida y se lo comenté porque se me notaba y además tenía confianza... y él me habló mucho, me aconsejó mucho y me abrazó y me dijo que podía contar con él para lo que sea y la verdad me sentí muy bien [E: ¿Ahí en el laburo?] Sí, por suerte no nos vio nadie (larga carcajada). (Entrevista realizada a Darío, 15 de abril 2022)

Darío relata una situación de apoyo emocional dentro del espacio laboral, donde el gesto afectivo (el abrazo, la palabra, la contención) se vuelve significativo en un momento de crisis. No obstante, la afirmación final *“por suerte no nos vio nadie”* pone en evidencia el riesgo simbólico que conlleva mostrarse vulnerable entre varones, y cómo ese riesgo puede derivar en sanciones simbólicas, bromas o humillaciones posteriores. En este sentido, la privacidad aparece como condición de posibilidad para que ciertos afectos masculinos puedan circular.

A lo largo de este análisis se observaron distintas formas en que los trabajadores del mayorista expresan, regulan y negocian sus emociones dentro de los vínculos laborales. Las emociones - como el enojo, el cariño, la tristeza o la incomodidad- no solo se sienten, sino que se performan, se disputan y se organizan colectivamente, operando como marcadores del lugar que cada varón ocupa dentro del grupo. Las reglas no escritas de la homosocialidad configuran un sistema de reconocimiento en el cual la emocionalidad debe encarnarse en clave masculina, a través del humor, la fuerza o el conflicto simulado, y rara vez puede expresarse de manera directa sin arriesgar la posición dentro del grupo. Sin embargo, estas mismas reglas pueden abrir grietas, momentos de excepción en los que se habilitan gestos de cuidado, contención y afecto genuino. Lejos de ser un sistema cerrado, la homosocialidad masculina en el trabajo se muestra como un espacio tenso y dinámico, donde los afectos no desaparecen, sino que buscan formas posibles de aparecer sin desafiar del todo los mandatos de la masculinidad.

3.2. Homosocialidad y performatividad: los casos de Agustín y Benjamín

En continuidad con lo trabajado en el apartado anterior, donde se analizaron las formas en que los varones gestionan sus emociones en contextos homosociales, en esta sección se abordarán dos experiencias que permiten profundizar en las jerarquías sexuales que estructuran esos vínculos: los casos de Agustín y Benjamín. Como ya se ha señalado, el mayorista es un espacio masculinizado, donde diversas dinámicas vinculares refuerzan la heteronormatividad, condicionan los modos en que se hace género y jerarquizan las relaciones. Entre estas dinámicas, los chistes ocupan un lugar central y, en muchas ocasiones, funcionan como instrumentos de vigilancia de las masculinidades. En este apartado se profundiza en estas formas de control y estigmatización (Goffman, 2006), poniendo el foco en las experiencias de Agustín y Benjamín. A partir de sus relatos, se evidencia cómo las relaciones homosociales y las expectativas de performar la masculinidad hegemónica -muchas veces vehiculizadas por los chistes- moldean las interacciones cotidianas en el mayorista y perpetúan distintos mecanismos de opresión (Connell y Messerschmidt, 2005). Estas dinámicas jerárquicas permiten que algunos varones refuercen su estatus dentro del grupo, mientras otros resultan subordinados o marginados, evidenciando las desigualdades estructurales que operan en este entramado. A su vez, interesa pensar cómo estos vínculos moldean las formas de estar, sentir y vincularse de quienes no encajan en ese modelo dominante.

Las trayectorias de Benjamín y Agustín permiten observar un continuo de discriminación y subordinación basado en características estéticas, expresiones de género y orientación sexual. En ambos casos, el entorno laboral masculinizado (re)produce formas de sociabilidad heteronormadas, donde toda trasgresión puede convertirse en motivo de burla o control.

Como se presentó en los perfiles biográficos, tanto Benjamín como Agustín migraron desde pueblos del interior hacia Mar del Plata, en busca de oportunidades laborales y de nuevos modos de habitar. Ingresaron a trabajar al mayorista en 2016 y desde entonces son mejores amigos. En la cotidianeidad del trabajo, suelen desempeñarse juntos armando pedidos, lo que les permite conversar y compartir entre ellos. Aunque mantienen vínculos cordiales con la mayoría de sus compañeros, sus relaciones más significativas ocurren entre sí y con sus respectivos grupos de amigos fuera del mayorista. Estos vínculos, en particular, juegan un papel fundamental en la construcción de sus identidades (Kimmel, 1997).

En el caso de Agustín, él relata:

Mi declaración cuando dije que era homosexual fue cuando vine a vivir a Mar del Plata. Ahí empecé a relacionarme con mucha más gente. Y ahí conocí un par de amigos homosexuales... que con ellos empecé a hablar y es cuando ahí empecé a sacarme muchas dudas de todo... y a tener más confianza para decir lo que realmente quería y sentía... y poder explayarme... decir... poder ser más libre de decir mi condición. Porque en ese momento me oprimía de decir que era gay (...) no lo quería decir por miedo a qué dijera mi familia y qué se yo...el entorno. Hasta que hablando con otras personas más, como con Benja... lo hablé, lo hablé, lo hablé, y eso fue el empuje. (...) Cuando estaba por admitir mi condición, sentí que en la vida tuve como una vulnerabilidad. Pero cuando vi la aceptación de mi abuela como que ya después, ya está todo. Estaba esperando eso, estaba ahí en la intriga. Y cuando le hablé y lo aceptó, ya fue como una carga menos, una liberación... fue una tranquilidad. (Entrevista realizada a Agustín, 9 de mayo 2022)

En este testimonio, Agustín remarca la relevancia que tuvo el grupo de amigos homosexuales con quienes comenzó a hablar sobre sus deseos e inquietudes. A través de estos vínculos -y en particular a través de su amistad con Benjamín- encontró el sostén necesario para nombrar lo que le pasaba y comenzar un proceso de autoaceptación. En ese recorrido, lo que en un principio era vivido como una “condición” que debía ocultar, especialmente por temor al rechazo de su familia, se fue transformando en una afirmación de su identidad. Él mismo describe ese momento como una “declaración”, marcando así un punto de quiebre respecto a su vida anterior.

Al narrar en la entrevista cómo hablaba con su familia antes de este proceso, comenta:

Estaba en familia charlando y mi mamá me preguntaba, ¿estás seguro de que no te gustan los hombres? (...) vos estás negando algo que todos nos damos cuenta, pero vos no lo querés admitir. (Entrevista realizada a Agustín, 9 de mayo 2022)

Estos cuestionamientos, sumados al temor frente a la reacción de sus círculos más cercanos, contribuyeron a que la homosexualidad se convirtiera en una carga emocional, en una tensión constante que solo pudo empezar a resolver mediante el acompañamiento de sus amistades. Si bien ese sostén le brindó fuerza para afrontar su declaración, Agustín reconoce haberse sentido vulnerable al hacerlo. Expone el miedo a quedar expuesto y no ser aceptado, aunque destaca que fue la aceptación de su abuela lo que finalmente le brindó la *“tranquilidad”* que necesitaba para no reprimirse más. Así, tanto su red de amistades como el sostén familiar aparecen como espacios de contención y posibilidad, que le ofrecieron reparo emocional y habilitaron una forma más libre de habitar su identidad.

En este sentido, puede leerse esta trayectoria a la luz de *Regreso a Reims* de Didier Eribon (2021), donde el autor reflexiona sobre cómo salir del espacio de origen -el “pueblo” como entorno de clase, tradición y control moral- implica también una forma de fuga de las estructuras normativas que condicionan las posibilidades del ser. Así como Eribon vincula el exilio de lo familiar con el descubrimiento de sí mismo en contextos más abiertos (la ciudad, los círculos gays, el mundo académico), Agustín encuentra en su migración a Mar del Plata no solo oportunidades laborales, sino también la posibilidad de (re)nombrarse, habilitado por vínculos afectivos que escapen al régimen heteronormativo dominante.

Tal es así que, en una actitud contraria a la represión que sentía antes de su *“declaración”*, Agustín afirma con convicción que hoy se siente mucho más cómodo con su sexualidad y que, aunque en el espacio laboral muchas veces opta por *“mantener el perfil bajo”*, ya no vive con culpa ni miedo a ser quien es. En ese sentido, Agustín afirma:

En el futuro me veo en pareja. Tendría que ser una pareja normalmente liberal, o sea no estar reprimida por el tema de –que dirá la sociedad- o de –por qué están juntas dos personas de un mismo género-. Pero me veo con una pareja estable y normal, como cualquier otra pareja. (Entrevista realizada a Agustín, 9 de mayo 2022)

Este cambio en su visión refleja un proceso de autocomprensión y aceptación, que no solo le permitió asumir su orientación sexual, sino que también le brindó una base para imaginar y planificar un futuro en el cual esta no sea un impedimento para llevar una vida plena. A diferencia del inicio de su relato, donde expresaba miedo y represión, en este fragmento aparece la posibilidad de pensarse en una vida amorosa sin ocultamientos, con estabilidad y reconocimiento, como *“cualquier otra pareja”*.

Benjamín, por su parte, también ha atravesado un proceso de represión en relación con su sexualidad, aunque con sus matices particulares. En su caso, la mudanza desde el pueblo a la ciudad constituyó un cambio profundo. En la entrevista comentaba:

El pueblo en el que vivía era muy conservador. Yo recibía mucha discriminación... discriminación de que me decían que era el más feo del pueblo... eso me quedó marcado. Creo que por eso me costaba tanto relacionarme... entonces como que nunca se me daba una chance, o sea, por ahí si me gustaba alguien no intentaba nada, ni se lo decía a nadie porque no tenía muchos amigos. (Entrevista realizada a Benjamín, 5 de mayo 2022)

Aquí, Benjamín relata una experiencia marcada por la estigmatización y el aislamiento. La discriminación estética que sufrió en su infancia y adolescencia no solo impactó en su autoestima, sino también en su capacidad para formar vínculos significativos. La falta de redes de apoyo y de espacios de expresión emocional reforzaron una vivencia de soledad, que se tradujo en la represión de sus deseos y afectos.

La llegada a Mar del Plata habilitó, para Benjamín, la posibilidad de pensarse desde otro lugar. El cambio de un entorno pequeño, conservador y vigilante, hacia una ciudad más grande y plural, le permitió abrirse a nuevas experiencias, amistades e identidades posibles. En este punto, su relato resuena con lo planteado por Didier Eribon en *Regreso a Reims* (2019), cuando señala cómo la salida del lugar de origen no solo implica una movilidad geográfica, sino también una distancia simbólica respecto a los mandatos familiares y sociales. Al igual que en la experiencia de Eribon, en el caso de Benjamín, la migración operó como una forma de emancipación subjetiva, habilitando una construcción de su masculinidad menos sujeta a las miradas normativas del entorno.

Tal es así, que al momento de la entrevista, luego de cinco años viviendo en Mar del Plata, Benjamín decía:

Siempre fui muy reservado con el tema sexual. En estos años fue diferente... tengo muchas amistades, digamos... de ambientes distintos... tanto gente como homosexual, tanto gente andrógina, gente bisexual, gente no sé... de un montón de identidades por así decirlo, que me ayudaron un montón a abrir mucho la cabeza. Comencé a hablar más estas cosas, tipo de la sexualidad, que por ahí antes eran como súper reservadas para mí... lo hablo con ellos (...) En el último tiempo me di cuenta que siempre me vi atraído hacia el sexo opuesto, en este caso femenino, desde chico... este... pero también hace poco descubrí, que cada cierto tiempo hay como ciertas personas del mismo sexo que me atraen. Es como, no sé... podría decirse que un poco de bisexualidad, pero como que creo

que es hasta ahí nomás y tampoco tan exagerado. (Entrevista realizada a Benjamín, 5 de mayo 2022)

Este fragmento permite ver un proceso aún en desarrollo, donde se conjugan avances en términos de visibilidad y expresión emocional, con ciertas reservas que revelan los límites impuestos por la homofobia internalizada y por las lógicas del entorno laboral. La frase *“podría decirse que un poco de bisexualidad, pero como que creo que es hasta ahí nomás”* ilustra con precisión esta tensión entre deseo de libertad y estrategias de autopreservación.

Tanto en las vivencias que relata Benjamín como en las que cuenta Agustín, ambos tuvieron que afrontar situaciones de represión, ya sea por la orientación sexual o por la apariencia. No obstante, el proceso de cada uno fue distinto. Benjamín comenzó a explorar su sexualidad gracias al vínculo con sus amistades diversas, lo que le permitió desplegar un performance de género y sexualidad más libre, con menos presiones y menos conflictiva que la de Agustín. A pesar de ello, Benjamín identifica entornos en los cuales tiene que ocultar parte de su identidad para no ser violentado:

(...) cuando comencé a descubrir un poco de la atracción hacia los hombres... ponele, atracción en el sentido de decir, che que lindo y esas cosas... decidí ocultarlo en algunos ambientes. Por ejemplo, eso en el ambiente laboral son por ahí cosas que no podes compartir, porque ya enseguida te empiezan a escrachar como “sos puto, sos puto, sos puto”. Y hay cosas que mejor no aguantarlas o no contarlas para después no aguantar todo lo que viene. (Entrevista realizada a Benjamín, 5 de mayo 2022)

En este testimonio de Benjamín se hace referencia a las presiones que se ejercen desde las dinámicas vinculares heteronormadas existentes en el grupo de varones del mayorista. En este espacio, la expresión abierta de su identidad sexual podría exponerlo a la violencia verbal y/o al *estigma* (Goffman, 2006), por lo que decide ocultar esta información. Principalmente, en su relato expresa cómo las dinámicas de poder y control presentes en el espacio laboral se (re)producen a partir de la vigilancia y custodia de la heterosexualidad entre el grupo de varones (Kimmel, 1997). Estas dinámicas opresivas frecuentemente no son reconocidas como tales por los varones que no se ven afectados directamente por ellas. Un ejemplo de esto es esta declaración de Santiago, en la que hablando sobre los chistes con respecto a la homosexualidad en el trabajo, aclara:

Yo jamás le faltaría el respeto a una persona homosexual... ponele a Agustín que tenemos de compañero de trabajo... no soy amigo, pero de diez siempre, no tengo casi que ni aclarar. A ver... suponete... a mí en verdad me importan tres carajos que es lo que hace Agustín con su vida sexual, ¿me entendés? ... eso no quita que yo no le haga un chiste con

eso, o que me ría y le hinche las pelotas, solo por joder... Es más, solo a veces lo vi incómodo a Agustín... ¿y sabes cuándo?... al principio, cuando sabíamos todos que era gay y él no lo admitía... no lo admitía para dentro del trabajo... él sí lo admitía para sí mismo, pero no se animaba a decirlo. (Entrevista realizada a Santiago, 5 de abril 2022)

Santiago piensa en la incomodidad que reconoce en Agustín como algo personal, y no como parte del contexto que producían los compañeros a partir del reposo de la mirada sobre su sexualidad. También percibe los chistes sobre la sexualidad de Agustín únicamente como “*jodas para reírse*”, desconociendo e ignorando su carácter performativo y heteronormado.

Profundizando sobre el tema, y en contraposición con los pareceres de Santiago, se pueden retomar algunas palabras de Agustín con respecto al efecto de su declaración en el trabajo:

Antes de decirlo, todos en el trabajo querían saber si yo era gay o no. Después de eso empezaron con el tema de que siempre querían saber qué quería... que me gustaba, o que tipo de hombre o de persona me gustaba. Siempre como ese morbo, por decirlo así, para molestarme, reírse o molestar a otro no sé. Siempre pendientes a ver qué es lo que hacía o que dejaba de hacer yo... siempre estuvo medio marcado, muy presente eso en el trabajo... me daba mucha bronca. (Entrevista realizada a Agustín, 9 de mayo 2022)

En este relato, Agustín cuenta sobre los cuestionamientos y el acoso que recibe por parte de los compañeros de trabajo, en principio por parecer homosexual y luego por declarar serlo. A diferencia de lo que sostiene Santiago, Agustín experimenta una presión constante, fundada en expectativas heteronormativas del grupo, que le resultan hostiles y le generan *mucha bronca*. Además, señala cierto morbo por parte de sus compañeros, quienes manifiestan un interés invasivo en su vida privada, con el objetivo de poder “*molestarlo*”.

Estas dinámicas vinculares que se dan en el espacio homosocial del mayorista expresan el lugar subordinado que se le otorga a la homosexualidad dentro de la jerarquía de masculinidades (Connell, 2005). En este sentido, resulta productivo recuperar los aportes de Gayle Rubin (2015), quien sostiene que las sociedades occidentales organizan la sexualidad a partir de un sistema de valores que clasifica y jerarquiza las prácticas y las identidades sexuales. Este sistema, al que denomina “*jerarquía sexual*”, establece un centro normativo -la heterosexualidad reproductiva dentro del matrimonio- y expulsa hacia los márgenes aquellas expresiones sexuales que se desvían de ese ideal, colocándolas en posiciones de menor legitimidad social.

Las prácticas homosociales del grupo de varones del mayorista reproducen esa jerarquía: la homosexualidad, o incluso cualquier rasgo o conducta que se aleje de los mandatos de la masculinidad hegemónica, es objeto de burlas y control. Un ejemplo de ello son las jodas que

circulan en el grupo, donde se acusa a cualquiera de ellos de ser pareja o de tener encuentros íntimos con Agustín:

(Yo) Estaba desayunando con Osvaldo y Darío cuando entra David y dice: Estoy re tirado... voy a hacerme un cafecito porque me duermo.

Darío: Noches contentas, mañanas tristes (Mientras David sonríe)

Osvaldo (interrumpiendo): Ayer le tocó vuelta y vuelta con Agustín, ahora míralo al gordo... se duerme, no puede ni caminar (ríen a carcajadas los tres)

David (riendo): Que hijo de p... vos siempre pensando en Agustín... (Se ríen)

(Nota de campo, Noviembre 2022)

En el marco de relaciones homosociales marcadas por jerarquías internas (Hammarén y Johansen, 2014), la sexualidad de Agustín es tomada como objeto de ridiculización y control. Esta situación ilustra cómo se pone en juego el *principio de jerarquía* (Barbero, 2021): aunque Agustín no esté presente, su orientación sexual es utilizada como recurso de burla, colocándolo en una posición subordinada dentro del grupo. Al mismo tiempo, los varones que participan del chiste reafirman su lugar en la jerarquía masculina del mayorista.

A la luz del análisis de Rubin, este tipo de burlas también pueden leerse como una forma de reproducción de las *“fronteras morales”* del sistema sexo/género, donde se sanciona a quienes transgreden el ideal de masculinidad heterosexual. Así, los varones que se desvían -real o simbólicamente- son penalizados con la feminización, el estigma o el ridículo.

Al respecto de estas dinámicas, Benjamín comentaba en la entrevista:

Mi mejor amigo es homosexual y cuando me separé de mi primera novia, los chabones (del trabajo) me jodían con que me había separado y que ahora salía con mi mejor amigo, Agustín. Y era como que nada que ver... o sea, sacaban de contexto todo y me hacían sentir un poco mal... incluso por mi mejor amigo y por mí, porque era incómodo, como que no sé... ¿por qué dirías eso? (Entrevista realizada a Benjamín, 5 de mayo 2022)

Benjamín expresa el *malestar* y la *incomodidad* que le generan este tipo de bromas. A través de su testimonio se visibiliza cómo, en el espacio laboral, la sexualidad y la masculinidad son ejes en torno a los cuales se articulan relaciones de poder y subordinación. Las burlas funcionan como mecanismos de disciplinamiento para aquellos varones que no encarnan los patrones esperados de la masculinidad dominante, ya sea por su orientación sexual, su cuerpo, su forma de vestirse o cualquier otro rasgo que pueda ser leído como una desviación. En línea con esta idea, Benjamín agrega:

No sé si hay algo de lo que no se burlen de la otra persona. Sea tanto por la sexualidad, por la estética, porque estás enfermo, por como sos... si te pintas las uñas, o usas ropa ajustada... o si tiras algún comentario desafortunado... Te buscan un apodo, un defecto, por cualquier cosa... Todo es motivo de burla, si me pinto las uñas, si me hago un arito, lo que sea... es más... me tuve que fumar un tiempo, cuando tenía la cresta y el pelo rojo, que me digan concha menstruada... me jodían con eso... yo ignoraba, pero me calentaba. (Entrevista realizada a Benjamín, 5 de mayo 2022)

En la historia de Benjamín existe un continuo de discriminación vinculado a su estética, que afecta directamente su masculinidad. Anteriormente, se vio cómo el ser catalogado como “feo” en su pueblo impactó negativamente su autoestima, su sexualidad y sus vínculos afectivos. Actualmente, describe cómo las ofensas en tono de chistes en el ámbito laboral, centradas en su apariencia, condicionan su performance de género. En esa dirección, puede observarse cómo las características estéticas influyen directamente en la jerarquización de género.

El caso de Benjamín ilustra de qué modo ciertos atributos -como los pantalones ajustados, las uñas o el pelo pintado- resultan disruptivos en un entorno masculinizado, donde la heterosexualidad es no sólo la norma, sino un mandato vigilado colectivamente. En ese marco, su corporalidad y estilo son leídos como signos de desviación, y su heterosexualidad es constantemente puesta en duda. Esta situación puede ser pensada a través del concepto de *capital erótico* (Hakim, 2012), entendido como el conjunto de atributos físicos y expresivos que se valorizan socialmente y que pueden traducirse en ventajas o desventajas en distintos contextos. En espacios laborales fuertemente masculinizados como el mayorista, el capital erótico se define en términos normativos: se premian ciertos cuerpos y estéticas, mientras que otras -asociadas con lo femenino, lo *queer* o lo “diferente”- son deslegitimadas y usadas como motivo de burla o sanción.

La experiencia de Benjamín muestra cómo este capital se convierte, en su caso, en un motivo de subordinación. Su estilo estético activa mecanismos de ridiculización, y se convierte en blanco de apodosos feminizantes como forma de disciplinamiento. Estas agresiones, aunque muchas veces se presentan como “*bromas*”, funcionan como prácticas de violencia simbólica, que buscan sostener la jerarquía masculina.

Del mismo modo, Agustín experimenta un proceso de hostigamiento que, en ocasiones, desborda y genera situaciones de conflicto. Al respecto contaba:

Habían empezado a cargarme con un compañero que supuestamente... este compañero nada que ver, era heterosexual, blablabla... y él se la agarró conmigo. Yo ahí llegué al

punto límite... me sentí atacado, violentado... me enojaba porque hacían memes, editaban fotos... hacían un montón de cosas que están mal... o que ellos las ven como una burla, una gracia, y molesta a veces. Ahí llegué... es cuando llegué al punto límite... me daba bronca. Porque subía una foto a las redes sociales y ellos se ponían a buscar qué había subido, entonces ellos hacían como juntar fotos de lo que vos habías hecho, y lo mezclaban con la otra persona. Y te hacían poner incómodo a vos y también ponían incómodo a la otra persona. Era un momento molesto, porque no eras dueño de poner una foto en algún lado, porque ya lo tomaban para modo de burla después. Y encima después, el otro se enojaba conmigo... hasta el punto de decirme puto de mierda, que fue ahí cuando reaccioné... ese día estaba medio cruzado y me cansé... no soy de reaccionar pero nos insultamos y terminamos a los empujones...después nos separaron unos compañeros tratando de calmar las aguas. (Entrevista realizada a Agustín, 9 de mayo 2022)

En su testimonio, Agustín explica cómo el acoso y las burlas sufridas por su homosexualidad impactan profundamente su vida emocional y su cotidianeidad laboral, llevándolo a un punto crítico. La circulación de memes y fotos funciona como una estrategia de control que condiciona su comportamiento, limita su capacidad de expresión y lo expone al escrutinio permanente del grupo. Estas acciones buscan despojarlo de su autonomía sobre el cuerpo y la identidad, reforzando los límites de lo “permitido” para un varón en ese entorno.

En esta situación, Agustín alcanza un punto límite, donde emociones como la *bronca*, la *incomodidad* y el *hartazgo* funcionan como señales del daño vivido, pero también como motores de acción. En línea con lo que plantea Sara Ahmed (2004), las emociones no solo se experimentan individualmente, sino que están *orientadas hacia* objetos y cuerpos, moldeando la relación con el entorno. La bronca de Agustín, en este caso, se transforma en una respuesta corporal y emocional ante la violencia sistemática que enfrenta: es una reacción frente al intento de disciplinamiento que busca volverlo inteligible dentro de los márgenes de la masculinidad hegemónica. Así, las emociones no solo evidencian el malestar, sino que permiten comprender cómo el cuerpo se posiciona, se defiende y resiste en contextos hostiles.

Las experiencias de Benjamín y Agustín expresan la presencia decisiva que tiene el grupo de pares en las performances de género de los varones. En este apartado, se mostró cómo el entorno masculinizado del mayorista refuerza las jerarquías de género y afecta profundamente las vidas personales y emocionales de quienes no encajan plenamente en el modelo de masculinidad hegemónica. Sin embargo, esto no significa que quienes ocupan posiciones subordinadas estén exentos de reproducir lógicas patriarcales. Tanto Benjamín como Agustín, a pesar de sus experiencias de exclusión y conflicto, también participan en un entramado vincular atravesado por

normas de género que operan de forma estructural. Reconocer estas ambivalencias permite complejizar los modos en que la masculinidad se construye, disputa y sostiene cotidianamente, incluso en los márgenes de su forma más hegemónica. Estas dinámicas de poder y subordinación, así como las disputas por la autoridad y el reconocimiento, se verán reflejadas en las percepciones de los varones frente a los feminismos, que serán analizadas en el siguiente capítulo.

Capítulo 4

Varones ante el cambio. Tensiones, resistencias y resignificaciones en torno a los feminismos.

Las transformaciones en las relaciones de género ocurridas en los últimos años, tanto en América Latina como en el mundo, han posibilitado la masificación de cuestionamientos públicos sobre los privilegios masculinos y los diversos modos en los que se construye la masculinidad. Este clima de cambios sociales y culturales, promovidos por los feminismos, se presenta en la vida de los varones, que reaccionan de diversos modos.

En este capítulo se indaga sobre las reacciones de los varones del mayorista frente a los cambios en las relaciones de género. Además, se analizan los diversos puntos de vista respecto a las desigualdades y los roles de género en la actualidad y en comparación con las de la sociedad en la que crecieron. Se profundiza, también sobre las percepciones que tienen del patriarcado, los privilegios y las prácticas machistas, estableciendo conexiones y problematizando estas posturas entre sí, así como con las dinámicas de homosocialidad presentes en el contexto del mayorista y sus diversas experiencias. Por último, se examina cómo los cambios y los cuestionamientos de las normas de género y los roles parentales, así como el papel de proveedor, entran en conflicto o se alinean con las formas en que se distribuyen las responsabilidades en el hogar.

4.1. El patriarcado ¿cosa de antes?

Este apartado explora cómo algunos trabajadores del supermercado mayorista interpretan los cambios recientes en las relaciones de género. Sus relatos permiten asomarse a modos diversos - y a veces contradictorios- de comprender las desigualdades entre varones y mujeres, el peso de los roles familiares y laborales, y el lugar que ellos mismos ocupan en una estructura social en transformación.

Entender estos imaginarios es clave. No sólo porque reflejan acuerdos y tensiones que atraviesan la vida cotidiana, sino porque también ofrecen pistas sobre cómo los varones procesan, negocian o resisten los cambios que los feminismos han impulsado. Como advierte Connell (2005), las representaciones sobre el género funcionan como marcos de sentido que habilitan -o limitan- la posibilidad de reconocerse dentro de un sistema desigual.

Lo que surge en los testimonios no es un único relato, sino un tejido de reconocimientos parciales, resistencias más o menos explícitas, y negociaciones subjetivas, muchas veces marcadas por historias familiares, experiencias laborales o incluso por el tono relajado de la homosocialidad masculina.

Uno de los hilos más visibles tiene que ver con los cambios en la vida familiar. Santiago, por ejemplo, habla sobre la figura tradicional del "jefe de familia", al recordar el modelo que conoció de chico:

Antes el cabeza de familia era el que decidía por todo, ¿entendés? Tipo: 'Yo traigo la plata, yo decido'. Después, lo fue amoldando la sociedad, el trabajo, la necesidad de la plata. Hoy si vos te pones a ver, los dos traen la plata, los dos deciden. O, si uno no trabaja, la decisión está igual compartida. Hubo un montón de cambios sociales grosos, entonces los tipos que vos consideras que antes eran los líderes de la familia, ya... hoy puede ser una mujer. No existe más el líder absoluto en la decisión, no determina más porque sea el que trae la guita, ser el jefe. (Entrevista realizada a Santiago, 5 de abril 2022)

Su relato no sólo señala una transformación estructural -la crisis del modelo de varón proveedor como autoridad natural-, sino que también sugiere una mirada donde los cambios son resultado de procesos amplios, sociales, casi inevitables. Santiago no se presenta como protagonista de esa transformación, sino como testigo de un movimiento que "la sociedad" fue moldeando. La distancia que marca parece funcionar como una forma de aceptar el cambio sin tener que defenderlo activamente.

Sin embargo, el reconocimiento de estos cambios no siempre implica una revisión profunda del orden de género. Claudio, por su parte, introduce la noción de igualdad a partir de la incorporación de las mujeres al mercado laboral, pero lo hace en términos que reafirman el lugar económico central de los varones:

La mujer está empezando a tomar el rol de igualdad, ¿viste? Porque hoy en día en 2022 no pasa... yo creo que está bueno, que la mujer salga a trabajar para ayudar al hombre, a que se paguen todos los gastos de la casa. (...) En los tiempos que corren, una sola entrada de plata en la casa no sirve, no alcanza. Entonces, es una ayuda muy grande que la mujer también salga a trabajar. (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

Aquí la imagen de la mujer trabajadora aparece bajo el signo de la "ayuda", no de la autonomía. Claudio celebra su presencia en el mundo del trabajo, pero sin cuestionar la idea de que el varón sigue siendo el sostén principal. Más que una ruptura con el modelo tradicional, su discurso

parece apuntar a una adaptación que preserve los viejos equilibrios bajo nuevas formas. Es posible que en sus palabras resuenen experiencias personales atravesadas por la presión económica, donde la solidaridad en los gastos aparece como una necesidad más que como una redefinición de roles de género. Estos discursos de adaptación revelan una tensión particular: por un lado, se afirma una igualdad progresiva; por otro, se reconstruyen jerarquías en clave de colaboración o sacrificio compartido. Aquí, las figuras del “trabajo en equipo” o de la “ayuda” femenina funcionan como formas de actualizar el lugar masculino sin tener que resignar centralidad. En lugar de una renuncia a los privilegios, lo que se observa es su reformulación bajo nuevas justificaciones sociales

Otros relatos, en cambio, sugieren una lectura más “optimista” -o más ansiosa- de los cambios. Para algunos trabajadores, las desigualdades de género ya habrían quedado atrás. Desde esta perspectiva, el patriarcado aparece como un vestigio de otra época, asociado a prácticas hoy vistas como inaceptables, como el control económico o la violencia física. Osvaldo lo expresa de manera clara:

Antes mi vieja hacía una changa y la plata se la daba a mi viejo, porque el hombre manejaba la plata, eso era patriarcado. Hoy no es así, hoy cada uno tiene su plata, cada uno hace su vida. (...) Antes yo creo que había más violencia que ahora y era normal. Hoy en día no. Hoy en día estamos iguales. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

Su testimonio parece capturar una sensación generacional: la idea de que los problemas graves “eran antes” y que ahora, en el presente inmediato, se habría alcanzado una suerte de igualdad plena. Esta percepción resuena con lo que McRobbie (2009) identifica como clima cultural postfeminista: una celebración del acceso de las mujeres a ciertos derechos que, paradójicamente, opera deslegitimando la necesidad de continuar con las luchas feministas. Como advierte Aparicio Méndez (2012), narrar las violencias como “hechos del pasado” permite a muchos varones contemporáneos deslindarse de responsabilidades estructurales.

En esta narrativa de igualdad consumada también irrumpen otras lógicas, como la meritocrática. Para algunos entrevistados, hombres y mujeres tendrían hoy “las mismas oportunidades”, y cualquier desigualdad sería atribuible a diferencias individuales de esfuerzo o capacidad. Así lo sostiene nuevamente Claudio:

Para mí el patriarcado es algo que está instalado en la sociedad... como un tema más político que otra cosa. Porque hoy en día para mí, los dos tienen las mismas oportunidades. (...) Si una mujer quiere llegar a ser presidenta, puede serlo. Si quiere ser

diputada, puede serlo. No veo que hoy haya algo que te impida. (...) La mujer está en el mismo nivel que el hombre, salvo por una cuestión de fuerza, pónela. (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

La apelación al mérito invisibiliza las desigualdades estructurales y desplaza la discusión hacia el terreno de lo individual. De este modo, las diferencias sociales dejan de ser un problema colectivo y se transforman en "decisiones personales". Este enfoque se refuerza en la forma en que Claudio minimiza posibles prácticas machistas propias:

No, no... en algún momento. Si me pongo a pensar seguro que habrá pasado algo, pero más que un chiste no. (...) Me parece que es más una cuestión de educación. Yo vengo de una familia de mujeres, entonces estoy muy acostumbrado a respetarlas. (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

El chiste, en este contexto, funciona como una estrategia de atenuación. Convertir el machismo en humor permite restarle gravedad, inscribirlo en una esfera de "errores menores" que no ameritan revisión profunda. El sentido común, nuevamente, opera como refugio. En este punto, el sentido común no sólo opera como un saber compartido, sino como una defensa emocional frente a los cambios. Tal como señalan algunos estudios (Ahmed, 2004; Segato, 2013), los varones no responden sólo desde la razón o la ideología, sino desde marcos afectivos que regulan qué se puede sentir, pensar o decir sin desestabilizar el yo. El humor, en este contexto, funciona como una tecnología emocional que permite amortiguar tensiones, desactivar culpas o relativizar responsabilidades.

Ahora bien, no todos los relatos niegan la existencia del patriarcado. Algunos trabajadores reconocen su persistencia, especialmente en ámbitos laborales. Santiago, por ejemplo, lo describe con notable claridad:

El patriarcado y machismo es tan simple... te lo llevo al ámbito mío... laboral. La misoginia que existe por parte de un jefe con respecto a mis compañeras de laburo es machismo. (...) No admite superioridad del lado de la mujer, no admite que una mujer pueda tener más conocimiento que él. Se siente más a gusto entre varones, manteniendo el control, ¿viste?. (Entrevista realizada a Santiago, 5 de abril 2022)

Aquí el patriarcado no aparece como una abstracción, sino como una experiencia concreta, encarnada en jerarquías cotidianas. Sin embargo, este reconocimiento no siempre se traduce en una reflexión autocrítica. Ante la consulta sobre sus propios vínculos, Santiago se deslinda rápidamente:

No... Al contrario, todas las parejas que tuve siempre tuvieron libertades. Yo pienso que la persona que esté al lado mío es potenciarla, no aplastarla. (Entrevista realizada a Santiago, 5 de abril 2022)

La estrategia es clara: reconocer el problema "afuera", en otros varones, pero no "adentro", en las propias prácticas. Como señala McRobbie (2009), esta lógica de individualización impide visibilizar cómo incluso los vínculos más igualitarios pueden reproducir desigualdades más sutiles, naturalizadas en gestos, expectativas o modos de organizar la vida compartida.

En algunos discursos también aparece una inversión de responsabilidades, donde el machismo no sería tanto un problema de los varones como de las propias mujeres. Guillermo, por ejemplo, sostiene:

Para mí hay muchas más mujeres machistas que hombres. (...) Porque vos ves cómo educan a sus hijos, los varones hacen lo que quieren, las nenas no. Eso para mí es más machista que decirle, uh mirá qué buen culo tenés. (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

Este desplazamiento del foco -de los privilegios masculinos hacia las conductas de las mujeres- funciona como una forma de negar la propia implicación en el sistema de género. En la misma línea, Guillermo apela a su entorno cercano para sostener la idea de igualdad:

Nosotros en el trabajo las mujeres cobran lo mismo, en la familia todos cocinan, lavan, barren... es todo parejo. (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

El entorno familiar aparece aquí como garantía de equidad. Sin negar del todo las desigualdades sociales, el entrevistado reafirma que "en su mundo" esas diferencias no existen, lo que le permite construir una posición desresponsabilizada frente al problema.

Finalmente, los espacios de homosocialidad masculina actúan como escenarios donde las tensiones se alivian y la crítica feminista se convierte en objeto de humor. Así se observa en una conversación de pasillo entre David y Osvaldo durante la jornada laboral:

David (en tono de broma): *Todos coincidimos que esta es la generación de cristal.*
Osvaldo: *Ahora no se puede hacer nada porque todo es violencia. Antes decirle algo lindo a una chica no estaba mal.*
David: *¿Sabes qué? la primera vez que vi a mi esposa la acosé... porque la seguí como dos cuadras hablándole, así que tan mal no está... (Nota de campo, Abril 2022)*

Este tipo de intercambios distendidos ilustra cómo la homosocialidad puede operar como un espacio de reafirmación de ciertos valores masculinos, incluso cuando se presentan de forma irónica o autocrítica. A diferencia de los discursos individuales expresados en la entrevista, en estos espacios compartidos se reactivan lógicas colectivas que permiten relativizar los discursos igualitarios, y construir una suerte de complicidad masculina frente a las demandas de transformación. Aunque este ejemplo puntual ocurre dentro del ámbito laboral, los discursos que lo rodean –relatados durante las entrevistas– evidencian que esa homosocialidad sigue presente como horizonte normativo, incluso cuando no se la habita en el momento. A medida que el diálogo avanza, surgen justificaciones de situaciones de acoso, de violencia en la crianza, y de culpabilización de las víctimas. El humor y el "*sentido común*" operan aquí como herramientas de defensa frente a un mundo que perciben como más restrictivo y exigente. Como advierten Sánchez y Viale (2021), estos "refugios homosociales" permiten a muchos varones "*volver a ser lo que eran*", al menos por un momento, en contraste con las transformaciones culturales del presente.

En síntesis, los relatos analizados muestran que, aunque los discursos de igualdad están presentes, muchas veces se expresan en términos ambiguos, fragmentados o superficiales. La figura del varón proveedor, las ideas meritocráticas, la minimización de las prácticas machistas y la negación de desigualdades persisten bajo formas adaptadas a los nuevos marcos sociales. Lejos de disolverse, el patriarcado se transforma y se reproduce también en esos silencios, negaciones y chistes. En este sentido, puede pensarse que muchos de estos relatos no niegan abiertamente los cambios promovidos por los feminismos, pero tampoco los integran como parte de una transformación deseada. Más bien, los reordenan desde marcos de sentido prácticos, afectivos, muchas veces defensivos. Lejos de discursos militantes o plenamente transformadores, lo que aparece es una narrativa que intenta recuperar certezas, reorganizar jerarquías, o al menos, preservar la estabilidad subjetiva ante un mundo percibido como más complejo y demandante. Como advierte Aparicio Méndez (2012), los cuestionamientos al orden de género no siempre generan una transformación real de las prácticas, sino que muchas veces se rearticulan para sostener, desde nuevas formas, las jerarquías ya existentes.

4.2. Los varones y las tareas del hogar

Las desigualdades de género no siempre se manifiestan en formas explícitas o escandalosas. A menudo se infiltran en los hábitos cotidianos, en lo que se hace y se deja de hacer cada día, sin grandes discusiones ni declaraciones. La distribución de las tareas del hogar y de cuidado es, en este sentido, una de las escenas más persistentes y a la vez menos visibilizadas en la

reproducción de jerarquías entre varones y mujeres. En los testimonios de los trabajadores, estas desigualdades aparecen envueltas en bromas, acuerdos tácitos o justificaciones que apelan a la lógica del “*sentido común*”. A través de estas escenas, es posible observar cómo las representaciones tradicionales de género siguen presentes, aunque convivan con ciertos discursos igualitarios o con prácticas que buscan correrse, al menos parcialmente, de ese guión.

La idea de masculinidad hegemónica, entendida como un dispositivo de poder que perpetúa desigualdades de género (Connell, 2005), se reproduce no sólo a través de formas explícitas de violencia, sino también en prácticas cotidianas más sutiles, como la desigual distribución de las tareas domésticas y de cuidado. Estas formas “*banales*” de desigualdad -que pasan muchas veces desapercibidas- están siendo crecientemente cuestionadas. Sin embargo, en los relatos de los trabajadores se advierte cómo las representaciones tradicionales siguen ejerciendo fuerza, especialmente cuando se naturaliza la división sexual del trabajo o se desvalorizan las tareas realizadas por las mujeres dentro del hogar.

Durante una jornada laboral, mientras reponíamos una góndola, Alberto -un trabajador que no fue entrevistado, pero que participa activamente de las dinámicas grupales de varones en el mayorista- cortó una llamada con su pareja y comentó:

A: Me tiene los huevos inflados mi mujer, siempre la misma discusión... me llama para preguntarme qué cocina. ¡Flaca, arréglate vos! Usá el sentido común. No es tan difícil... Labura al mismo tiempo que yo, pero en la calle... ¡frená en un negocio, comprá algo y hacé!

Yo: ¿Vos cocinás?

A: No, el almuerzo lo tiene que hacer ella, porque es más fácil... trabaja en la calle y hace las compras... ¡A mí no me jode más! En casa no se almuerza más y ¡a la mierda todo! Me chupa un huevo. Me tomaré un té con tostadas y ya está.

Yo: Pero podés llegar, cocinar algo rápido, o hacer la cena y dejarte hecho para el otro día

A: No, no, dejá, no entendés, sos muy pibe todavía. (Nota de campo, Marzo 2022)

Este fragmento deja ver varios elementos centrales: la naturalización de que las tareas del hogar recaen sobre la mujer, la desvalorización del trabajo doméstico como algo “*simple*” o menor, y la deslegitimación de las tareas de cuidado mediante el enojo o la burla. Además, la frase “*no entendés, sos muy pibe todavía*” no sólo señala una brecha generacional en la forma de comprender los roles de género, sino que también opera como ejercicio retórico de autoridad: Alberto se posiciona como alguien que “*sabe*” más, y utiliza esa posición para justificar su no implicación en las tareas domésticas.

En otros casos, los discursos igualitarios conviven con prácticas contradictorias. Claudio, por ejemplo, sostiene que en su pareja hay cierta distribución de responsabilidades, pero en su relato aparecen también signos de desigualdad:

C: Ella trabaja también, pero tiene las 8hs de trabajo fijo. Juntamos los sueldos, todo lo que ganamos, entre lo que cobro yo, y lo que cobra ella... lo ponemos todo en la mesa, ya ahí repartimos en todos los gastos (...) la que se encarga de pagar es casi siempre ella, porque es la que tiene más tiempo que yo. Paga el alquiler, paga el cable, los teléfonos, luz, gas, agua... bueno todo lo que haya que pagar, lo va a pagar ella. Después yo soy el que está encerrado todo el día trabajando y no tengo tiempo de salir a pagar.

E: ¿Y con las tareas de la casa?

C: Eh... en general no sé cocinar... mucho no sé cocinar... solamente lo básico. Pero si ella cocina, lavo yo, junto yo la mesa, barro, limpio la mesa. Tenemos buena compañía entre los dos. Nos acompañamos mutuamente (...) no es una pareja perfecta al cien por cien, porque hay discusiones por... por... pequeñeces... por quién no barrió, quién no juntó, quién no hizo, quién no lavó... entonces...

E: ¿Cosas que se dan en el día a día?

C: Sí, en la rutina... por ahí qué sé yo... yo me fui a algún lugar y no hice la cama, y bueno cosas así... (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

En este testimonio aparece lo que Vigoya (2002) llama un *desacople de género*: el discurso apela a la igualdad, pero las prácticas sostienen una organización desigual. Claudio afirma que “*no es una pareja perfecta*”, minimizando los conflictos que emergen cuando no cumple con tareas del hogar, al denominarlas “*pequeñeces*”. Este recurso opera como forma de desactivar el reclamo, deslegitimándolo. También se observa una inversión del desequilibrio: él se presenta como el más exigido (“*encerrado todo el día trabajando*”), cuando es su pareja quien se ocupa tanto del trabajo remunerado como del doméstico. Aquí aparece una figura recurrente: la del varón proveedor agotado, que utiliza el tiempo laboral como argumento para no comprometerse con el trabajo doméstico. Esta lógica, más allá de su veracidad empírica, revela una jerarquización entre el trabajo remunerado (masculino) y el doméstico (femenino), que se inscribe en una economía afectiva y simbólica donde las tareas de cuidado continúan en un lugar subordinado

En otros relatos, la desigualdad en la distribución de tareas no solo es reconocida, sino también justificada en función de una organización de pareja que responde a roles de género tradicionales. Osvaldo comenta:

E: Che y ¿cómo se manejan en las tareas del hogar?
 O: Uhh, ahí sí. Por ahí soy muy... no sé... ella lo ve como que yo trabajo y yo llego, tengo que descansar, y ella ya está a las corridas, me sirve. Ahí no soy tan compañero en ese sentido. Por ahí yo me siento y me trae los mates, y comida y comemos, y a la hora de lavar los platos y esas cosas no, va ella. Ya ella, no, no me deja. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

Aquí se observa una clara división sexual del trabajo (Kergoat, 2003), legitimada afectivamente: Osvaldo no interviene en las tareas domésticas porque su pareja “no lo deja”, desplazando así su responsabilidad. La organización cotidiana aparece entonces como un acuerdo tácito, pero que reproduce desigualdades.

Las formas de hacer género también se ponen en juego en los espacios homosociales, donde las tareas del hogar son muchas veces motivo de burla o chiste. Durante una mañana, camino al desayuno, surgió una escena ilustrativa:

Estábamos yendo a desayunar con dos compañeros cuando uno se da cuenta que tiene el buzo manchado
 O: No pasa nada, llego a casa y le digo a mi esposa que lo lave.
 Yo: Podés meterlo en el lavarropas y se lava al toque.
 O: No, yo llego y le digo (un poco de mentira, un poco en serio) ¡toma, lávalo! ¿Para qué está si no?
 D: Y sí, ¿para qué tenés mujer sino? (mirándome y en tono de chiste) vos también tenés mujer, ¿no lava?
 Yo: No tengo mujer, y si tengo que lavarme la ropa me la lavo. Algunas veces lava ella, otras yo. Es como cocinar, o lavar el baño.
 O: Ah no... estás pasado, alto dominichi sos... que el día que tengas que poner ladrillos ¿va ir tu mujer a poner ladrillos? “ay no amor, yo cocino vos poné la membrana del techo” andaaaa. Maricón. Sabés lo que pasa, es que a éste (haciendo referencia a mí) no le dan los huevos. Vos tenés que llegar y decirle, como el hombre de la casa, tomá, lavame esto. (Me río)
 D: Qué le va a decir. No viste que ahora está de moda “son deconstruides”. (Nota de campo, julio 2022)

En este diálogo se condensan múltiples sentidos en juego. La descalificación por asumir tareas del hogar (“dominichi”, “maricón”) busca reinstaurar jerarquías de género a través de la burla. También se refuerza el ideal del varón como autoridad de la casa, que “manda” y no “sirve”. Estas cargadas, aunque dichas en tono de humor, reproducen normas de masculinidad que deslegitiman

los vínculos igualitarios. A su vez, el término “*deconstruides*” aparece como una marca irónica de los cambios culturales en marcha, señalando que ciertos modos de hacer género, aunque emergentes, aún son objeto de sanción.

Estas escenas evidencian cómo los espacios homosociales funcionan como espacios de validación o castigo simbólico, donde se negocia qué comportamientos son admitidos como masculinos. La burla y la ridiculización aparecen como mecanismos de regulación de la masculinidad: lo que no encaja con el modelo tradicional es rápidamente corregido o desacreditado, incluso si se trata de prácticas igualitarias.

En otro momento, una escena similar termina con una respuesta inesperada:

Estábamos en el comedor con Alfredo y Darío, jodiendo, hasta que Darío manda un mensaje a su mujer: “hoy cuando llego quiero la cena hecha, vamos a comer ravioles”. Después de eso dice: “así hay que tenerlas a las mujeres, cortitas... ¿o no?”
A: Y... los tiempos han cambiado, compañero... le podés decir “tesoro, hoy podemos comer ravioles...” o así. Ahora no es como antes... o le podés decir “gordí”, “negra”... cualquier apodo que le digas cariñosamente.
D: No, si... yo hago cosas en casa, si hay que lavar los platos, lavo los platos. Si hay que cocinar, cocino. (Nota de campo, octubre 2022)

En esta escena, el intento inicial de reafirmar el rol de autoridad masculina se encuentra con una intervención que suaviza el comentario y propone una forma de trato más afectiva. Además, Darío, ante la ausencia de complicidad, modifica su posición, aclarando que también realiza tareas domésticas. Este gesto puede leerse como una forma de negociación simbólica que expresa lo que Skeggs (1997) llama una búsqueda de respeto y legitimidad: no quedar asociado a un modelo de masculinidad percibido como socialmente inaceptable.

Asimismo, la escena se vincula con lo ya trabajado respecto a la formas en las que algunos varones narran su paternidad. Muchos reconocen cierta continuidad con modelos tradicionales de autoridad, pero también dándole lugar al afecto, la cercanía emocional y al involucramiento cotidiano. Esta tensión entre los modelos tradicionales y los nuevos expresan como los varones ensayan formas híbridas de masculinidad, donde conviven la figura del proveedor con expectativas emergentes ligadas al cuidado, el diálogo y la sensibilidad.

En síntesis, este apartado muestra cómo los varones se ubican de maneras diversas frente a las tareas del hogar: desde la reproducción de esquemas tradicionales hasta intentos, más o menos conscientes, de reelaborarlos. Los espacios homosociales, lejos de ser meros entornos de reafirmación, funcionan también como lugares de disputa y resignificación, donde se juegan

sentidos sobre el trabajo doméstico, la autoridad, y los modos de hacer género. En esa tensión se expresan no sólo los límites de los discursos igualitarios, sino también las posibilidades de cambio, que muchas veces emergen de microescenas de desacuerdo o incomodidad entre pares varones.

4.3 Las reacciones ante los Feminismos

Las reacciones de los varones del mayorista ante los feminismos están atravesadas por tensiones, resistencias y desacoples. En varios casos, el feminismo es percibido como un movimiento extremista o desbordado, una visión moldeada en gran medida por ciertos discursos mediáticos. Aun así, se detectan posicionamientos más receptivos, que si bien no alcanzan a cuestionar las estructuras patriarcales en profundidad, permiten entrever fisuras en las formas tradicionales de entender las relaciones de género. Estas respuestas, en su heterogeneidad, también revelan los modos en que la socialización masculina, la pertenencia a espacios homosociales y las trayectorias de clase condicionan la recepción -y muchas veces la resistencia- frente a discursos que desafían el orden de género.

Estas respuestas no solo expresan diferentes grados de adhesión o rechazo, sino que también reenvían a marcos de interpretación más amplios: desde el modo en que los varones comprenden la desigualdad, hasta cómo posicionan sus propias prácticas en relación con los cambios sociales promovidos por los feminismos. En este escenario, la homosocialidad aparece, muchas veces, como un espacio de contención y reafirmación frente a las interpelaciones que estos movimientos suscitan.

En el caso de Claudio, su discurso parte de una supuesta igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, donde el mérito y el esfuerzo son las claves para *"lograr lo que quieren"*. Esta idea, asociada al imaginario neoliberal del *self-made* individual (McRobbie, 2009), se conjuga con una imagen de apoyo al feminismo que, sin embargo, está condicionada por ciertos límites: acepta la búsqueda de derechos, siempre y cuando se realice de forma *"decente"* y dentro de los márgenes de lo que considera aceptable.

C: Me encanta que la mujer pueda salir a demostrar que puede conseguir lo que ellas quieren. Si bien, lo pueden y lo tendrían que conseguir a costa del esfuerzo, no de andar cortando una calle, o pensando que porque pensás diferente tenés que hacer tal cosa (...) Yo prefiero ver más la inteligencia de una mujer antes que el cuerpo. Cuando hay una protesta o hay algo que no les gusta y salen a quejarse a la calle... está bien... pero qué sé yo... prefiero ver cómo lo logra desde otro ámbito, y no tener que romper algún establecimiento o insultar personas en la calle.

(...) No estoy hablando de patriarcado ni matriarcado... simplemente es una opinión... puede ser que se puedan hacer las cosas de otras maneras sin tener que molestar al del lado, qué sé yo. (Entrevista realizada a Claudio, 25 de abril 2022)

Claudio construye así una distinción entre un feminismo “*inteligente*” y otro que percibe como agresivo o violento. Esta oposición reproduce una lógica de *respetabilidad* (Skeggs, 1997), donde se valora a la mujer que “*se gana su pan*” sin confrontar el orden existente. El malestar que le generan ciertas formas de protesta revela un desacople entre el discurso de apoyo a la igualdad y la incomodidad ante los modos de lucha que desafían visiblemente el *statu quo*. Además, cuando afirma que no habla “*ni de patriarcado ni matriarcado*”, expone una forma de negacionismo *soft* (Fraser, 2020), donde las desigualdades se minimizan bajo una apariencia de neutralidad. Su postura, como en otros casos aquí analizados, muestra cómo ciertos varones construyen una imagen aceptable del feminismo que no altere los privilegios ni cuestione su lugar en el mundo.

Un esquema similar aparece en el testimonio de Guillermo. Su rechazo a las protestas feministas también se basa en una idea de lo que debería ser el movimiento, y en una valoración selectiva de ciertas figuras femeninas que encarnan, según él, el verdadero sentido del feminismo.

G: Para mí el feminismo son las mujeres que salen a luchar por hacer el género más importante... no tiene nada que ver con las marchas que hacen... Para mí el feminismo es una neurocirujana recibiéndose y operando a un nene. Eso es más feminismo que ir a una marcha y hacer ruido. (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

Aquí se advierte una concepción meritocrática del feminismo, donde el cambio social se produce individualmente, desde el esfuerzo profesional, y no mediante acciones colectivas ni demandas públicas. Este tipo de representaciones reducen el feminismo a una cuestión de logros personales, y dejan fuera de la escena las luchas políticas por los derechos colectivos. Además, su insistencia en que es “*respetuoso de las creencias de los demás*” refuerza la idea de que el feminismo es una opción privada, una “*creencia*” más, equiparable a la religión o la ideología, lo cual tiende a despolitizarlo.

Una comparación explícita con la religión aparece también en el relato de Osvaldo, quien insiste en que las marchas le resultan incómodas y equipara el debate sobre feminismo con discusiones religiosas que “*no se pueden ganar*”:

O: Lo tomo así como, viste, como la religión... yo con alguien evangélico no puedo hablar de religión. Comienzan con algo y como que te envuelven, nunca vas a tener la razón, porque están como ciegos. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)

En esta analogía, el feminismo es ubicado en un lugar de fanatismo o dogmatismo. Esta caracterización opera como una estrategia de deslegitimación, que lo vuelve inabordable, cerrado al diálogo, y por lo tanto rechazable sin necesidad de profundizar en sus fundamentos.

Por su parte, Santiago introduce una mirada un poco más compleja. Aunque también marca distancia con lo que considera “*la parte reaccionaria*” del feminismo, reconoce algunas desigualdades de género, particularmente en el plano laboral. Sin embargo, cuando menciona las licencias de paternidad, lo hace desde un enfoque que tiende a recentrar las demandas en las vivencias de los varones:

S: Está perfecto que la mujer pelee por los derechos que considera que le faltan. Pero no de la manera radical... Yo comparto ideas como igualdad de sueldo, de cargos... como también algunas demandas que le faltan a los hombres... por ejemplo en el caso de la maternidad, no puedo entender cómo un hombre tiene un solo día legal para estar con su hijo, cuando la mujer tiene meses. (Entrevista realizada a Santiago, 5 de abril 2022)

El discurso de Santiago expresa, en parte, una sensibilidad ante ciertas transformaciones contemporáneas en torno a la paternidad, lo cual puede ser leído como una fisura en los modelos hegemónicos de masculinidad. No obstante, su argumento produce un desplazamiento del eje: desde las desigualdades estructurales que afectan a las mujeres, hacia lo que los varones “*también padecen*”. Esto constituye un modo de recentrar la mirada en sus propias vivencias, desdibujando las relaciones de poder que subyacen a la desigualdad de género (Kaufman, 1995; Jones, 2021). Como en otros casos, el sujeto masculino se vuelve el centro de la escena, desplazando el foco del análisis estructural hacia experiencias individuales que reclaman atención sin necesariamente revisar sus privilegios.

En contraste, el caso de Benjamín representa una de las voces más receptivas y comprometidas con los feminismos dentro del mayorista. Su testimonio articula una posición de apoyo explícito, valorando los aprendizajes que le generaron los discursos feministas y reconociendo las dificultades que implica sostener estas posiciones en un espacio homosocial masculinizado.

B: El feminismo me ayudó muchísimo a entender las cosas, y creo que cada vez me va abriendo un poco más la cabeza. En el trabajo tuve muchas discusiones, pero ya no me enrosco, decís algo y lo agarran para joderte más entre tres o cuatro... Si querés dar una discusión de verdad no se puede, porque te terminan haciendo enojar. (...) Para mí es una guerra como dicen ellas, y es verdad... todo cambio lleva su sacrificio en su momento. A veces las cosas se van de las manos, pero tampoco estoy

tan en contra. Yo por lo menos apoyo lo que están haciendo. (Entrevista realizada a Benjamín, 5 de mayo 2022)

Benjamín reconoce el carácter conflictivo y rupturista de las luchas feministas, pero lejos de condenarlas, las ubica dentro de una lógica histórica de transformación. Su mención a la “guerra” puede leerse como una metáfora que habilita a pensar los procesos de cambio como escenarios donde las tensiones y los excesos son parte constitutiva, y no simples desvíos. Sin embargo, su interpretación también puede resultar problemática: al asumir una lectura polarizada -una guerra entre bandos- corre el riesgo de simplificar la complejidad del feminismo y de los procesos sociales de transformación. La figura de “ellas” como sujeto unificado remite a una visión esencialista y ajena, que impide pensar las interpelaciones feministas como parte de un entramado que también lo incluye como varón. A pesar de su apoyo, Benjamín mantiene cierta exterioridad frente al movimiento, lo que muestra los límites de su implicación.

En este sentido, su testimonio tensiona las posibilidades de una masculinidad disidente dentro del mayorista: logra distanciarse de los mandatos tradicionales, pero todavía desde una posición que no termina de cuestionar las raíces estructurales del patriarcado ni sus propias ubicaciones dentro de él. Su apuesta por abrir la cabeza, no obstante, marca una diferencia importante con respecto al resto de sus compañeros, evidenciando que en los márgenes de la homosocialidad también se pueden ensayar otros modos de ser varón.

En conjunto, las voces de los trabajadores del mayorista muestran una diversidad de posiciones ante el feminismo, que oscilan entre el rechazo, la incomodidad, la ambivalencia y el apoyo. Aunque en muchos casos predomina una mirada crítica -atravesada por prejuicios, generalizaciones y representaciones mediáticas- también emergen fisuras que permiten lecturas más complejas. Las resistencias no se manifiestan de manera uniforme: a veces adoptan formas defensivas, otras buscan camuflarse detrás de discursos de moderación, y otras directamente se expresan en tono burlón o despectivo. En este escenario, la homosocialidad vuelve a cumplir un rol clave: funciona como espacio de refugio, de reproducción de ciertas masculinidades tradicionales, pero también como un campo de disputa donde algunos varones, como Benjamín, intentan introducir otras perspectivas, no sin encontrar obstáculos. Así, los feminismos no sólo interpelan desde fuera: también se infiltran, tensionan y reconfiguran, en menor o mayor medida, los vínculos y las subjetividades masculinas, abriendo la posibilidad de imaginar masculinidades menos defensivas y más permeables al cambio.

4.4. Sobre las violencias de género

Después de recorrer los modos en que los trabajadores varones interpretan las transformaciones impulsadas por los feminismos, sus ideas sobre la igualdad y su participación (o no) en las tareas domésticas, en este apartado me propongo abordar un aspecto que condensa muchas de estas tensiones: las reacciones ante los reclamos por las violencias de género. A diferencia de los enunciados abstractos que condenan públicamente el femicidio o la violación, los intercambios cotidianos y las entrevistas permiten observar cómo estas formas de violencia son relativizadas, justificadas o directamente negadas. Las respuestas no suelen estar guiadas por una reflexión crítica sobre las condiciones estructurales que posibilitan estas violencias, sino por una lógica defensiva que protege al grupo, despolitiza el problema y desplaza la responsabilidad hacia otros actores. A través de escenas del trabajo y declaraciones recogidas en las entrevistas, exploro cómo se activan estas reacciones, qué figuras del agresor o de la víctima emergen, y de qué manera estas representaciones contribuyen a sostener un orden de género que tolera -y muchas veces encubre- distintas formas de violencia. Al mismo tiempo, retomo algunas experiencias de vida y trayectorias personales para comprender cómo las posiciones de clase, las memorias familiares o las condiciones de socialización inciden en la forma en que los trabajadores interpretan y procesan estas situaciones.

Estaba conversando con Luciano en la jaula donde se organizan los pedidos, en un momento del día en que, como de costumbre, las conversaciones se desvían hacia otros temas. Estábamos charlando sobre el enfoque de mi tesis, cuando dos compañeros más se sumaron a la conversación. Les comenté que mi idea era explorar cómo se viven en el trabajo las diferentes formas de ser varón:

L: Che y decime, ya que estamos con esto (refiriéndose a mi tesis) ¿Qué es eso del travesticidio, que ahora se habla, que vi en la tele? ¿No es un asesinato? Como lo del femicidio, ¿por qué existe? Es un homicidio en todo caso.

A: Y si che.... (afirmando con la cabeza y mirándome, sonriendo)

L: (abriendo los brazos) Yo siento que me discriminan, ¿si me asesinan cómo se llama?

S: (interrumpiendo exaltado y sonriendo) Eso es todo un invento de las Feminazis, de las que se dicen femininjas (ríen los tres)

Yo: ¿Por qué decís eso?

S: ¡Porque te tratan de vender cualquier cosa Gastón! ¡¿No las ves en las marchas?! Se hacen feministas porque son todas unas cachivache y encima la mayoría son tortas...

¡¿no viste las pintadas de que odian a todos los hombres?! (Nota de campo, abril 2022)

Este fragmento ilustra con claridad la manera en que se descalifican las categorías propuestas por los feminismos para visibilizar violencias específicas, como el travesticidio o el femicidio. La respuesta de Luciano y Santiago expone el rechazo sobre los modos de interpelación impulsados por los sectores feministas más radicales. A la vez revela una profunda negación de la especificidad de estas violencias, reduciéndolas a lo que ellos consideran simplemente homicidios. Al hacerlo, se diluye el componente sexista o transodiante que caracteriza estos crímenes, ignorando las dinámicas de poder que subyacen en ellos. Esta minimización de las violencias de género no solo implica una falta de reconocimiento de las realidades sufridas por las mujeres y personas trans, sino que también refleja un rechazo explícito a los intentos de algunas teorías feministas por categorizar estos crímenes como producto de estructuras de poder patriarcales.

Además, la utilización del término "feminazi" aparece como un mecanismo de descalificación total del feminismo. Al emplearlo, se inscribe en una narrativa donde el feminismo es visto como un movimiento extremo y radical, desconectado de la realidad de los varones, y utilizado para ridiculizar cualquier intento de visibilizar la opresión de género. Como señala Flood (2021, p. 218), "feminazi" se utiliza como un término despectivo que busca desacreditar a los feminismos en su totalidad, despojándolos de su contenido político y social. Este término, lanzado "entre varones", se convierte en una herramienta que refuerza la complicidad y la homosocialidad, ya que en este espacio lo políticamente incorrecto parece volverse permisible, incluso valorado.

Lo interesante en este intercambio es cómo se construye una complicidad en torno al "chiste" o la "exageración performativa", un concepto trabajado por Judith Butler (2007) que nos ayuda a entender cómo las prácticas masculinas, incluso las más triviales o humorísticas, se cargan de significados de poder. En este caso, el humor no solo descalifica el feminismo, sino que también reafirma las normas de género tradicionales y machistas, ya que permite que se reproduzcan en el ámbito laboral sin cuestionamientos profundos. Esta complicidad, por tanto, se transforma en un mecanismo de naturalización de las jerarquías de género.

La siguiente intervención, de Guillermo, abre una puerta a una forma más sutil de resistencia al feminismo, que no se limita a la negación explícita de las violencias de género, sino que recurre a una retórica de simetría entre los géneros para desviar la atención hacia lo que se considera una injusticia contra los hombres. En la entrevista, respondía esto:

E: ¿Qué opinión tenés sobre el Ni Una Menos?

G: Que es obvio que las mujeres no quieren que las maten y me parece muy bien que protesten, o sea que pidan que no las maten. Pero también hay muchas, no se habla, pero también hay muchos hombres maltratados. Hay muchísimos hombres maltratados.

Por ahí el feminismo extremo eso no lo trata, o no lo quiere creer o no lo ve, o lo que sea. (Entrevista realizada a Guillermo, 28 de abril 2022)

En este testimonio, la estrategia de Guillermo no es negar directamente la violencia de género, sino más bien desplazar el foco hacia lo que él considera una cuestión igualmente importante: el maltrato a los hombres. Al afirmar que *“también hay muchos hombres maltratados”*, Guillermo no solo equilibra, a su juicio, la narrativa sobre las violencias de género, sino que también desafía la centralidad de las mujeres como víctimas en los discursos feministas. Este tipo de enunciado se inscribe dentro de una corriente discursiva que busca relativizar la posición privilegiada de los varones en la sociedad, es decir, la de ser generalmente los agresores y los beneficiarios de la desigualdad estructural.

Esta forma de relativización se apoya en una imagen de simetría entre los géneros que no sólo desdibuja las realidades de poder, sino que también pone en entredicho la legitimidad de los reclamos feministas. Al colocar a los hombres como víctimas de maltrato, se crea una narrativa en la que las luchas por la igualdad se perciben como un enfrentamiento que beneficia a un grupo (las mujeres) mientras que deja de lado o ignora las dificultades del otro grupo (los hombres). Como señala Flood (2021), esta lógica de *“simetría”* contribuye a la construcción de una visión conspirativa del feminismo, en la que se lo acusa de ser un movimiento parcial, sesgado y manipulador. Al presentar esta idea, Guillermo no solo minimiza las violencias hacia las mujeres, sino que también alimenta una narrativa de victimización masculina que pretende contrarrestar la denuncia del patriarcado.

Esta forma de argumentar no es ajena a la propia biografía de Guillermo. Su historia incluye situaciones de inestabilidad económica y afectiva, donde muchas veces sintió que debía “bancarse solo” frente a las exigencias del trabajo y la familia. En sus relatos aparece una figura masculina que carga con responsabilidades y poco reconocimiento, lo cual puede predisponer a interpretar los feminismos como discursos que invisibilizan su esfuerzo y sufrimiento. Su referencia al “maltrato a los hombres” no parece provenir solo de una intención negacionista, sino de una experiencia subjetiva que percibe que su lugar como varón ha sido desdibujado o cuestionado. En ese sentido, su adhesión a la idea de simetría no sólo relativiza la violencia hacia las mujeres, sino que también expresa una necesidad de reconocimiento que no encuentra lugar en los marcos feministas que conoce.

Esta lógica aparece reforzada en el relato de Osvaldo, quien ofrece una explicación del maltrato hacia las mujeres que desplaza la responsabilidad individual de los varones y la ubica en causas externas, especialmente el consumo de alcohol o drogas:

O: *Si hay un montón, que le pegan a la mujer, si le pegan es por lo que digo yo, por el alcohol, por la droga. No porque sea machista. Porque después cuando no toman no le pegan. Entonces vos te ponés agresivo porque estás drogado, o porque estás alcoholizado, tengo amigos ponele que son así que le pegan.*

E: *¿y qué, qué decían de esos momentos?*

O: *Na ¿qué va a decir? si está borracho y está drogado ¿qué podés hablar? idioteces.*

E: *¿Y en otro momento? ¿Después de que pasa?*

O: *Y al otro día, no charlaba nada porque al chabón se le caía la cara de vergüenza. Porque sabía lo que él había hecho.*

E: *¿Ustedes le decían algo?*

O: *No ¿qué le podés decir? si son las cosas de pareja.*

E: *(Hablando del maltrato le pregunto) ¿vos qué hacés en esa situación?*

O: *Si es familiar ponele, me he metido, ponele yo soy, mi hermana mayor la que sigue de mí, antes, y mi cuñado se pegaban, se levantan mutuamente la mano. Mutuamente se levantaban la mano, nunca me metí. Y yo lo he vivido como se pegaban mutuamente, nunca me metí, porque nunca se me cruzó ponele, que mi cuñado quiera más de un cachetazo que se peguen mutuamente o un insulto, de matar a mi hermana. Y si por ahí yo me meto ahí “¿qué te metés con mi hermana que esto y que lo otro?”, quedo mal con mi cuñado y mi hermana al otro día anda bien con él. Yo lo veo así. Ponele a un desconocido tampoco me metería, no por cobarde, sino porque no sé qué pasa. (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022)*

Lo significativo aquí no es solo la apelación al consumo como excusa o atenuante, sino el gesto discursivo que convierte la violencia de género en un accidente, un desvío temporal de la conducta, algo desligado de cualquier estructura de poder. La violencia aparece como un error momentáneo, no como una manifestación de relaciones desiguales que exceden a cada individuo. Así, la figura del “*amigo que le pega a su pareja*” se construye con cierta indulgencia, amparada en la idea de que “*cuando está sobrio no lo hace*”. La violencia, en esta clave, no sería expresión de una masculinidad dominante, sino el efecto secundario de una sustancia.

A esto se suma una segunda operación: el silenciamiento posterior. El relato indica que al día siguiente “*no se charlaba nada*”, porque “*al chabón se le caía la cara de vergüenza*”. La vergüenza aparece como una forma de autocorrección que, paradójicamente, permite no problematizar la situación: lo ocurrido se minimiza, se deja atrás, se borra en nombre de la incomodidad. Nadie le dice nada, y lo no dicho se convierte en pacto. En palabras del propio Osvaldo: “*¿Qué le podés decir? si son cosas de pareja*”. El uso de esta fórmula remite a una lógica muy instalada: los

conflictos en las relaciones afectivas deben permanecer en el ámbito privado, aun cuando haya violencia física de por medio.

Este mismo principio se refuerza cuando el entrevistado relata situaciones de violencia en su entorno familiar. Aunque se trata de su hermana, Osvaldo explica que tampoco intervino: *“Nunca me metí, porque nunca se me cruzó que mi cuñado quiera más de un cachetazo...”*. La intervención, según él, sólo se justifica si hay una amenaza inminente de muerte, lo cual delimita un umbral altísimo para actuar. La escena no se lee como violencia estructural, sino como un intercambio mutuo, una dinámica recíproca y privada donde *“los dos se levantaban la mano”*. Nuevamente, la responsabilidad se disuelve, ya sea porque se trata de *“cosas de pareja”*, porque *“uno no sabe qué pasa”*, o porque intervenir podría afectar negativamente los vínculos personales.

Tal como señala Azpiazu (2017, p. 52), este tipo de enunciados produce un efecto de distanciamiento y desidentificación: se separa la violencia contra las mujeres del sistema que la sustenta y se la presenta como un problema aislado, que no interpela al varón como sujeto colectivo ni cuestiona los modos en que se ejerce el poder masculino. La forma en que Osvaldo comprende la violencia también se vincula con su trayectoria personal, marcada por una convivencia prolongada con situaciones familiares conflictivas y relaciones afectivas atravesadas por tensiones y silencios. Su relato sugiere que aprendió a no intervenir, a no hablar, a no exponer lo que sucedía en el ámbito privado. Esa experiencia contribuye a forjar una lógica de distanciamiento, donde lo que se vive no siempre se nombra, y lo que se nombra no siempre se problematiza.

Su referencia a que no se metía en las discusiones de su hermana con su pareja no solo refleja una regla aprendida, sino también una forma de autopreservación frente a vínculos que podían volverse más hostiles si se los cuestionaba. Así, sus discursos sobre la violencia -donde el silencio, la vergüenza o las sustancias ocupan el centro- no se explican únicamente por el machismo, sino también por un modo aprendido de sobrevivir a relaciones donde lo íntimo se vuelve intocable.

En lugar de una reflexión crítica sobre las condiciones que permiten o perpetúan estas situaciones, lo que se ofrece es una explicación que encubre, relativiza o desvía el foco. Así, el silencio, la naturalización y la lógica de lo privado se entrelazan para mantener vigente un orden de género en el que la violencia sigue siendo tolerada, mientras no amenace con romper del todo la fachada de normalidad.

Un claro ejemplo de este tipo de razonamiento se dio una vez durante los quince minutos de descanso en el comedor del supermercado, cuando apareció en la televisión una noticia sobre un escrache. Nicolas, visiblemente molesto, se sumó a la conversación con un gesto de fastidio: *“¿Cómo puede ser que por todo, ahora hagan un escándalo? ¿Para vos está bien esto?”*. Su

reacción sintetizaba una sospecha habitual hacia los modos de denuncia impulsados por el movimiento feminista. En su mirada, los escraches no sólo carecían de legitimidad, sino que eran la expresión de una sensibilidad exagerada que transformaba todo en drama. *“Si a una chica la golpean, ¿me vas a decir que no se puede ir?”*, insistió luego. No había matices en su interpretación: ante una situación de violencia, la única solución válida era que la mujer se fuera. No importaban las condiciones materiales, los vínculos afectivos, ni el entramado de miedos y dependencias que suelen hacer de esas decisiones procesos largos y complejos. *“Que se las pique y que vea cómo se arregla”* (Nota de campo, julio 2022), remató, apelando a la autosuficiencia como única salida.

De modo similar, Osvaldo también expresó una idea extendida: la creencia de que las mujeres permanecen en relaciones violentas porque quieren, o porque no aprovechan oportunidades para irse. Aunque en su entrevista (13 de abril 2022) lo formulaba de manera más dubitativa, su lógica reproducía una inversión de responsabilidades: *“hay muchas veces que por ahí la mujer tiene la posibilidad de dejar al marido...”*. Lo que queda en fuera de campo es el poder del agresor, las amenazas, los chantajes, la culpa, el miedo. Esta forma de pensar no sólo desplaza el foco desde el agresor hacia la víctima, sino que desactiva cualquier crítica estructural: el problema no es el patriarcado ni las condiciones de posibilidad de la violencia, sino la falta de decisión individual para huir de ella.

En estas escenas aparece una doble operación. Por un lado, se instala una narrativa que responsabiliza a las mujeres por su permanencia en contextos violentos; por otro, se deslegitiman las estrategias feministas de denuncia bajo la acusación de exageración, escándalo o irracionalidad. La combinación de ambas permite proteger la frontera entre el espacio público y el privado, ubicando a las violencias de género fuera del terreno de lo común, lo discutible, lo transformable.

Esta misma lógica se complementa con otra figura habitual en los discursos de los trabajadores: la construcción del violador como un monstruo, un enfermo, una anomalía. En los relatos de los entrevistados, el violador no es percibido como una persona común que ejerce poder sobre otra en un contexto social determinado, sino como un ser patológico, radicalmente ajeno. *“Ese nace así, para mí es una enfermedad (...) Y a veces violar lo hace ya para lastimar, más que violar”*, afirmó Osvaldo, quien agregó: *“yo creo ya que un violador ya no puede estar en la sociedad. (...) yo lo mataría, porque no se cura. No se tiene cura”* (Entrevista realizada a Osvaldo, 13 de abril 2022). De manera similar, Dario expresó: *“un violín es una persona enferma, no debería existir ni en la sociedad ni en el mundo (...) habría que castrarlo, o matarlo qué se yo. No sirve para la sociedad una persona así, una persona que hace eso, ya está enferma de la cabeza (...) no se*

cura más, esa persona que hace eso, lo hace una y miles de veces". (Entrevista realizada a Darío, 15 de abril 2022)

En estos relatos, la violencia sexual aparece como un desvío individual, una tara mental o moral que no tiene relación con el entorno ni con los vínculos de género. Esta visión de la violencia sexual permite desidentificarse del sujeto violento, ubicándolo fuera del *"nosotros"* y justificando respuestas extremas como la castración o el asesinato. Esta figura del *"monstruo"* se convierte en una forma de despolitización de la violencia, en la que la agresión se reduce a un fenómeno excepcional e incontrolable. Como plantea Aparicio Méndez (2012), este proceso de despolitización contribuye a mantener las condiciones estructurales que sostienen la desigualdad, al invisibilizar las violencias cotidianas, más sutiles y naturalizadas.

El punitivismo que se desprende de estos discursos no es contradictorio con el desinterés por transformar las bases sociales que hacen posible la violencia, sino complementario. Al ubicar el problema en la figura del monstruo, se evita revisar las prácticas cotidianas, los chistes, los silencios, los pactos implícitos que contribuyen a sostener un orden jerárquico. La agresión visible, brutal, patológica, funciona como una cortina de humo que oculta las múltiples formas más sutiles, naturalizadas y persistentes de la violencia de género.

Pero esta representación del *"monstruo"* también puede pensarse como un modo de gestionar subjetivamente el miedo, la impotencia o el dolor frente a situaciones que, en algunos casos, no resultan tan ajenas. La necesidad de ubicar al violador como otro radicalmente distinto -como alguien enfermo, incurable, irreductiblemente peligroso- permite trazar una frontera que protege al propio sujeto de revisar sus prácticas, sus vínculos o incluso su historia familiar. En el caso de Osvaldo, por ejemplo, su biografía está atravesada por relaciones conflictivas, marcadas por silencios prolongados y violencias que no siempre podían ser nombradas. En ese marco, la construcción de una figura externa, deshumanizada y castigable opera como una forma de delimitar el horror, manteniéndolo a raya.

Del mismo modo, en el relato de David, la violencia aparece como algo tan extremo que solo puede ser eliminado. La patologización del violador como *"una persona que no debería existir en la sociedad ni en el mundo"* puede pensarse también como una forma de ordenar simbólicamente un universo donde lo intolerable (la violencia sexual) se vuelve soportable solo si se le asigna un lugar fuera de lo humano. Estas narrativas, entonces, no sólo cumplen una función ideológica -despolitizar la violencia, desviar el foco, reforzar el punitivismo- sino también una función subjetiva: la de protegerse de la intemperie que implicaría reconocer que la violencia no siempre viene de afuera, que puede habitar el propio entorno, el propio cuerpo, el propio pasado.

En este apartado vimos las interpretaciones de los varones acerca de las demandas feministas para la eliminación de las violencias de género y sus propias representaciones sobre este fenómeno, sus causas y cómo sus perspectivas permiten pensar en los desafíos que implican sus abordajes. El silencio, la minimización, la desconfianza, la relativización, el desplazamiento de la responsabilidad hacia las víctimas, la apelación a lo privado o a la excepcionalidad monstruosa, configuran un repertorio de sentidos que permite mantener en pie un orden de género jerárquico, sin necesidad de justificarlo explícitamente. Sin embargo, lejos de tratarse de discursos homogéneos, estos posicionamientos están atravesados por historias de vida, vínculos familiares, dinámicas homosociales y experiencias que moldean -a veces con ambivalencias- las formas de ver, sentir y nombrar la violencia. Las tensiones entre lo que se dice y lo que se calla, entre lo que se vive y lo que se comprende, dan cuenta de un campo en disputa, donde las marcas del pasado y las transformaciones del presente se entrecruzan. Entender estas capas -estructurales y subjetivas, colectivas e íntimas- resulta clave para pensar qué desafíos abren los feminismos en contextos donde, más allá de los cambios en el lenguaje o las leyes, persisten formas de violencia que se renuevan y se reacomodan sin dejar de operar.

Conclusiones

Esta tesis se propuso aportar a los estudios sociológicos de las masculinidades analizando la relación entre homosociabilidad y performance de género en un espacio de trabajo masculinizado. A partir del abordaje etnográfico de un supermercado mayorista en la ciudad de Mar del Plata, se buscó identificar cómo los trabajadores varones significan el género, la masculinidad y la sexualidad; cómo construyen sus vínculos con otros varones; qué experiencias de homosocialización marcaron sus trayectorias; y cómo se posicionan frente a los debates y demandas impulsadas desde los movimientos feministas.

A lo largo de los distintos capítulos, se analizaron estos interrogantes recuperando relatos biográficos, observaciones situadas y marcos teóricos provenientes de los estudios de género, los *men's studies* y la sociología del trabajo y de las emociones. Este recorrido permitió mostrar que las masculinidades no se presentan como un bloque homogéneo, sino como un conjunto de prácticas relacionales, tensiones internas y performances diferenciadas, que se negocian y actualizan cotidianamente en los espacios de socialización masculina.

En el capítulo 2 se analizó la relación entre masculinidad y violencia, haciendo foco en los relatos de socialización adolescente. Allí se mostró cómo la violencia física -especialmente en forma de peleas o agresiones- fue para muchos trabajadores un dispositivo de validación homosocial, profundamente vinculado con el mandato de fortaleza y con una cultura del “aguante”. Desde la perspectiva de Stéfano Barbero (2019), se interpretó la violencia como un fenómeno escurridizo, polisémico, atravesado por relaciones de poder múltiples, que no puede reducirse a actos individuales, sino que debe pensarse como una dimensión estructural y situada de las masculinidades. Además, se recuperaron otras experiencias que escapaban a este modelo, donde la violencia era más bien sufrida o resistida, lo que permitió visibilizar otras formas de transitar la homosocialización en la adolescencia.

En el capítulo 3 se profundizó en las dinámicas de homosociabilidad dentro del espacio laboral, mostrando cómo los vínculos entre varones se organizan a partir de reglas implícitas de complicidad, jerarquía y control. A través del humor, los juegos físicos, las burlas y el disciplinamiento simbólico, se mantiene una lógica de vigilancia de la heterosexualidad y se reproduce la masculinidad hegemónica como ideal normativo. Se mostró que las emociones no están ausentes, sino que son reguladas, jerarquizadas y mediatizadas según lo que es socialmente aceptado entre varones (Ahmed, 2004; Morcillo, 2023). Sin embargo, también se destacaron gestos de cuidado y formas afectivas alternativas que, aunque relegadas al ámbito privado o expresadas bajo claves heteronormadas, permiten pensar una homosociabilidad menos rígida.

Los casos de Agustín y Benjamín, trabajados en el segundo apartado del capítulo, permitieron analizar cómo opera la exclusión dentro de la homosociabilidad. A partir de sus trayectorias, se evidenció el funcionamiento de una jerarquía de género y sexualidad que subordina, estigmatiza o ridiculiza todo aquello que se percibe como afeminado, *queer* o fuera de norma (Flood, 2008, Connell, 2003, Rubin, 2015). Se exploró cómo las expresiones de género, las estéticas corporales o las orientaciones sexuales se vuelven objeto de vigilancia constante, y cómo el humor actúa como un mecanismo de control. No obstante, también se destacó el rol clave que jugaron sus vínculos de amistad, fuera del trabajo, como espacios de afirmación subjetiva y contención emocional.

En el capítulo 4 se abordaron las reacciones de los trabajadores frente a los feminismos y a los cambios en las relaciones de género, mostrando una fuerte ambivalencia: discursos que celebran la igualdad conviven con prácticas que refuerzan privilegios, niegan desigualdades o relativizan las violencias. La división sexual del trabajo doméstico, los mandatos del varón proveedor o los reclamos por lo que se percibe como privilegios perdidos fueron ejes recurrentes que muestran la persistencia del patriarcado como estructura, aunque transformada y desafiada. Las categorías de masculinidad hegemónica (Connell y Messerschmidt, 2005), privilegios masculinos (Kaufman, 1995), y feminidad enfatizada (Connell, 2005) resultaron claves para leer estas tensiones.

En conjunto, la tesis permitió visibilizar cómo la homosociabilidad masculina opera como una estructura emocional y simbólica de género, que ordena los vínculos entre varones y define qué performances son reconocidas como válidas. Las emociones no son ajenas a esta dinámica: se sienten, se actúan, se reprimen o se dosifican en función de mandatos que buscan garantizar la pertenencia al grupo y evitar la feminización.

Asimismo, se mostró que la masculinidad se aprende, se performa, se sufre y también -en algunos casos- se cuestiona o transforma. No hay un solo modo de ser varón, ni todos los varones ocupan la misma posición en la jerarquía homosocial. Las experiencias recuperadas permitieron trazar un mapa de masculinidades en tensión, atravesado por conflictos intergeneracionales, desigualdades estructurales, emociones silenciadas y vínculos afectivos contradictorios.

Al cerrar este recorrido, algunas preguntas persisten y se proyectan hacia futuras investigaciones: *¿Qué condiciones sociales, afectivas e institucionales podrían habilitar formas de masculinidad menos violentas, menos jerárquicas, más abiertas al cuidado y a la equidad? ¿Qué transformaciones están en curso y cuáles son los obstáculos que persisten en los espacios laborales, familiares y afectivos? ¿Cómo acompañar desde las ciencias sociales los procesos de interpelación y cambio que muchos varones ya están transitando, aunque de manera desigual, contradictoria y muchas veces solitaria?*

Estas preguntas no buscan ser respondidas de manera concluyente, sino abrir nuevas líneas de investigación y acción. Si la masculinidad es una construcción social, entonces también puede ser transformada. Este trabajo se inscribe en ese horizonte: el de desnaturalizar lo dado, visibilizar las tensiones, y habilitar otros modos de imaginar y habitar el ser varón.

Bibliografía

- Ahmed, S. (2004). *The cultural politics of emotion*. Routledge.
- Aparicio Méndez, M. (2012). "Masculinidades, poder y violencia: reflexiones desde una mirada feminista". En *Zona Franca*, N° 21, pp. 79-99.
- Argilaga, M. T. A. (1995). La observación participante. Aguirre, *AB Etnografía: metodología cualitativa em la investigación socio cultural*, 73-83.
- Azpiazu Carballo, J. (2017). *Masculinidades y feminismos*. Barcelona: Virus.
- Barbero, M. D. S. (2017). Hacerse hombre en el aula: masculinidad, homofobia y acoso escolar. *Cadernos Pagu*, (50), e175014.
- Barbero, M. D. S. (2019). ¿De tal palo...? Parentalidad, género y violencia en la infancia de los hombres que han ejercido violencia contra sus parejas. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, (18), 9.
- Bird, S. R. (1996). Bienvenidos al club de hombres: Homosocialidad y el mantenimiento de la masculinidad hegemónica. *Género y sociedad*, 10(2), 120-132.
- Browne, K. D., & Hamilton-Giachritsis, C. (2005). The influence of child abuse and neglect on violence in adulthood. *Trauma, Violence, & Abuse*, 6(4), 269–286.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Charmaz, Kathy (2006). *Constructing Grounded Theory: A Practical Guide through Qualitative Analysis*. London: Sage.
- Chiodi, A., Lloveras, M. J., & Pecheny, M. (2019). *Varones y masculinidad(es). Herramientas pedagógicas para facilitar talleres con adolescentes y jóvenes*. Buenos Aires: UNFPA / Ministerio de Salud y Desarrollo Social de la Nación.
- Connell, R. (2015). Masculinidades en perspectiva global. *La Manzana de la Discordia*, 10(2), 11–24.
- Connell, R. W. (1997). *Masculinidades*. Paidós.

Connell, R. W. (2003). La organización social de la masculinidad. En M. Kimmel (Ed.), *Hombres, masculinidades y poder* (pp. 35–55). Buenos Aires: Paidós.

Connell, R. W. (2005). *Masculinities* (2ª ed.). Berkeley: University of California Press.

Connell, R. W., & Messerschmidt, J. W. (2005). Hegemonic masculinity: Rethinking the concept. *Gender & Society*, 19(6), 829–859.

Cosse, I. (2009). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta: Una mirada desde la prensa y la cultura en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Crenshaw, K. (1989). *Demarginalizing the intersection of race and sex: A Black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics*. University of Chicago Legal Forum, 1989(1), 139–167.

De Stéfano Barbero, M. (2017). Hacerse hombre en el aula: Masculinidad, homofobia y acoso escolar. *Cadernos Pagu*, 50, e175014.

De Stéfano Barbero, M. (2019). ¿De tal palo...? Parentalidad, género y violencia en la infancia de los hombres que han ejercido violencia contra sus parejas. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 18, 9.

De Stéfano Barbero, M. (2021). Masculinidades (im)posibles: Violencia y género, entre el poder y la vulnerabilidad. *Galerna*.

De Stéfano Barbero, M. (2022). Por qué la vulnerabilidad importa: La relación entre masculinidad, emociones y vulnerabilidad en el ejercicio de violencia contra las mujeres en la pareja. *Anthropologica*, 40(49), 167–189.

Emerson, R. M., Fretz, R. I., & Shaw, L. L. (2011). *El trabajo de campo etnográfico: Notas y reflexiones* (M. Buchbinder, Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1995).

Eribon, D. (2021). *Regreso a Reims* (D. Roffé, Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 2009).

Fabbri, L. (2021). “La masculinidad como proyecto político extractivista. Una propuesta de re-conceptualización”. En: Luciano Fabbri (Comp.), *La masculinidad incomodada* (1ª ed., pp. 1-...). Rosario: UNR Editora. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario; Homo Sapiens.

Fassin, E. (2013). Habitus, conciencia y deseo o la intimidad atravesada por el espacio público. *Maguaré*, 27(1), 137-158.

Flood, M. (2008). Men, sex, and homosociality: How bonds between men shape their sexual relations with women. *Men and Masculinities*, 10(3), 339–359.

Flood, M. (2021). Backlash: los movimientos de varones enojados. En L. Fabbri (Comp.), *La masculinidad incomodada* (pp. 213-246).

Fraser, N. (2020). *Fortunes of feminism: From state-managed capitalism to neoliberal crisis*. Verso Books.

Gilmore, D. D. (1994). *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Paidós Ibérica.

Glaser, B., & Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory* [El descubrimiento de la Teoría Fundamentada]. Chicago.

Goffman, E. (2006). *Ritual de la interacción: Ensayos sobre el comportamiento cara a cara*. Madrid: Ediciones La Piqueta. (Trabajo original publicado en 1967).

Goffman, E. E. (2006). *La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Ediciones Norma, Buenos Aires.

Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo* (p. 39). Buenos Aires: Paidós.

Guber, R. (2019). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Siglo XXI Editores.

Hakim, C. (2012). *Capital erótico: El poder de fascinar a los demás*. Madrid: Debate. (Trabajo original publicado en 2011).

Hammarén, N., & Johansson, T. (2014). Homosocialidad: Entre el poder y la intimidad. *SAGE Open*, 4(1), 2158244013518057.

Hammersley, M., & Atkinson, P. (2019). *Etnografía: principios en la práctica*. Routledge.

Haraway, D. J. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En *Ciencia, "cyborgs" y mujeres: La reinención de la naturaleza* (pp. 313-346). Cátedra.

Holter, Ø. G. (2005). Masculinities and men's health: Theoretical foundations and research issues. En M. Flood, R. J. Fergus y C. Hart (Eds.), *International encyclopedia of men and masculinities* (pp. 242–251). Routledge.

Hooks, B. (2004). *Somos realmente geniales: Hombres negros y masculinidad*. Psychology Press.

Insausti, S. J., & Ben, P. (2017). Éramos tan diferentes y nos parecemos tanto. *Cuerpos minados*, 29-48.

Jones, D., & Blanco, R. (2021). “Varones atravesados por los feminismos. Deconstrucción, distancia y reforzamiento del género”. En L. Fabbri (Comp.), *La masculinidad incomodada* (1ª ed.). Rosario: UNR Editora. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario; Homo Sapiens.

Kaufman, M. (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En L. Arango, M. León & M. Viveros (Comps.), *Género e identidad: Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (pp. 123–146). Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Kergoat, D. (2003). De la relación social de sexo al sujeto sexuado. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(4), 841-861.

Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. *Masculinidad/es. Poder y crisis*, 24, 49-63.

McRobbie, A. (2009). *The aftermath of feminism: Gender, culture and social change*.

Messerschmidt, JW (2018). *Masculinidad hegemónica: Formulación, reformulación y amplificación*. Rowman y Littlefield.

Morcillo, S. (2023). El cabaret online: homosocialidad y masculinidades entre hombres que pagan por sexo en Argentina. *Revista Humanidades: Revista de la Escuela de Estudios Generales*, 13(1), 13.

Rubin, G. (2015). El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. *Género: la construcción cultural de la diferencia sexual*.-(Pública-Género; 1), 35-91.

Rubin, G. (2015). El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. *Género: la construcción cultural de la diferencia sexual*.-(Pública-Género; 1), 35-91.

Rustoyburu, C. (2019). La medicalización de la infancia. Florencio Escardó y la Nueva Pediatría en Buenos Aires.

SÁNCHEZ, A., & VIALEY, L.H. (2021). "Varones y feminismos. Entre la incomodidad, el miedo y el cinismo". En: Luciano Fabbri (Comp.) *La masculinidad incomodada*, 1° ed.-Rosario: UNR Editora. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario; Homo Sapiens, 2021.

Segato, RL (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: contrato y status en la etiología de la violencia* (Vol. 334). Brasilia: Universidade de Brasilia, Departamento de Antropología.

Segato, RL (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Tinta limón.

Seidler, V. (2006). *Transformando masculinidades: Hombres, culturas, cuerpos, poder, sexo y amor*. Routledge. Skeggs, B. (1997). *Formaciones de clase y género: Cómo volverse respetable*.

Taylor, S. J., & Bodgan, R. (1992). *Introducción a los Métodos Cualitativos de la Investigación*. ediciones Paidós. *Barcelona. Buenos Aires–México*.

Vasilachis, I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*.

Viveros Vigoya, M. (2002). *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia. Subjetividades e identidades*.

Viveros, M. (1997). Los estudios sobre lo masculino en América Latina. Una producción teórica emergente. *Nómaditas* (Colombia), (6).

Widom, C. S. (1989). The cycle of violence. *Science*, 244(4901), 160–166.

Wieviorka, M. (2006). Ante la violencia. En F. J. García Selgas & C. Romero Bachiller (Eds.), *El doble filo de la navaja: violencia y representación* (pp. 29–44). Madrid: Trotta.

Zucal, J. G. (2004). "Soy macho porque me la aguanto": etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.